



Adam Foulds

El laberinto de los estímulos

Traducción del inglés de Irene Oliva Luque



Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *The Quickening Maze*
Traducción del inglés: Irene Oliva Luque

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© Adam Foulds, 2019
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Irene Oliva Luque, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada: *Roble entre abeludes* © Carry Akroyd

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17971-20-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mis padres

PRÓLOGO

El fin del mundo

Lo habían mandado a recoger leña al bosque, ramas y palos arrancados y desprendidos durante la tormenta. La luz lo recibió al salir, el día lleno de vida lo recibió con sus detalles, el mirlo pendenciero que anidaba en el manzano de casa.

Caminaba hacia el bosque, hacia el páramo, que lo incitaba a ir más allá. Las ondulaciones de la aliaga amarilla producían un sonido áspero y sigiloso en la brisa. Se extendía hasta soledades ignotas.

Era un niño de pueblo y sabía ciertas cosas. Sabía que el borde del mundo quedaba a un día de camino, allá donde el cielo preñado de nubes se tocaba con la Tierra en el horizonte. Pensaba que al llegar allí encontraría un profundo abismo a sus pies y podría mirar dentro de él para ver los secretos del mundo. Igual que sabía que podía ver el cielo en el agua, un niño de rodillas con la mirada fija en la superficie pesada y ondeante de las lagunas de graveras o en un arroyo poco profundo brillando sobre las piedras.

Se puso en marcha, hacia la amplia fragancia amarilla. La leña podía recogerla a la vuelta.

Al poco se encontró más alejado del pueblo de lo que jamás había estado, lo más alejado del sólido nido familiar de su *cottage*. Salió por completo de lo conocido, y se adentró en un mundo donde las aves y las flores no lo conocían, por donde su sombra jamás había pasado.

Se sintió confundido. Empezó a pensar que el sol brillaba en una nueva región del cielo. Todavía no tenía miedo: el sol iluminaba maravillas en una zona nueva que lo retenían embelesado y absorto. Aunque lo que lo maravillaba sobre todo era que aún no hubiese llegado el fin del viejo mundo,

que el horizonte no estuviese más cerca.

Caminó y caminó, y antes de lo que pensaba la mañana pasó, la luz se estaba espesando. Las palomillas revoloteaban bajo los arbustos. Las ranas jugueteaban por las sendas de los conejos y los ratones entonaban sus grititos fragmentados. En lo alto temblaban las primeras estrellas húmedas.

A esta hora despertaban los espíritus. Ahora tenía miedo.

Dio la vuelta a toda prisa con el corazón en un puño y descubrió tras de sí una ramificación de senderos. Por casualidad fue a parar al correcto. Conforme crecía la oscuridad, concentrada al principio en arbustos y árboles y después derramándose desde ellos, reparó en que se aproximaba a su propio pueblo. Al menos se parecía a su pueblo, aunque por algún motivo la distancia que había recorrido le hacía dudar. Su aspecto era idéntico. Estaba claro que era idéntico, pero por algún motivo daba la impresión de que algo no estaba bien, no encajaba. Hasta la iglesia, que se elevaba por encima del bosque, la iglesia que había visto todos los días desde que sus ojos vieran por primera vez, parecía falsa. Asustado, a la carrera, como un pájaro extraviado su cuerpo liviano se lanzó hacia lo que tenía la esperanza de que fuese su hogar.

Su nombre. Oyó cómo gritaban su nombre. ¡John! ¡John! ¡Jooohn! Voces del pueblo. Podía ponerles nombre a todas. Ahora echó a correr, sin responder, hasta su propia casa, sintiendo un tumulto de alivio al aproximarse. Al entrar por la puerta abierta, su madre chilló al verlo y voló hacia él. Sus brazos fuertes lo envolvieron, su pecho se aplastó contra el rostro de John.

–Pensábamos que estabas muerto. En el bosque. Te están buscando. Pensábamos que te *fuera matao* un árbol al caer... Ay, pero ya estás en casa.

OTOÑO

Abigail comenzó a caminar con sumo cuidado, pues su madre acababa de arreglarla, alisándole el vestido y dándole tirones para colocárselo bien. Le había pasado la yema del dedo por la nariz al agacharse, con un crujido de su propio vestido, y repetirle el mensaje que tenía que llevar. Aunque una vez fuera, con el calor del sol entre los árboles y el sendero firme bajo sus botas acordonadas con fuerza, Abigail no pudo evitarlo: al cabo de varios pasos echó a correr.

Cruzó corriendo el jardín y luego los terrenos de la Fairmead House, después bordeó la residencia y pasó junto al estanque donde Simon el idiota estaba tirando piedras; hasta ella sabía que le habían prohibido hacerlo. Al oír las pisadas, él miró a su alrededor de inmediato, justo después de haber lanzado una piedra. Ya no podía pararla: sus miradas se cruzaron en el instante en que se sumergió con un *plof* y unos círculos lentos se ensancharon sobre el agua verde. Pero no era más que la niña. Simon le sonrió con picardía, a sabiendas de que ella no lo delataría. Al doblar la esquina corriendo, Abigail se cruzó con el señor Stockdale, el vigilante que no le caía bien. Era grande y estricto y cuando intentaba jugar con ella había algo que no era del todo apropiado, no lo era, y tenía las manos pesadas. Pero ahí estaba Margaret sentada en un taburete, cosiendo. Margaret sí le caía bien, con su cara delgada y de barbilla afilada, igual que un juguete de madera, y sus ojos grandes, claros y amables. Era una señora pacífica, casi siempre; así que Abigail se acercó y se apoyó sobre sus rodillas para entrar por un instante en esa calma. Margaret no dijo nada, le hizo una caricia en la nuca a Abigail mientras bajaba la vista a su dechado. Había tres colores de hilo: verde para

las colinas, marrón para la cruz y negro para las líneas que salían de la cruz. Abigail extendió un dedo y palpó las puntadas negras y abultadas.

–El amor de Dios –susurró Margaret–. Rayos. –En un instante enrolló en el dedo de Abigail un par de vueltas del hilo con el que trabajaba–. Te envuelven.

Abigail sonrió.

–Buen día –dijo y echó a correr de nuevo, cruzándose con otros que también paseaban por allí, y en cuanto vio a su padre, aún más rápido hacia él.

Matthew Allen blandió el hacha y la clavó sobre el tronco en vertical. La hoja se hundió en él pero no lo partió, así que levantó el hacha y el tronco juntos y los dejó caer con fuerza. El tronco salió volando en dos trozos parejos que se mecieron sobre la hierba.

–No tiene ningún secreto –comentó.

Se encorvó y añadió a la carretilla los trozos nuevos con su médula blanca y limpia y puso otro tronco de pie sobre el tocón.

Al ver a Abigail dando saltos hacia él, le entregó el hacha al demente y levantó a la niña sujetándola con fuerza entre los brazos.

–Siga así hasta llenar la carretilla, haga el favor.

Abigail sintió el calor del cuerpo de su padre a través del vendaje de su ropa. Se retorció al sentir el contacto de su bigote húmedo mientras la besaba en la mejilla.

–Dice madre que vengas ya porque llegarán en un santiguarse.

Allen sonrió.

–¿Dijo «santiguarse» o «santiamén»?

Abigail frunció el ceño.

–Santiamén.

–Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Abigail apoyó la cabeza en el cuello de su padre, en el olor a él que desprendía su pañuelo anudado, y notó el balanceo de sus pies en el aire con cada paso que él daba, como si montase en poni.

Los pacientes saludaban con la cabeza a su padre cuando pasaba por su lado, o con algún cambio en la postura. Simon el idiota, que sin duda no

estaba lanzando piedras al estanque, saludó con todo el brazo.

Fuera de la casa, Hannah esperaba de pie, sujetándose los afilados codos y dibujando meditabunda, con la punta de la bota, una línea en el sendero que tenía delante. Levantó la vista hacia ellos mientras llegaban y dijo como para justificarse:

–Pensé que debía quedarme esperando para recibirlos, ya que no había nadie más.

Allen se echó a reír.

–Estoy seguro de que hasta un poeta es capaz de sonar la campana de una puerta.

Observó cómo su hija hacía caso omiso del comentario, con la mirada clavada en el suelo. Abigail se retorció en sus brazos ahora que había acabado el paseo, así que la bajó. Se alejó corriendo unos metros en busca de un palo que le resultaba interesante. Se abrió la puerta principal y salió la señora Allen para unirse a ellos.

–Qué buen tiempo –comentó.

–¿No somos demasiados ahora? –preguntó Hannah–. Puede que el hermano se sienta un poco abrumado.

–Puede que los dos –replicó su padre–. Pero a ninguno de los dos le hará daño una cálida bienvenida familiar.

–Yo sólo me quedaré un segundo –anunció Eliza Allen–. Tengo cosas que hacer, es sólo que os vi aquí a todos al sol... Ah, mirad, Dora está ahí asomada.

Hannah se dio la vuelta y vio el rostro de su hermana en la ventana. No saldría, Hannah lo sabía. No le gustaban las personas fuera de lo común. Le gustaban las personas normales y corrientes y se estaba preparando para su boda; después podría vivir casi exclusivamente rodeada de ellas. Se retiró y desapareció, como un pez de la superficie de un estanque, y el cristal se oscureció.

–Abi, suelta eso –le ordenó su madre–. Y no te limpies las manos en el delantal. Ven aquí.

Abigail se les acercó, reacia y algo avergonzada, y dejó que su madre le limpiara las palmas de las manos con un pañuelo.

–¿Dónde está Fulton? –le preguntó Eliza a su marido.

–Estará ocupado, seguro. No hace falta que estemos aquí todos colocaditos. No nos van a pintar ningún retrato.

No era así como Hannah había planeado este encuentro en su imaginación. No con todo este revuelo de su familia alrededor, no nada más llegar; ella habría aparecido como si nada en el momento justo, o al menos podría haber disimulado fácilmente su vigilancia. Podría haber sido una atractiva muchacha solitaria de diecisiete años, incluso una ninfa del bosque, sorprendida en su deambular. Se quedó mirando el camino, hasta donde le alcanzaba la vista: algo más adelante giraba bruscamente a la derecha y la frondosidad impedía ver colina abajo. A través de los árboles sintió que se avecinaban, se avecinaba un acontecimiento. ¿Quién sabía cuán relevante podía llegar a ser? Debería intentar tener menos esperanzas; las posibilidades de que estuviesen a la altura de sus expectativas eran escasas. Pero era posible. Sin duda algo estaba a punto de ocurrir. Unas personas estaban a punto de llegar.

Y entonces ocurrió. El carruaje procedente de Woodford se acercaba, con los baúles sujetos al techo con correas, los caballos se doblegaban colina arriba, el cochero profería breves sacudidas a sus anchos lomos con la fusta. Rápidamente, esperando que no la vieran, Hannah se pellizcó las mejillas para colorearlas. La señora Allen cogió en brazos a Abigail, sosteniéndola sobre la cadera. Mathew Allen se atusó los bigotes con ambas manos, se tiró hacia abajo del chaleco y abultó la turgencia del pañuelo que lucía en el cuello.

Al detener el carruaje junto a ellos, el cochero se tocó el ala del sombrero, Matthew Allen se adelantó y abrió la puerta.

–Señores Tennyson –entonó con su voz profesional más profunda–. Bienvenidos a High Beach.

Se oyeron una tos y un gracias desde el sombrío interior, donde se movían unas largas extremidades.

Hannah se acercó un poco más a su madre mientras los dos hermanos salían del carruaje.

Los dos Tennyson, bien afeitados, eran altos y misteriosamente parecidos.

Saludaron a las tres féminas con corteses reverencias. Hannah sintió el impulso de decir algo, pero no lo hizo. Oyó que su madre decía:

–Caballeros, bienvenidos.

Uno de los Tennyson farfulló una respuesta y ambos se quedaron de pie pestañeando, cambiando el peso de un pie al otro tras el confinamiento del carruaje. Empezaron a encender sus pipas.

El doctor Allen y uno de los Tennyson desataron los baúles y los bajaron. Los dos hermanos eran apuestos, uno quizá más delicado que el otro en su aspecto... ¿Sería el poeta o el melancólico? Hannah esperó a que dijese algo más. Se moría de ganas por saber sobre cuál de estos dos hombres debería recaer su interés.

John se despertó sin sentir nada en un lado del cuerpo. Se llevó una mano a la cara para palpar la costra dura de la helada y quitársela, pero no había nada. Así que o bien no estaba fuera o no hacía tanto frío. Notó que el aire no se movía a su alrededor, no estaba vivo. Estaba bajo techo, en una habitación cerrada.

Dejó los ojos cerrados, flotando dentro de su propia oscuridad interior, queriendo postergar el saber en qué habitación estaba, aunque a decir verdad lo sabía. Pero tal vez no lo fuese, tal vez fuese la habitación que tenía que ser, con Patty levantada antes que él y ocupándose de los niños.

Abrió los ojos milímetro a milímetro y vio una oscura habitación gris. La escarcha penetrante que había imaginado en su costado a la intemperie era el viejo entumecimiento por haber dormido al raso hacía años, no un contacto real con el mundo, y no estaba en casa. Ahí estaba la ventana, con el tenue resplandor de la húmeda luz otoñal. Mostraba sus vistas: dos árboles torcidos junto al trémulo cristal.

Abajo oía a otros internos moviéndose y la voz enérgica de la señora Allen. En breve pasaría a recogerlo y él la acompañaría a través del jardín para desayunar en casa del doctor, por haber sido un buen chico.

Levantó la manta, puso sus pies blancos cada vez más suaves sobre el frío suelo de madera, y se levantó; ipso facto quiso volver a tumbarse y no volver

a tumbarse e irse y no ir a ninguna parte y no estar allí y estar en casa.

John untó una buena cantidad de mantequilla en el pan y le dio un bocado. Quienes por complexión eran considerados capaces tenían chuletas para comer y serraban su carne, entre ellos Charles Seymour, el aristócrata que no tenía nada de loco. Se había dignado acompañarlos esta mañana. El doctor le había detallado su pedigrí al recién llegado como quien presenta un mastín campeón. Habían mantenido una conversación cortés, principalmente sobre Cambridge, ese afortunado mundo desconocido, mientras John permanecía callado. Ahora la mesa se había quedado en silencio. George Laidlaw estaba hablando solo, de forma casi inaudible, sus labios se agitaban con sus habituales cálculos descabellados sobre la deuda pública. Fulton Allen comía con el apetito de un muchacho, rebañando jugos con un pedazo de pan en el tenedor. Margaret daba bocaditos en silencio. Hannah Allen no dejaba de mirar de refilón al recién llegado, Septimus Tennyson, a quien le temblaba la cabeza y cuya mirada parecía demasiado delicada para detenerse en una sola cosa durante mucho tiempo, pero la echaban para atrás lo que a primera vista parecían los ojos lánguidos de un caracol. Alto y apagado era su aspecto. ¿Por qué Hannah no se fijaba en John en vez de en él? John se relamió la sedosa mantequilla de los dientes, aunque le habría gustado mucho más comérsela a ella, una criatura tan linda y tan pálida. Se preguntó a qué sabría el nido entre sus piernas. Le habría gustado ver sus mejillas sonrojarse y oír su respiración entrecortada. El doctor sonreía a todos mientras masticaba.

—¿Todos tenemos hoy bastante que hacer? George, a usted le toca trabajar en el huerto, ¿verdad?

John yacía en la calidez del baño, acariciando la blancura de su vientre. Presionaba con los dedos hasta hundirlos en él, formando protuberancias de masa blanda. Más abajo, su pene había emergido fuera del agua y lo coronaba un aire frío que le hacía cosquillas. Se recostó, el agua se agitó junto a sus

orejas, y dejó que sus brazos flotaran. Se quedó tan quieto que podía sentir cómo los latidos de su corazón derivaban una pequeña fuerza por todo su cuerpo.

Unos nudillos golpearon la puerta.

–Cinco minutos, señor Clare.

Peter Wilkins era un vigilante anciano. Su cara gruesa estaba llena de bolsas que le colgaban. Tenía los ojos llorosos, los párpados inferiores tan caídos que dejaban al descubierto varios milímetros de su envés rojo, como un abrigo raído con las costuras descosidas. Ya había tenido su buena dosis de prohibiciones, baños, discusiones, y ahora había decidido encargarse de vigilar la entrada. Jamás mencionaba que para él este era ahora su trabajo, no fuesen a llevarle la contraria y le impusieran sus antiguas tareas. Así que cada mañana caminaba con determinación, pero no demasiado rápido ni de forma demasiado evidente, hasta la entrada bajo los árboles y se quedaba allí.

El rostro de Wilkins estaba tan lleno de detalles y de personalidad que para John encontrarse con él era siempre un pequeño acontecimiento, como comer algo. John le daba las gracias levantándose el sombrero cuando Wilkins lo dejaba salir en dirección a su trabajo.

John caminaba con paso rápido y casi sin tocar el suelo, como un jornalero colina arriba hacia el huerto del almirante, confiriendo a sus carnes un poco de calor y movimiento. Comenzó a silbar una canción, *Tie a Yellow Handkercher*, una de esas melodías de gitanos y viejecitos que había transcrito hacía años para un volumen que nadie publicaría y que se moría de pena en un cajón de un atestado despacho de Londres. Así acaba insultada e ignorada la vida real de la gente. Iba cantando en voz alta «*Flash company been the ruin o' me and the ruin o' me quite*», pero se detuvo: la estaba sintiendo con demasiada intensidad y le resultaba un encarcelamiento aún mayor simplificarse de aquella forma en las palabras de otra gente, sobre todo cuando él tenía tantas suyas propias. Además, acababa de ver a dos carboneros más adelante en el camino, sucios y encorvados, con las caras ennegrecidas y anodinas. Se ladeó el sombrero hacia abajo e intentó pasar

desapercibido al cruzárselos; después se preguntó si aquello habría hecho más o menos probable que lo tomaran por uno de los locos.

Cuando hubieron desaparecido, volvió a alzar la vista hacia el bosque. Húmedo. Poco movimiento. Un aleteo fugaz. La neblina entre los árboles torcidos.

Mientras labraba el huerto del almirante, se le unió un petirrojo. Se lanzó disparado hacia delante para pinchar la tierra que él había removido, observándolo, a la espera, en equilibrio sobre sus patitas de alambre. John vio a un gusano palpar junto a la pala, lo agarró y se lo lanzó al pájaro. El petirrojo se alejó y regresó volando, y le dio un picotazo a la comida.

Al ver esto, al estar allí, en aquel momento, el mundo volvía a aparecer en silencio, iba hacia él. Con delicadeza, exhalaba su atmósfera en torno a él: vulnerable, propicia, llena de secretos, suya. Algo perdido que regresaba. Cómo lo esperaba en la eternidad y casi lo conocía. Él lo había sabido y lo había cantado toda su vida. Al percibirlo ahora, en medio de su fuga y su sufrimiento, se le llenaron los ojos de cálidas lágrimas.

Se emocionaba con demasiada facilidad, eso lo sabía. Nervioso y excitable. Se secó con la manga y volvió a la faena, al ritmo y al peso fáciles a través de sus brazos. Una medicina indolora. Y era trabajo ligero, nada comparado con quemar cal o trillar. Destrozó un terrón de aquella arcilla densa de Essex y recordó el mayal ligero que su padre le había hecho cuando era niño. De pie junto al ritmo rápido y fluido de golpes circulares del viejo, él había intentado estar a la altura, con el brazo ardiéndole, la camisa bañada en sudor, la piel húmeda y cubierta del polvo de la paja, que le picaba. Débil pero dispuesto, eso decía su padre de él.

–Buenas tardes, John, o buenos días.

Era el almirante, de pie, muy erguido y circunspecto. John siempre había sospechado que posaba más erguido y con mayor circunspección ahora que estaba jubilado que cuando surcaba los mares. Iba de punta en blanco, muy repeinado, con los restos de pelo canoso saliendo tiesos desde la coronilla, y su largo abrigo azul, impecable cual caballo antes de un espectáculo. Un

hombre que había conocido a Nelson.

–Y ¿cómo estamos hoy?

John se puso de pie, sintiéndose muy desaliñado y poca cosa, con su insignificante metro sesenta, frente al almirante.

–Muy bien, señor. Un día excelente.

–En efecto.

El almirante liberó una mano de detrás de la espalda y señaló con un gesto hacia el bosque. Como un perro, John miró la mano, no en la dirección que indicaba. Se había olvidado de lo retorcidas e hinchadas que eran las manos del almirante, con dedos como raíces de jengibre. John se extrañó de que no llevase guantes, pero tal vez le resultara imposible ponérselos.

–Sí –continuó el almirante–, todo lo bueno que cabe esperar en otoño. Me esperan en la ciudad –anunció. John se inclinó ante el dato–. Así que me marchó a Woodford, para confiarle al tren mi pobre persona. –El almirante sonrió.

John también sonrió.

–Que tenga usted un viaje sin contratiempos –le deseó.

–Sí –contestó despacio el almirante. Pareció no gustarle la preocupación sincera del comentario. La idea de su destrucción corporal a una velocidad antinatural no tenía por qué contemplarse realmente–. Sí, en efecto. Que tenga usted un buen día. Por favor salude de mi parte al doctor y a la señora Allen. Ah, sí, hay alguien alojado en Beech Hill House, un amigo del doctor, imagino. ¿Sabe usted por casualidad de quién se trata?

–Me temo que no, señor.

–Pues nada. Con Dios.

El almirante encajó la cancela al salir y se dirigió colina abajo, con sus gruesas manos, una sobre otra, al final de la espalda.

John silbó envidioso cuando se fue: «*Flash company been the ruin o' me and the ruin o' me quite*». Una noche de desenfreno en Londres con los muchachos... eso era lo que necesitaba. Notó cómo la carne se le tensaba al pensar en la cerveza, por el deseo de embriaguez, el deseo de un mundo suavizado que fluyese a su alrededor. Regresar con su chaqueta verde, el payaso de campo para sus amigos de *The London Magazine*, con sus

zahirientes conversaciones literarias, sus agudos epigramas ensayados y desperdigados como piedras preciosas entre la espesura de la conversación. Y más tarde, con aire arrogante, los escenarios que los rodeaban cambiaban como telones de fondo izados y arriados en un teatro venido a menos hasta ir a parar junto a una criatura joven y rechoncha, su nido cosquilleándole la nariz mientras él estiraba la raíz de la lengua, saboreándola por dentro, y después saciándose dentro de ella, esa maravillosa liberación, abrazándola al hacerlo, restregando la pintura de su mejilla, corrida por el sudor, contra la suya.

Podía averiguar una o dos direcciones y buscar a la vieja pandilla, más calvos, más fondones, con trabajos más irregulares ahora que la revista había echado el cierre. Pero para qué: todo aquello ya no existía, y de todas formas él no podía ir, se recordó a sí mismo. Era un interno, un prisionero. Tenía que volver a casa de Allen, lo esperaban. Dadas las circunstancias actuales, ya era bastante haber sobrevivido a la jornada. Pero al pensar en todo aquello le dieron ganas de emprenderla a patadas. Y la Naturaleza se la había arrebatado de su pequeña y sucia ira y lo había abandonado a él allí.

Trabajó hasta el anochecer y regresó caminando. Peter Wilkins le abrió la verja.

–Será mejor que se dé prisa –le advirtió– o llegará tarde a las vísperas.

Sentado ante su escritorio, Charles Seymour escribía. Su ayuda de cámara, sin casi ningún otro sitio al que acudir en este espantoso lugar, aguardaba detrás de él, de pie como un centinela contra el muro.

... Me aconsejas que me consuele pensando en mi libertad. Puedo ver cómo te esfuerzas, cariño mío, por sonreír entre lágrimas para darme ánimos, pero no pienses que me creo que lo haces de corazón. No obstante, permíteme que te conteste. En primer lugar, verme atrapado en una institución como esta...

Mojó la pluma, miró fijamente la pared.

... parece una definición muy peculiar de libertad. Estoy encerrado en un manicomio y en mi

cordura, encerrado en mi deseo.

Se detuvo y desdeñó la extravagancia de la frase, pero no la tachó.

Mi padre me trajo a este infecto lugar para impedir nuestro matrimonio y aún sigo aquí. Sé que te refieres a mi libertad de mis obligaciones, a saber, mi libertad de ti. No es necesario que te diga que para mí tal libertad no es ninguna libertad, en absoluto. ¿De qué sirve la libertad si no puedo tener lo que deseo? Es una carga inútil, si es que realmente puede decirse que ni tan siquiera exista...

¿Estaba Él más allá de los árboles?

Claro que Él debía de estar en ellos, entre ellos, ya que eran Su creación, pero Margaret no sentía aquello. Después de conocerlo en Espíritu vivo y verdadero, no la obsesionaba la ortodoxia y sabía lo que sabía. Sentía Su presencia infinita detrás de los árboles, detrás de la materia, y los árboles se erigían en guardianes, en freno. Sus extremidades se alcanzaban entre sí, impidiéndola, fabricando oscuridad en el corazón del bosque. No, oscuridad no —debía estar lúcida y equilibrada para recibirlo—, sino penumbra. Sus hojas insignificantes coloreaban el aire al caer.

Ella no era más que una pobre criatura que apestaba a pecado y tenía que sentarse a esperar en el extremo más alejado de una distancia insoportable. Esa distancia era mayor que cualquier otra en el mundo. Era absoluta. Pero allí había consuelo: la distancia era una señal de Su dominio y Su poder. El muro que los separaba también los conectaba, los unía en su separación. En su cercanía más íntima, esa distancia la tocaba y le hacía daño y era en sí misma una revelación de Él. Era algo a lo que ella podía aferrarse.

Margaret estiró un nuevo trozo de muselina sobre el bastidor y lo fijó. Acumulaba ya varios dechados amontonados sobre una mesita de su habitación. Pronto los regalaría. Eran débiles señales de la Verdad, pero hacerlos la tranquilizaba, la imagen de la cruz formándose en toda su crudeza ante sus ojos y el susurro del hilo al atravesar el tejido. Era una tarea que sellaba su espíritu en la contemplación hasta que dejaba de oír los gritos de los locos o el tiempo, con las ramas rechinando y chasqueando al viento.

Pero ¿cuánto tiempo tendría que esperar? Podría morir. Podría morir sin

conocerlo de nuevo y quedar olvidada en la oscuridad.

Margaret se preguntó si no debía empezar a ayunar otra vez.

Alfred Tennyson hizo una mueca tras su monóculo, se encorvó y escudriñó de cerca el busto frenológico que había encima del escritorio de Matthew Allen. Leyó unos cuantos cartelitos sobre la superficie brillante de la cabeza que daban nombre a los órganos mentales correspondientes a cada zona. Amatividad. Agradabilidad. Idealidad. Toda la cabeza humana, anodina y estereotipada, aparecía moteada de estas facultades.

–Ah, eso, bueno. –Matthew Allen, que hablaba con rapidez, modificó el curso de su perorata al ver a su invitado estudiar aquel ornamento médico—. Cada vez soy más de la opinión de que estas categorías son en gran medida simbólicas. Quizá exista cierta pertinencia en la atribución, pero no puedo afirmar que en mis trabajos clínicos haya encontrado correspondencias irrefutables. Con todo, el mapa resulta útil para no perder de vista la panoplia de cosas a tener en cuenta.

–Una vez me leyeron el cráneo –comentó Tennyson—. Y no quedé deslumbrado por la brillantez del análisis. Aquel tipo más bien sobreestimó mi cantidad de espíritus animales, tal vez por mi gran tamaño y por haber disfrutado de una sobremesa entre amigos en la que digamos que se consumió cierta cantidad de vino.

–En efecto. En efecto, hay por ahí vulgares practicantes, ya se cuentan por centenares, pero no hay que prestarles ninguna atención. Charlatanes de Vauxhall Gardens.

Matthew Allen miró a su alrededor, preguntándose hacia dónde dirigir ahora la atención de su invitado. Se sentía nervioso ante la presencia de aquel joven literato en su estudio privado y estaba ansioso por impresionarlo con la amplitud de sus investigaciones. Observó que Tennyson volvía a encender la pipa, ahuecando sus mejillas bien rasuradas al tirar de la llama boca abajo en la cazoleta de tabaco chamuscado. Tenía una cabeza enorme y bonita, sin lugar a dudas, con un oscuro lustre en la piel. Tras su amplia frente despejada, que insinuaba claramente su potencia intelectual, se formaban

poemas muy prometedores. Su apariencia era bien distinta a la del pobrecito de Clare, pero la frente le recordaba a él. El poeta estaba en lo cierto respecto a sí mismo: sí que parecía deficiente en espíritus animales. Su caso no era ni de lejos tan mórbido como el de su hermano Septimus, pero Alfred Tennyson también era de movimientos lentos, como si atravesara un medio viscoso de pensamiento, de duda. Puede que el ser tan miope hubiese agravado aquello, al verse rodeado de un mundo borroso y poco fiable.

Mientras Matthew Allen seguía de pie diagnosticando a su invitado, Tennyson alargó la mano y cogió una muestra de un mineral. Se la acercó al monóculo y observó sus numerosas facetas metálicas. Era una pieza pulida y centelleante de ángulos rectos, pequeñas paredes y tejados que sobresalían unos sobre otros como una ciudad devastada por un terremoto.

–Pirita de hierro –explicó Allen–. Tengo muchas otras muestras que puede ver expuestas por toda la habitación. Mi intención era, y sigue siendo, coleccionar muestras de todos los minerales que se pueden encontrar en las islas Británicas, pero aún me faltan bastantes. Durante una temporada, la química fue lo mío. Mire. –Allen cruzó la alfombra con pasos rápidos hasta una estantería, pasó el dedo por encima de los lomos hasta dar con cinco esbeltos volúmenes idénticos. Sacó uno–. Mis conferencias sobre química. Las impartí en Escocia hace unos años. Carlyle... ¿Conoce a Carlyle?... Thomas Carlyle. Asistió, que yo recuerde. Ya lo conocía incluso antes, de nuestra época en Edimburgo. Quizá podría llevarle a Chelsea y presentárselo.

–Ya tengo el placer de conocerlos, a él y a Jane.

–Ah, estupendo. Pues entonces quizá debiéramos visitarlos juntos. Ahora es de lo más sencillo, con el tren en Woodford.

Tennyson abrió el volumen que Allen le entregó. Leyó uno o dos renglones sobre el flujo calorífico de los objetos calentados. Sabía algo sobre estas teorías por sus propias lecturas en la biblioteca de Somersby, encerrado lejos del clamor de la familia y las mascotas, sin otra cosa que hacer más que proseguir su educación con toda la autodisciplina que lograra reunir. Pero no se habría atrevido a pronunciarse sobre la materia. Era evidente que el doctor era un hombre competente y capaz. Y tenían amigos comunes.

–Flujo calórico –murmuró mientras despegaba la vista del libro.

–En efecto, en efecto –se mostró entusiasmado el doctor–. Lo que sostengo en esta obra, y en cualquier otra, es que detrás del fenómeno de lo calórico, detrás de todos los fenómenos, existe una causa principal que yo denomino «el gran agente».

–El gran agente.

–Eso es. Una causa común, una fuerza unitaria. Existe una unión entre todas las cosas. El calor y la luz son manifestaciones, igual que lo son los organismos vivos y los espíritus animales.

–La energía. Las ideas.

–Sí, las ideas también. Su energía... su flujo.

–Ya veo. Un espinosismo, si se puede calificar así. –Y Tennyson lo vio realmente: un tejido blanco, incandescente, puro, fluyendo a través de sí mismo, en sobretensión, cargado, ilimitado. Y en el mundo el florecimiento de las formas, sus convulsiones: la progresión ascendente de los árboles, las olas del mar, las conchas marinas como juguetes matemáticos, el vuelo de la libélula. Todo cambiaba constantemente–. Todas las metamorfosis de los seres vivos –añadió Tennyson, haciendo un gesto con la pipa hacia la ventana.

–Justamente –convino Allen, sonriendo–. El bosque es un ejemplo perfecto.

El bosque moría dentro de sí mismo, al crecer, las formas se difuminaban, mermaban, se alargaban de nuevo. Sí, sí. Y el pensamiento, la onda irrompible, en constante cambio; colores, formas, manando sinuosamente hacia el mundo, vibrando con el lenguaje.

–Y la materia inerte, la materia inorgánica también tiene su energía.

–Mis especulaciones filosóficas tienden hacia esa misma visión –continuó Tennyson.

–Ah, interesante. Como poeta, usted siente...

–De niño –comenzó Tennyson, captando el entusiasmo, sintiéndose ya liberado de la cháchara de cortesía entre conocidos y adentrándose en el elemento profundo y armonioso del pensamiento real–. De niño era capaz de entrar en trance repitiendo mi nombre una y otra vez hasta que mi sentido de identidad se disolvía por completo. Lo que yo era entonces era un ser que en

cierto modo confluía, o se sostenía, con algo más grande, realmente inmenso. Era algo abstracto, cálido, uniforme y aterrador.

–¿El gran agente?

–Quizá, quizá. Bueno, en realidad sin duda. Lo que quiero decir es que, si estuviésemos en lo cierto sobre este punto, entonces ¿qué otra cosa podría ser?

El doctor Allen no dijo «un fenómeno mental». Por un instante se limitaron a sonreírse el uno al otro. Qué extraordinario y excitante haber descubierto sus especulaciones más profundas reflejadas en el otro, sobre el universo, sobre la existencia.

–Estaría bien –agregó Allen– poder seguir hablando sobre esto. ¿Tiene usted la intención de quedarse?

–Ah, sí. Ayer acordé quedarme con la casa.

–Ah, fantástico. Espléndido. Bien, sin duda será usted una gran incorporación a la sociedad de Epping, por llamarla de algún modo. Y por supuesto estará cerca de Septimus, lo que le resultará muy beneficioso.

Tennyson inclinó la cabeza tras la mención de su afligido hermano. Lo abandonó el rubor del entusiasmo, que menguó dolorosamente hasta un leve calor por el bochorno. Aquello le solía acaecer tras una revelación tan intensa de sí mismo ante alguien; ahora se intensificaba aún más al pensar en Septimus. La amplia línea de su boca se endureció. Allen se percató y trató de tranquilizarlo.

–No me cabe la menor duda de que las perspectivas de recuperación de Septimus son muy halagüeñas. La melancolía, ya sabe, el mal inglés, llámelo como quiera, he descubierto que es realmente bastante tratable. La compañía jovial, el ejercicio, el ambiente familiar, el desahogo de las ansiedades...

–¿Desahogo?

–Sí, la revelación de los miedos y las infelicidades personales. A menudo me encuentro con que alentar a los pacientes a exponer, cómo podríamos llamarlo, una autobiografía conversacional resulta extremadamente útil.

Tennyson exhaló enfurruñado una gran bocanada de humo que no se había tragado.

–Por tanto se enterará usted de todo sobre mi familia.

–Es probable. Pero no saco ninguna conclusión del testimonio de individuos desdichados. No se trata de eso, en absoluto. En cualquier caso, las familias, bueno... –Sonrió–. No existe lugar más productivo en lo que a dificultades mentales se refiere. No culpo a nadie por provenir de una. No es un asunto en el que por lo general tengamos mucha elección.

–Ya verá. Se verá usted arrastrado hasta el atolladero. La sangre negra de los Tennyson.

–¿Existe pues cierta predisposición... a la melancolía o a otros trastornos? Muy a menudo...

–He visto corrales más tranquilos. Sea por lo que sea no nos tomamos la vida con calma.

–Ah. –Matthew Allen inclinó la cabeza y se quedó inmóvil, a la espera, para permitir a Tennyson continuar con lo que estaba diciendo.

–Vine con mi hermano, como ve, porque pensé que tal vez yo mismo también podría entrar en su institución. Y ahora he decidido quedarme en esta zona, en este ambiente distinto.

–¿Ah, sí?

–Sí. Lejos. Aunque estos bosques son bastante lúgubres.

–Ah, es la época del año. Después florecen, ya sabe, le salen hojas verdes.

Tennyson, que ya había llenado la habitación de un denso humo flotante, volvió a encender la pipa.

–No hay por qué avergonzarse por afrontar dichas dificultades. En cierto sentido, es justo lo contrario. Indican un gran poder mental que es propenso a agotarse, en su caso en la creación, cabría suponer. Usted conocerá otros casos, supongo, entre poetas.

–En efecto. Así es. Es el precio que hay que pagar.

–Pero no tiene por qué ser desorbitado. –Allen sonrió–. Estoy encantado de que haya venido a visitarme y haya podido ver una muestra de mis intereses. Debería dedicarles más tiempo. Tengo la impresión de que ya he llevado a cabo los grandes avances que convertiré en terapia para los dementes. Después de eso, viene el turno de la prolongada puesta en práctica, que después de un tiempo cansa.

–¿Eso cree?

–Oh, mi dedicación es total, por supuesto. Pero siento la necesidad de algo nuevo, de volver a investigar y a crear. Y claro está, el dinero nunca deja de ser una preocupación, teniendo una familia y propiedades.

–Ah, ¿de veras? No me cabe duda de que posee usted la capacidad para encontrar algo.

–Y volviendo a lo que decíamos antes, creo que no ayuda el hecho de especializarse de forma demasiado estricta. Si lo que busca son ideas unificadoras, uno debe realizar un amplio abanico de actividades intelectuales. Bacon es un claro ejemplo.

–¿Eso cree? Tengo un amigo de Cambridge que lo está editando. Quizá podría organizar un encuentro entre ustedes.

–Vaya, eso sería fantástico. Gracias –dijo Allen y apretó con fervor la mano del joven poeta–. Por cierto, ¿le apetecería tal vez dar un paseo conmigo? Debo ver a un paciente.

Sentadas junto a la ventana con los libros amontonados y preparados, Annabella esbozaba un busto de Hannah para pasar el tiempo. Esperaban a mademoiselle Leclair, su institutriz francesa, que poco o nada tenía de mademoiselle. Era una solterona rechoncha de algún lugar de la Picardía con un rostro pálido y ancho que corría mayormente cuesta abajo desde una larga nariz blanca. Las muchachas eran demasiado mayores para estas lecciones, pero continuaban cultivándose mientras se preparaban para el matrimonio. Mademoiselle Leclair era consciente de que estas lecciones eran un entretenimiento refinado y su actitud era amable y alentadora, siempre paciente con las *bêtises* de las muchachas. Hannah a menudo sentía vergüenza ajena ante sus anchos hombros o el regusto agrio de su aliento al leer.

No es que Hannah Allen estuviese del todo satisfecha con su propio aspecto. En conjunto, tenía un pase: era esbelta y de pelo rubio, su pecho era aceptable. Más pequeño que el de su hermana Dora, también era más liviano, menos maternal. Su palidez, sin embargo, estaba en el extremo más alejado de lo atractivo. Era evidente que procedía de su ascendencia escocesa, lo que

provocaba unas gratas y hasta envidiables asociaciones con Byron y Scott, pero la blancura de su rostro les confería a sus labios un aire algo sangriento. Incluso los dientes, que eran de un color perfectamente normal, parecían amarillentos en comparación. Tenía las pestañas rubias. Las cejas eran como el trigo en verano.

Hannah sintió un cosquilleo ante el escrutinio de Annabella, la chispa de su mirada concentrada en ella mientras la dibujaba. Observaba los ojos oscuros de Annabella alzarse desde la página y encontrarse con los suyos, después se dio cuenta de que sus miradas no se habían encontrado del todo: Annabella miraba fija e impersonalmente una facción concreta del rostro de Hannah. La propia Annabella era de una belleza inequívoca, realmente exquisita, y hasta tal punto que hacía que Hannah se parase a pensar en qué consistía exactamente, en qué es lo que hacía bello a alguien. En muchísimas personas, la belleza era algo fugaz y variable, y entre los pacientes de su padre había visto cómo muchos ejemplos de ella se extinguían, se deformaban o se invertían, pero en ella, en Annabella, se asentaba y permanecía a todas horas. Siempre estaba hermosa. Su cutis era precioso, con sólo la justa propensión al rubor. Tenía los ojos grandes y oscuros, los labios carnosos, sobre todo el inferior, y lo eran siempre, sin necesidad de ninguna pose o mohín por su parte. Si Hannah hubiese sido hombre, estaba segura de que habría querido besarla. Era el cuello lo que definitivamente la hacía destacar en el reino de la hermosura corriente. Era largo y fino, y se curvaba con gracia desde los hombros. Delicados rizos de pelo oscuro, al escapar de las horquillas, le caían sobre la nuca. Con sólo verlos se despertaba en Hannah la ternura por Annabella, como si fuese una niña, pero también la sensualidad. De no ser por su actitud indiferente ante su aspecto, casi ajena a él, Annabella habría sido insoportable. Por así decirlo, el gran poder de su belleza sólo se hacía perceptible en su efecto sobre otras personas, nunca en ella. Era la fiel y mejor amiga de Hannah, lo había sido desde que eran niñas, desde que los Allen se mudaron a Epping. Annabella vivía en una tranquila casita del bosque, no muy lejos de la de Hannah. Su padre era juez de paz, un hombre respetable a quien Matthew Allen había presentado sus respetos cuando llegaron. Tras descubrir a aquella niña bonita y recatada de la edad de

Hannah, había alentado su amistad y desde entonces habían seguido creciendo juntas en altura y entretrejiendo sus vidas. Hannah ya le había confiado a Annabella la noticia de la llegada de don Alfred Tennyson.

–¿Lo has vuelto a ver? –le preguntó Annabella.

–Ha venido a casa, a ver a mi padre, pero no lo he visto.

–Lástima. –Annabella sonrió–. Cuéntame otra vez qué aspecto tiene.

Hannah se echó a reír.

–El de un poeta, supongo.

–¿Cómo? ¿Bajito y regordete como el señor Clare?

–¡No! –respondió Hannah con vehemencia–. No. Además, el señor Clare era un poeta campesino, y Alfred Tennyson –A Hannah le encantaba desplegar el largo estandarte de su nombre– no lo es. Lo que quiero decir es que él es reflexivo, se podría decir que inquietante. Alto.

–¿Cómo de alto?

–Alto. Uno ochenta o más.

–¿Y guapo?

–Annabella.

–A ver, ¿lo es o no?

–Sí, lo es. Moreno. De hombros fuertes. Bien afeitado. Viste capa y sombrero de ala ancha. Tiene cierto aire español.

–Tú nunca has visto a un español.

–Pero lo he leído. Todo el mundo sabe de qué color son la tez y el pelo del típico español.

–Todo el mundo sabe de qué color son la tez y el pelo del típico español –repitió Annabella.

Las chicas estaban en esa edad en la que no se para de imitar, de remedarse mutuamente gestos y frases, casi siempre de forma satírica, a veces con cierto éxito. Cuando no había nadie más, la una hacía de la otra.

–Entonces ¿está casado o prometido?

–¡Annabella! –chilló Hannah.

–Por favor, no finjas escandalizarte. Ya tenemos diecisiete años. Es hora de pensar en estas cosas. Lo que debemos planear es cómo lograr que se fije en ti.

–Cuando una vive rodeada de lunáticos llamar la atención de alguien puede resultar un poco difícil.

–Al contrario, es perfecto. Ahí está él, con toda esa gente a su alrededor, y de repente ¿quién es esa figura serena y pálida, tan elegante, en medio de todo? Vaya, pero si es la encantadora hija del doctor.

–Para. –Hannah se ruborizó–. Aunque es verdad que debo hacer algo. Creo que es miope. Parece que no se entera de gran cosa y mira muy de cerca determinados objetos.

–Tal vez en eso consista ser poeta: el aire distraído.

–Tal vez. Pero no lo creo. A veces lleva monóculo.

–Lo que tenemos que hacer –atajó Annabella alegremente– es organizar algo para que yo pueda verlo, o conocerlo. Creo que eso me ayudaría a hacerme una idea más certera.

Hannah miró a su amiga, sonriente y entusiasmada, y se paró a pensar en aquella inquietante idea. Pero antes de que le diese tiempo a responder, mademoiselle Leclair entró con aire diligente. Annabella sostuvo por un instante el dibujo, que de tan fiel resultaba decepcionante, y luego lo dejó a un lado.

–*Bonjour, les filles* –las saludó mademoiselle Leclair.

–*Bonjour, mademoiselle* –respondieron las dos, y abrieron sus gramáticas.

William Stockdale el vigilante era un hombre más alto que el médico, pero tenía que caminar deprisa para seguirle el ritmo a su patrón mientras se dirigían hacia Leopard's Hill Lodge, donde se alojaban los casos más graves. Fulton Allen, el hijo del doctor, de vez en cuando tenía que correr para no quedarse atrás. Era un requisito general para Fulton, que acababa de cumplir dieciséis años. Su victoria, aunque no lo supiese, no distaba muchos meses. Dentro de poco sería él quien dirigiese en solitario toda la institución. En estos momentos, luchaba, como siempre, por seguir la turbulenta estela de energía vertiginosa de su padre. Se esforzaba por seguir el ritmo, por adquirir el dominio de su padre, sus conocimientos, algo que, por desgracia para Fulton, no dejaba de expandirse. Esta determinación por igualar la zancada y

la seguridad de su padre se hacía particularmente apremiante cuando visitaban aquel pabellón, porque lo aterrorizaba. Fairmead House estaba lleno de trastornos leves, idiocia y convalecencia, los había que incluso no estaban en absoluto enfermos, como era el caso de Charles Seymour. Leopard's Hill Lodge estaba lleno de auténtica locura, de agonía, de personas perdidas dentro de sí mismas. Eran feroces e impredecibles. Apestaban. Eran obscenas. Hacían ruidos inesperados. Su sufrimiento era un pozo sin fondo. Era un abismo de humanidad crispada, un círculo infernal. Todas las pesadillas de Fulton tenían lugar allí, igual que sus sueños eróticos, que también clasificaba como pesadillas dijese lo que dijese sus sábanas. Hasta el edificio parecía demencial: simple, cuadrado y estrecho, con ventanucos idénticos cerrados por barrotes que emitían chillidos.

Ahora marchaban hacia allí, el bosque era un pasillo de luces y sombras parpadeantes.

Stockdale explicó la situación:

–Creo que lleva ya tres semanas sin evacuar.

–La supresión de la evacuación no hará más que empeorar su manía. Es una de las causas. ¿Y perdura todavía su delirio?

–¿Cuál es su delirio? –quiso saber Fulton.

Stockdale se echó a reír.

–Que si evacúa, envenenará el agua, destruirá el bosque, impregnará la tierra y matará a todo Londres.

–Esperemos que se equivoque –bromeó Fulton.

–Fulton –lo reprendió Allen–, no puedes tomarlo a broma, sobre todo si se trata de un paciente. La locura no tiene sentido del humor. ¿Cuántas personas hay ahora? Necesitaremos por lo menos cuatro para retenerlo mientras le administro el enema.

–Yo puedo ayudar –se ofreció Fulton dócilmente, enfadado por la reprobación carente de sentido del humor de su padre.

–Puedes sujetarle la cabeza, tal vez un brazo. Si intentas cogerle una pierna, te mandará de una patada al otro lado de la habitación. Por desgracia, es un hombre grande y muy fuerte.

Aquel olor seguía allí cuando entraron por la puerta, tal como Fulton lo

recordaba, sólo que cada vez más fuerte, más espantoso de lo que se esperaba. Se oían ruidos, pero sólo había dos pacientes en el gran espacio central al que daban la galería y las demás habitaciones. Los demás estaban encerrados. Uno de los que andaban sueltos se quedó quieto de pie y se frotó un trozo de cuero cabelludo ya calvo de tanto frotar. La otra, una mujer, corrió hacia ellos, con la mirada fija en Stockdale, y empezó a levantarse el vestido lleno de manchas. Fulton se quedó mirándola horrorizado pero incapaz de apartar la vista. Antes de que hubiese enseñado algo más que las rodillas sucias y dobladas, Stockdale le sujetó los brazos con firmeza y le bajó el vestido de un tirón.

—No se le debería permitir que se mezcle con hombres si es propensa a esto... —comentó Allen.

Saunders, el vigilante que les había abierto la puerta, se disculpó.

—No suele comportarse tan mal. Creo que es por usted, doctor, o por usted, William. Tal vez imagine que la van a examinar.

La mujer se retorció, aunque cada vez más serena, en los brazos de Stockdale.

—No quiero hacerlo —musitó—. No quiero hacerlo.

—Eso es —la tranquilizó Allen—. No lo harás.

—Déjela que se vaya —propuso Saunders—. Se pondrá bien en cuanto se le pase el arrechucho.

Saunders era bajo, fuerte y alegre, con unas manos contundentes y capaces a las que Fulton no quitaba ojo. Las yemas eran anchas, las uñas gruesas y amarillas; tenía los pulgares articulados en dos ángulos rectos paralelos a las palmas. Los ojos le brillaban entre los pliegues de piel envejecida. Debajo de una ceja le colgaban dos bultitos, más pequeños que bayas. Parecía tomarse su trabajo con calma. Sonreía y tarareaba mientras manejaba a las personas a su cargo, fuera de sí por el dolor y el miedo.

—A las once y media —anunció Saunders— dejaremos salir a unos cuantos más para que hagan ejercicio. Estos dos han pasado mala noche y por eso están fuera dándose un respiro. Pero nos ocuparemos primero del señor Francombe. Tengo a dos muchachos arriba junto a su puerta, armándose de valor.

–Muy bien. ¿Subimos?

Saunders encabezó la expedición escaleras arriba hasta llegar a las celdas detrás de la galería. Desde allí Fulton bajó la vista hacia los dos pacientes liberados, que caminaban arrastrando los pies, adormilados como abejas rociadas de humo.

–Buenos días, caballeros –Allen saludó a los vigilantes que aguardaban.

Ellos contestaron y dieron un paso atrás desde la puerta. Allen observó a través de la rejilla a un hombre grande de rostro gris apoyado contra la pared agarrándose el vientre duro.

–Buenos días, señor Francombe –gritó Allen a través de la puerta.

Unos ojos apagados le devolvieron la mirada, después la apartaron.

Matthew Allen se volvió hacia sus hombres.

–Muy bien. Ustedes cuatro, quiero que entren, se hagan con él y lo saquen de ahí. Lo mejor será que esté en una bañera, o sobre una de las mesas, cuando le fuerce la evacuación. Fulton, tú quédate aquí. Stockdale, Saunders, ustedes cójanle las piernas. Ustedes dos, agarren los brazos. ¿Todos sabemos lo que tenemos que hacer?

–Sí, doctor –respondió Saunders. Los demás asintieron.

–Muy bien. Adelante.

Saunders abrió la cerradura de la puerta y levantó el pestillo.

–¿Listos? –preguntó, y acto seguido entraron los cuatro, con decisión.

Fulton se quedó a espaldas de su padre y observó el forcejeo. El señor Francombe, después de una sarta de juramentos, comenzó a bramar y a quejarse mientras peleaba. Su alarde de violencia era extraordinario. Lanzaba a Saunders y a Stockdale de un lado para otro con sus patadas. Los otros dos se retorcían y luchaban con sus brazos. Él se levantó del suelo en medio de ellos y luego volvió a hundirse, juntando sus cuatro extremidades, de forma que los vigilantes chocasen entre sí. Del rostro le caían hilillos de baba. Intentó morder a uno de los hombres que le sujetaba los brazos. El vigilante tuvo que soltar el otro brazo y empujarle la frente hacia atrás todo lo fuerte que pudo al señor Francombe.

–Fulton, si quieres participar –intervino Allen, con una voz sorprendentemente cansada–, sería útil que intervinieses ahora. Ponte detrás

de él y agárrale la cabeza. Cógelo por las orejas.

–¿En serio?

–Está bien. Sujeta esto. –Allen le entregó el bolso a su hijo e intervino él mismo. Fulton, avergonzado, lo siguió.

Allen hizo lo que le había ordenado a Fulton, rodeó con rapidez a los cinco hombres jadeantes, se acuclilló detrás e intentó dominar con firmeza la cabeza de Francombe. Pero sacudía con mucha fuerza, y tenía las orejas cubiertas de pelo grasiento. Allen intentó empujar la cabeza contra el suelo por un instante y vio cómo el cuello se le cuajaba de la rabia, el bulto enrojecido de la nuez y las venas hinchadas. Colocó la rodilla sobre la frente de Francombe, hizo presión con el peso de su cuerpo, le apartó el pelo como pudo y se agarró al cartílago viscoso de sus orejas.

Poco a poco Francombe empezó a transigir, estremeciéndose, pero mientras lo levantaban para sacarlo, empezó a agitarse de nuevo, y los cinco se tambalearon, como en la cubierta de un barco sobre un mar tempestuoso.

Cuando por fin lo tuvieron amarrado a una mesa, Francombe lloriqueaba de rabia y humillación. Lo habían despojado de los pantalones y las prendas íntimas. Matthew Allen, con manos trémulas, se limpió el sudor de la frente.

–Tranquilo, señor Francombe. Usted sabe que sus temores no son racionales, no son de verdad. Todos y cada uno de nosotros debemos deponer nuestros desechos. Todos y cada uno de nosotros deponemos nuestros desechos, y los bosques no mueren. Las ciudades no están envenenadas.

–¿Cómo que no lo están? –replicó Francombe–. ¿Que no lo están?

–Sus desechos no son más nocivos que los de cualquier otra persona. No es un pecado, usted lo sabe. No lo es. No es culpa suya. No es más que un derivado de la alimentación. ¿Lo comprende? Son los desechos de la comida.

Francombe se calló, y después de repente tiró con todas sus fuerzas de las correas, que crujieron. Espiraba lentamente a través de los dientes, muy separados entre sí. Fulton se preguntaba si las correas resistirían.

–Ay, acabemos ya con esto –murmuró Allen. Tenía el enema preparado, en una mano el tubo, en la otra la bolsa llena de agua salada caliente–. Fulton, no hace falta que mires, ya lo sabes. No va a ser agradable.

Fulton vaciló sólo por un instante fugaz.

–No me esperaba nada agradable –afirmó–. Y un día seré yo quien tenga que abordar estos procedimientos.

–Muy bien. Pues si te quedas, tal vez podrías masajearle el abdomen.

Allen se agachó e introdujo la boquilla en la entrada oscura y sellada del recto del señor Francombe. La empujó varios centímetros, aparentemente ajeno al miembro que, mientras tanto, rebotaba de un lado para otro a poco más de un palmo de su cara. Empezó a apretar para que entrase el fluido.

–Ahora presiona desde la parte superior del abdomen, por favor. Con fuerza.

Fulton obedeció, empujando contra lo que imaginaba que sería la mierda compactada dentro del señor Francombe. Los vigilantes estaban de pie a cierta distancia, con los brazos cruzados, y charlaban.

Un líquido claro y caliente salió del señor Francombe.

–Más fuerte, por favor –Allen elevó la voz por encima de los gemidos del hombre–. Y usted también, señor Francombe. Puede empujar.

El señor Francombe se esforzaba por resistirse, pero el agua caliente, la presión sobre el vientre, el dolor, todo hacía que le resultase muy difícil no ceder. Al poco, el doctor Allen se vio recompensado con profusos pedos entrecortados seguidos por la aparición de una hez diminuta y dura, plegada como una concha marina.

–Muy bien. –Apretó para que entrase más agua.

–Putá –lo increpó el señor Francombe–. Sinvergüenza. Sinvergüenza asqueroso. Comemierda.

Apareció otro pequeño zurullo, después un pedo bestial, y después otro. Cada vez eran más grandes, casi del tamaño de cagarrutas de cabra.

–Bien, Fulton.

–¡Sinvergüenza apestoso! ¡Ay!

Ahora Francombe lloriqueaba por la decepción mientras una asombrosa cantidad de mierda brotaba de su interior al otro lado de la mesa. Allen permaneció allí, apretando inmóvil el enema, pese a que los montones que caían le estaban poniendo perdidos los zapatos.

–¡Ju, ju! –exclamó Saunders, agitando el aire delante de su cara–. A nosotros nos llamas sinvergüenzas apestosos...

–Gracias, señor Saunders –lo reprobó Allen–. Me imagino que el señor Francombe se sentirá muy molesto por esta experiencia. Señor Stockdale, le sugiero que más tarde lo saque al claro del bosque y le permita que se airee un rato. Quizá usted, señor Saunders, podría acompañarlo.

–Sin duda, doctor.

–Le aplicaré sanguijuelas en los pies más tarde, cuando vuelvan, y confío en que nos encontremos con un señor Francombe recuperado y menos sanguíneo.

–Como usted diga, doctor.

Después de medio limpiarse los zapatos como pudo y de sacarse los excrementos de debajo de las uñas con la hoja de una navaja, Matthew Allen se marchó de Leopard's Hill Lodge. Fulton le llevaba el bolso. Regresaron a las leves angustias y confusiones de Fairmead House. Allen se alegraba de regresar, pero sólo era una alegría relativa. Estaba cansado, muy cansado de los locos y su miseria, y de la obstinada resistencia a la cura de la mayoría. Su mente se afanaba por pensar en hacer otra cosa, en expandirse.

Mientras cruzaba el césped donde George Laidlaw estaba inmerso en un caos de aritmética mental, donde un idiota perseguía a otro pero se detuvo al ver aproximarse al doctor, y los pacientes con el hacha llenaban de nuevo la carretilla, se le acercó John Clare.

–John, John, ¿cómo se siente hoy?

–Estupendamente, doctor, estupendamente. Y eso es todo, ya ve.

–¿Lo es?

–Me preguntaba, ya ve, dado lo digno de confianza que he sido y todo eso, si se me permitiría entrar a formar parte del grupo de quienes tienen una copia de la llave.

–¿Para ir de excursión y componer rimas? –Por supuesto, John Clare. Esa era la idea.

John hizo una mueca, después asintió.

–Para pasear. Y por la botánica y todo eso.

–Aún sigue escribiendo poemas, ¿verdad? –preguntó Allen–. Los que leí no hace tanto tiempo me parecieron efusiones de gran belleza. Y sin duda su reputación no habrá caído en el olvido. ¿Cuándo buscó editor por última vez?

–Dichas efusiones, como usted las llama, efusiones rurales, ya no son del gusto del público.

–¿Me permitiría tal vez que lo intentase en su nombre? Sería un placer escribir a unos cuantos contactos literarios para que lo publiquen en sus revistas.

–No esperaría que surgiese nada de ello –declaró Clare, recelando del doloroso ardor de la esperanza que podría estallar dentro de él.

–Yo me encargaré de todo. A usted no le supondrá ninguna molestia.

–Supongo que no se pierde nada por...

–Excelente. ¿Por qué no? Obras como las tuyas no deberían acabar confinadas a un polvoriento cajón de hospital. Le conseguiré esa llave, sígame.

–Gracias, doctor.

John, llave en mano, se puso en marcha de inmediato. Peter Wilkins le sonrió con sus ojos llorosos y fue a echar mano de su propia llave, pero John levantó la suya. Peter Wilkins se irguió.

–¡Ah! –exclamó–, tiene llave. Me alegro, John, me alegro.

John se sintió avergonzado por la felicitación, pero en cualquier caso aquello lo animó. Intentó enmascarar su efecto, respondiendo abruptamente y con aire campechano:

–¡Y qué buen tiempo hace!

–Pues que disfrute del paseo –le deseó el anciano–. No sabe cuánto me alegro.

John levantó la mano a modo de despedida mientras emprendía el camino por el sendero, dejando atrás las formas familiares de los árboles de la zona, hacia los especímenes desconocidos que crecían ocultos en kilómetros a la redonda. Los helechos, casi marchitos por la estación, se alzaban exhaustos entre ellos. No se oía ningún canto, sólo algunas notas que se filtraban desde lo alto a su paso, cuando los silenciosos pájaros se advertían entre sí. Un mirlo, que jugueteaba entre las hojas caídas, se alejó de un salto de sus pies, se posó sobre una rama baja y dio la piada de alarma, dedicándole una mirada

feroz.

John estudió el pico del pájaro, amarillo narciso, afilado como unas pinzas, su pulcra y bella cabeza negra, y absorbió la mirada desde su ojo brillante y redondo. Al hacerlo oyó un grito humano. Siguió caminando, alejándose del ruido, pero lo confundió el laberinto de ecos del bosque y fue a toparse justo con uno de los pacientes, descalzo sobre el musgo y las hojas, con los zapatos tirados, sudando y gesticulando. Al ver a John, se lanzó hacia él, con la cara al rojo vivo de la rabia, pero había dos vigilantes con él. Uno se levantó de un brinco de un tronco, donde jugaban con una baraja de cartas viejas y dobladas, y levantó los brazos. El lunático fingió no verlo, pero se detuvo donde estaba.

–Siga su camino –ordenó el vigilante a John. Era Stockdale–. Siga. No es nada. Sólo que menuda mañanita ha tenido ese de ahí. No se preocupe.

El otro vigilante, a quien John no reconoció, sonrió a través del humo de su pipa.

John prosiguió a toda prisa, se quitó el sombrero, secó el borde empapado por el miedo repentino y se lo volvió a colocar con firmeza sobre la cabeza.

Después de unos metros, levantó la vista de las hojas enmarañadas, las espinosas formas estrelladas de las cáscaras de los frutos de las hayas, y las raíces que estriaban el sendero. Volvió a mirar hacia arriba y vio la oscuridad cegadora y enredada de los arbustos de acebo, los largos látigos y las hojas raídas de las zarzamoras bajo ellos. Cogió una mora y se la comió: tan ácida que le picó en el paladar.

Siguió caminando. Encontró un tronco medio podrido y cubierto de hongos, líneas rizadas de orejas de Judas de un amarillo lívido que corroían la madera reblandecida. ¿Qué escuchaban? Las miró de cerca, sus volutas, la capa de color sobre ellas que se extendía en ondas o en aros, rosáceos hacia el borde exterior.

Y allí, en un extremo del tronco estaban desperdigadas las pruebas de que un tordo lo utilizaba como yunque. Sobre la parte más plana de la madera, un pájaro había llevado caracoles y con ellos dentro del pico, sacudiendo el cuello de un lado a otro, los había destrozado hasta abrirlos. Los añicos del caparazón en espiral, algunos todavía cubiertos por una delicada espuma

mucosa, conformaban una constelación que John revolvió con la yema del dedo.

Pero no podía tocar a Mary, recordó: la más dulce de sus dos esposas, la niña perdida que lo amaba, tan cercana en sus pensamientos que podía extender la mano y tocarla.

–Mary –cantó suavemente para sí.

Los muros del tiempo eran la cárcel más extraña. No podía tocarlos o ensangrentarse la cabeza contra ellos, pero lo rodeaban sin dejarle espacio y lo apartaban de sus amores, de su hogar, perdido en un bosque a muchos kilómetros de ellos. Se puso de pie.

–Mary –dijo–. Oh, Mary. Oh, Mary. Oh, Mary, entona tus cantos para mí.

Rebuscó en los bolsillos: su pipa, una piedrecita, un cuadrado de papel y un trozo de lápiz viejo. Se volvió a sentar, se quitó el sombrero, alisó el papel sobre la copa y escribió:

Oh, Mary, entona tus cantos para mí
De la melodía del amor y la belleza
Mis penas se hundan bajo la angustia...

Al cabo de un rato, tenía un poema nuevo escrito en ambas caras del papel, y después en horizontal por falta de espacio. Se quedó allí sentado, sintiéndose pleno por un instante, con la mente serena y amplia, repasando el poema, tarareándolo. El bosque lo rodeaba, con los brazos levantados, en contacto con la luz. Una lluvia fina empezó a repiquetear sobre las ramas y las hojas.

Otro poema, entre miles. Era cómodo que llegasen uno a uno, no agitados en un torrente. Su repentina compañía que había sido su total ruina. Se le encogieron las tripas al recordar a sus amigos del pueblo, que lo evitaban para no acabar descubriéndose en un poema que no sabían leer y que atraía a los desconocidos de visita. «¿Es cierto, como he oído, que ustedes los pueblerinos realizan el acto conyugal en las pocilgas de sus cerdos?» Daba igual, al doctor Allen le gustaría, reflexionó. Otro adorno para su absolutamente respetable institución para lunáticos.

John siguió caminando, cruzándose con algunos carboneros sentados en sus cabañas, aquellas viviendas ancestrales hechas de postes amurallados por turba cortada, probablemente tan viejas como las que más. Tenían que pasar los días allí afuera, para asegurarse de que las hogueras no prendían, sino que poco a poco iban reduciendo a carbón la madera amontonada bajo las lonas. El humo que ascendía era dulce, mucho más dulce que en los hornos de cal en los que John había trabajado alguna que otra vez. Los vio levantar la vista y quedarse mirando desde su oscuridad, y se arriesgó a quitarse el sombrero, pero ellos ni se inmutaron.

Más tarde, a media milla de distancia, descubrió un claro en el que había un grupo de *vardas*, caravanas pintadas, caballos amarrados, y niños, y un fuego humeante. Un pequeño terrier percibió el perfume de John y se inclinó hacia él sobre sus cuatro patas plantadas, como en cursiva, para ladrar. Una anciana sentada junto al fuego, con una manta sobre los hombros, levantó la mirada. John no se movió ni dijo nada.

–Buenos días tenga usted –dijo ella.

–Buenos días –respondió John, y luego, para hacerle saber que los conocía, que era un amigo, añadió–: *Cushti hatchintan*.

Al oírlo, ella levantó las cejas.

–Lo es. Es un buen sitio. Por lo que veo, usted *rokker* romaní, ¿verdad?

–Algo, sí. Solía juntarme con los gitanos cerca de mi *hatchintan*, en Northamptonshire. Pasamos muchas largas noches juntos. Me enseñaron a tocar sus canciones y cosas así. Abraham Smith y Phoebe. ¿Los conoce?

–Nosotros también somos Smith, pero no conozco a los suyos. Ni yo he estado en ese condado ni ellos aquí. Es un buen sitio este. –Levantó un brazo para señalarlo con un gesto–. Hay tierra de sobra y nadie que te quiera echar. Y las criaturas del bosque, muchos *hotchiwitchis* para comer en invierno. Es una de las pocas tierras comunes que todavía no se han *zampao*.

John negó con la cabeza y respondió como un anciano cansado a otro.

–Es un crimen lo que aquí denominan ley ahora. No es más que un robo, quitarle la tierra de todos a la gente. Recuerdo cuando vinieron a nuestro pueblo con sus telescopios para medir y vallar y parcelar. Luego expulsaron a los gitanos. También a los pobres.

Uno de los niños fue corriendo hasta la anciana y le susurró algo al oído mientras miraba a John. Los demás se mantuvieron alejados, como gatos, con los ojos entre las ramas. El terrier que había avisado de la llegada de John se acercaba ahora al trote para unirse a la conspiración de los niños. La anciana habló:

–Se piensa que podrías ser un agente forestal o un guardabosques a quien no le haga gracia que estemos aquí.

Empujado por el fuerte deseo de quedarse en este nido cómodo y relajado, con gente que era libre, John afirmó:

–Yo mismo no tengo hogar, duermo cerca de aquí. Y no pocas veces me han detenido los guardabosques. –Lo cual era cierto: a menudo lo habían confundido con un cazador furtivo mientras merodeaba y escribía sus poemas, un hombre con ningún otro motivo para estar en aquel lugar más que el mero hecho de estar allí.

–¿Cómo se llama?

–John. John Clare.

–Bien, yo soy Judith Smith. Parece usted un hombre decente, John Clare, pálido y desamparado, aunque bien alimentado, quienquiera que sea. Huelo el mal en los hombres, las intenciones aviesas, y no huelo nada de eso en usted, con su cara franca e idiota. Soy famosa por mi sexto sentido, y mis predicciones siempre han resultado ser muy, muy certeras.

–Conozco muchos romances. Puedo cantar, si gusta.

Judith Smith se echó a reír y sacó una ramita del fuego para encender su pipa.

–Más tarde, si gusta, cuando regresen los demás. Soy rápida haciendo amigos, ¿no cree? Los chaveas son miedosos, pero ya se calmarán.

John miró a los niños alrededor, cuatro o cinco mantenían la distancia, mientras el que había hablado con ella volvía junto a ellos a toda prisa.

–Los chaveas han de ser miedosos –declaró John–. Eso podría salvarlos en alguna que otra ocasión.

–Es posible. ¿Se sienta, pues? Puede seguir aquí pendiente del *yog* hasta que tengamos algo que cocinar. Por eso están *preocupaos*. Los hombres se han largado en busca de algo que zampar, como ve, y no quieren que nada les

agüe la fiesta.

–Y con razón –comentó John.

Así pues, John se sentó a su lado y atizó el fuego, girando los palos para mantenerlo encendido mientras que los chaveas poco a poco fueron perdiendo el miedo y se acercaron a rociar hojas secas encima, esperando que prendiesen y se alzasen dando vueltas, volando en piruetas que se desviaban a veces hacia ellos. La anciana le ofreció a John una pipa de madera para fumar, con la boquilla mordisqueada, con marcas amarillas de dientes, pero él le mostró la suya. Extrajo un aire agrio y sibilante de ella para comprobar que tiraba, y después la llenó con un rollo de tabaco de ella. Aquel envoltorio de papel de periódico viejo probablemente fuese el único trozo de material impreso en aquel lugar, y John sonrió al ver que se hacía buen uso de él, con sus palabras emborronadas jamás leídas, sus voces agudas resonando en la mente de nadie. Encendió su pipa con una ramita ardiendo. Charlaron sobre el tiempo y las plantas. Los largos silencios entre los pensamientos se llenaban con el sonido del fuego y el incesante rumor del viento entre las ramas, los pájaros volando, correteando.

De las caravanas salieron mujeres más jóvenes –debían de haber estado allí escondidas todo el tiempo– y John se dio a conocer ante ellas. Parecían menos seguras de su presencia que Judith Smith, y le dedicaron el saludo estrictamente necesario mientras seguían a lo suyo, enjuagando ollas, recogiendo más leña para el fuego, dando manotazos a la mugre de la ropa de los chaveas. A John le gustaba la vida dinámica, libre y alborotada que lo rodeaba, y la observó con afecto mientras el fuego se hacía cada vez más rojizo frente a la luz cada vez más débil.

Las voces de los hombres regresaron unos minutos antes que ellos. Para entonces habían agrandado el fuego y colocado las ollas. A medida que las voces se acercaban, los niños dejaron de enterrarse unos a otros bajo las hojas e incluso se apartaron el pelo de la cara. El perro, frenético, ladraba y corría en círculos cerrados y ladraba de nuevo. Salió disparado al encuentro de los hombres y volvió encabezando el grupo junto a unos cuantos perros de caza larguiruchos y una cantidad indistinguible de otros terriers.

Cuando John vio a los hombres y al ciervo que colgaba entre dos de ellos,

tapado con una manta pero aun así inconfundible, comprendió el motivo de toda aquella cautela. Enseguida se puso de pie, para presentarse.

–Soy John Clare, viajero, y siempre amigo de los gitanos. Traigo saludos cordiales de Abraham y Phoebe Smith, de Northamptonshire.

–Es un buen hombre –atestiguó Judith–. Sabe de plantas y remedios tanto como nosotros. Debe de haber pasado mucho tiempo con esos Smith porque conoce todos los nombres que nosotros usamos.

El líder tomó una decisión tan rápida como la que había tomado Judith. Respondió con la formalidad de un hombre que habla en nombre de su tribu.

–Mientras que no sea amigo de los guardabosques y no les vaya con el cuento, es usted bienvenido entre nosotros, John Clare. Me llamo Ezekiel.

Así pues, le permitieron a John quedarse observando a los hombres, quienes, mientras despiezaban el ciervo, no parecían en absoluto angustiados por la posibilidad de ser deportados o acabar sus vidas a latigazos en Botany Bay.

Observó con un placer enorme la habilidad de los hombres, sus cuchillos rápidos como el rayo. No decían nada, sólo se oía el ruido de su trabajo, los golpes en las articulaciones, las pieles húmedas al despellejarlas, el crujido retorcido de una pieza al descoyuntarse.

Primero cavaron una zanja para recoger y ocultar la sangre, y encima de ella colgaron al ciervo boca abajo, de una rama. Con cuchillos afilados lo rajaron velozmente por el centro, de arriba abajo, y encontraron el primer estómago. Con mucho cuidado, un hombre hizo un corte a cada lado y un nudo con los escurridizos conductos para que el ácido de las vísceras no llegara a la carne. El resultado fue algo parecido a un cojín de paja, lleno de herbaje sin digerir.

Luego cortaron con precisión las extremidades anteriores, justo por las blancas articulaciones, y las apartaron. Después de trabajar la piel del ciervo con un cuchillo para aflojarla, se la arrancaron. Se despellejaba limpiamente, emitiendo un ruido húmedo y succionador, dejando al descubierto la carne oscura y los huesos bajo una capa subcutánea azul y brillante. Mientras hacían todo esto, los hombres tenían que alejar a patadas a los perros, que se aglomeraban en torno a la zanja para beberse la sangre a lengüetazos.

Separaron el gáznate y extrajeron el gañote de la tráquea. Vaciaron el pecho de sus asaduras. Con un ligero corte sacaron el corazón y los pulmones y los pusieron en un cuenco, después recogieron las largas sogas rizadas de los intestinos y las tiraron a la zanja. Trabajando desde el lomo, sacaron de una pieza las secciones de la paleta, la silla y las entrañas de la caja torácica y la columna, ambos lados unidos como un libro ensangrentado del tamaño de una Biblia de altar. Después los cortaron en trozos, y algunos de ellos en tajadas que ensartaron y colocaron inmediatamente encima del fuego. Otras partes se las llevaron las mujeres. Después arrancaron la carne del cuello. El ciervo tenía ahora un aspecto extraño, con la cabeza colgando pero aún cubierta por el pelaje y la cornamenta, el esqueleto del cuello y el cuerpo, y los perniles de carne todavía puestos. También se los acabaron quitando, los dividieron y los guardaron. Serraron las costillas y luego las colocaron abiertas sobre el fuego. El ciervo ya estaba limpio. Su esqueleto brillaba débilmente en la penumbra, su cabeza apesadumbrada se confundía con las sombras. Cavaron otra zanja y colocaron el esqueleto en su interior, acurrucado como un feto. Volvieron a echar la tierra encima y arrastraron hojas y ramitas sobre ella para ocultar el lugar.

Los perros se daban empujones en torno a la otra zanja en una nube de moscas. John podía oír el golpeteo de sus mandíbulas vacías y sus breves resoplidos. Con el olor del venado elevándose con el humo, el hambre de John también se agudizó y sus tripas entonaron un largo lamento, parecido al arrullo de una paloma. Sirvieron y bebieron cerveza y pronto el aire se transformó en un escándalo de conversaciones y voces. John no participó demasiado, pero escuchó su fluir y su ir y venir, y oyó palabras en romaní que casi había olvidado que conocía.

–Manos manchadas de sangre, amigo. Ahora es cómplice –le dijeron a John al entregarle la primera costilla.

La carne era deliciosa, con músculos quemados que desgarrar y grasa tierna y suave. En opinión de John, no hacían daño a nadie por comerse el ciervo: cuidaban de sí mismos, había muchos en el bosque. Corrían en cantidades ingentes entre las sombras.

Después hubo más bebida y más música, mientras los murciélagos, en los

últimos vuelos del año, aleteaban en lo alto. Al aceptar el violín que le ofrecieron John demostró que, tal como había afirmado, conocía su música. Tocó canciones gitanas y de Northamptonshire. Tocó una que hacía círculos como un tiovivo y los animó a todos, sonrientes, con su estribillo. Tocó una canción que se extendía y se alzaba, ramificándose por los árboles. Tocó otra que era plana y solitaria como los pantanos, fría como la neblina invernal. Tocó una para Mary. Después de que tocase, cantaron: John escuchó las fuertes voces al unísono, aportando sus propias notas de armonía, y con los ojos de la imaginación retrocedió para abarcarlos a todos con la vista en medio del bosque oscurecido, en el círculo de luz de la hoguera, los perros con los hocicos sangrientos tumbados y estirados junto a sus panzas apretadas. Las personas crearon un pozo de cantos, que afloraban desde la eternidad hacia ese momento, un manantial. Se recostó, realmente abrumado, y vio las estrellas a través de las ramas casi desnudas. Cerró los ojos y se quedó allí tumbado en medio del mundo, renegando de sus esposas, de su hogar, pero en compañía y en paz.

Finalmente el canto cesó y al cabo de poco sintió que alguien lo tapaba con una manta. Abrió los ojos y vio el fuego sonrosado que aún respiraba desde el centro de los maderos blancos. Un búho emitió su grito seco y ronco y los murciélagos siguieron desperdigando sus diminutas cuentas de sonido en torno a él. Le encantaba tenderse en el regazo del bosque constante, la manera en que las raíces se comían lo podrido de las hojas, y el círculo seguía su ciclo. Para darse el gusto, para decorar su camino hacia el sueño, paseó por su mente un inventario de sus criaturas. Vio los árboles, el haya, el roble, el carpe, el tilo, el acebo, el avellano, y las bayas, las distintas setas, el helecho, el musgo, el liquen. Vio los veloces zorros agazapados, los temblorosos ciervos, los linceos solitarios, los duros tejones a rastras, los distintos ratones, los murciélagos, los animales diurnos y los nocturnos. Vio los caracoles, las ranas, las palomillas camufladas en la corteza y las grandes con alas fantasmales, las mariposas: las tornasoladas, las isabelinas, las blanquitas de la col, las agraulis. Recontó las abejas, las avispas. Pensó en todos los pájaros, el repiqueteo de los carpinteros, la risa del pito real, la raya de los sitas, la cara ganchuda del gavián, los mirlos y los agateadores trepando

tronco arriba por los árboles. Vio los herrerillos azules jugueteando entre las ramas, el reflejo blanco de la rabadilla del arrendajo mientras huía volando, las palomas sentadas tranquilamente por su cuenta, todos juntos en un árbol. Vio el feroz petirrojo de voz dulce. Vio los gorriones.

Y justo antes de quedarse dormido, se vio a sí mismo, con la cabeza entera y el cuerpo reducido a un esqueleto húmedo depositado con delicadeza, acurrucado, en un agujero en la tierra.

John se despertó con un hormigueo en un lado del rostro. Abrió los ojos y descubrió que no se trataba del entumecimiento, sino de una llovizna que repiqueteaba sobre él; con un ruido seco casi inaudible también caía sobre las suaves cenizas del fuego apagado. Más allá, los árboles mojados relucían.

Tiró de la manta para cubrirse la cara y en segundos su aliento creó una bolsa cálida y somnolienta bajo la recia lana.

John se despertó de nuevo al oír gente moviéndose y perros estirándose. Judith, que avivaba con un fuelle una nueva hoguera, sonrió.

–Tengo que irme –dijo él.

–¿A ese lugar lejano al final del camino? –preguntó ella.

Él asintió. Había sospechado que ella lo adivinaría.

–La verdad es que no me entra en la cabeza por qué tiene usted que estar allí –añadió ella–. Alguien que toca el violín así.

–Gracias. –Él se levantó, sacudió la manta, la dobló y, para no darle trabajo a ella, la volvió a dejar sobre el suelo, donde había dormido.

–Lo más probable es que pasemos aquí el invierno, así que si quiere volver...

–Gracias –repitió él–. Si puedo lo haré. –Después levantó la voz para dirigirse a quienes estuviesen cerca–: Gracias. Ahora tengo que irme.

–Después de comer algo –sugirió Judith.

–Gracias, aún estoy lleno para rato.

John se apresuró a marcharse, o lo intentó. Primero tuvo que estrechar la mano de todos los niños, que habían acudido corriendo para formar un corro a su alrededor.

El sol aún estaba bajo y calculó que sería temprano, tal vez lo suficiente para regresar sigilosamente sin que nadie se diese cuenta. Los carboneros no estaban en su cabaña. Se cruzó con un pajarero cargado con un palo en el que se mecían dos jaulas; iba de camino a Londres, donde estaban necesitados de canto. Los pinzones que había cazado aquella mañana volaban contra los estrechos barrotes. El pajarero se ladeó el sombrero. John hizo lo propio y, una vez lo hubo superado, negó con la cabeza ante el burdo símbolo, rechazando el poema fácil que se le había presentado.

Llegó a la verja antes que Peter Wilkins. Abrió y entró con su propia llave. Recorrió fatigosamente el sendero hasta Fairmead House y a punto estaba de entrar cuando salió Matthew Allen.

Vio a John –era imposible que no lo viera, apenas los separaba un metro– y se mostró decepcionado.

–John, esto es muy grave –comenzó a decir, y John sintió la rabia retorcerse de repente en su interior, sin ninguna vía de escape posible. Se había equivocado y lo sabía, y ahora tenía que someterse a que lo reprendieran como a un niño. Intentó responder como un niño.

–Me perdí.

–¿Ah, sí?

–Estaba oscuro. Me alejé demasiado.

Matthew Allen lo miró y se chupó el bigote. John le devolvió la mirada, después la bajó. Se produjo un breve punto muerto antes de que Allen dijese:

–No debe volver a ocurrir bajo ningún concepto. ¿Me lo puede asegurar?

–No volveré a ir tan lejos, doctor. Y prestaré más atención a donde estoy. Iba componiendo poemas, tal vez fuera por eso.

–Ah, por cierto, John. Después de nuestra conversación, cogí algunos poemas de su habitación. Para enviárselos a algunos editores. –Matthew Allen pestañeó varias veces, quizá dudando del decoro de aquella invasión.

John se dio cuenta, pero no le importó; esperaba sacarle provecho aunque fuese a aquel precio.

–¿Ah, sí? –dijo como si nada, para aumentar el posible bochorno del doctor–. Como le decía –prosiguió John–, ayer iba componiendo. Un poema a mi esposa, Mary. Creo que es bueno. Se lo puedo pasar a limpio para que se

lo lleve con los otros que cogió.

Matthew Allen negó con la cabeza.

–John, ya hemos hablado de esto. Ya sabe que Mary no es su esposa. Fue el amor de su niñez. Una niña, John, una cría de ¿cuántos, nueve o diez años? Su esposa es Patty, y sé que la apena muchísimo esta idea que se le ha metido en la cabeza.

–No –respondió John–. No, conozco muy bien la verdad. –También sabía que la ley y la naturaleza no eran lo mismo–. Mary es mi esposa. Y Patty también. Porque algo no haya ocurrido ya antes no significa que no pueda ocurrir nunca. Y de todas formas sí que ha sucedido, en la Biblia.

Hannah se había ofrecido a acompañar a Abigail a dar un paseo. Al emprender el camino, había confundido a la niña al desviarla de la ruta habitual, en esta ocasión, hacia Beech Hill House.

Abigail prefería pasear con su madre, que mostraba más interés por lo que recogía, plumas o piedras bonitas. Hannah tenía la cabeza en otra parte, en algún lugar lejos de allí, no en su hermana, y caminaba demasiado rápido. Abigail la agarró de la manga y apoyó todo su peso sobre los talones para que su hermana aflojara el paso, pero Hannah tiró de ella para que avanzase a paso más rápido.

–Espero que pienses portarte bien –la amenazó Hannah–, de lo contrario te llevaré derechita a casa.

Hannah desfilaba en cabeza cortando el aire con sus furiosas zancadas. Abigail le iba a la zaga cuando su hermana se detuvo bruscamente.

–¿Por qué te has parado? –preguntó Abigail–. ¿Te has equivocado de camino?

–Chist, Abi. Estoy pensando.

–Pero ¿en qué estás pensando?

–Chist.

Hannah se quedó mirando la casa donde él vivía, ubicada detrás de su propio estanque y su jardín, ambos de gran tamaño. Este lugar, que antes carecía de importancia, estaba ahora cargado de energía y era apasionante

como una colmena. Se puso de puntillas para ver más. Levantando varias veces las puntas como una bailarina de ballet para lograr otear un rincón oculto del jardín, lo vio. Debía de ser él. Un hombre muy alto, de espaldas a ella, de pie e inmóvil, dentro de una densa nube fabricada por él mismo, con aquella capa. Se quedó todo lo quieta que pudo, sus latidos eran lo bastante fuertes para desestabilizarla, su vida pendía de un hilo. Algo tenía que ocurrir pronto. Sí o sí.

Abigail, aburrida y frustrada, se chocó contra ella con los brazos extendidos y le empujó el trasero.

—No —le dijo Hannah entre dientes, dándose la vuelta.

Agarró la mano de Abigail y tiró con fuerza de la niña hacia ella. Abigail vio la cara de su hermana, encendida por una ráfaga de ira, descender en picado hacia ella. Le temblaban los labios. Tan de cerca parecía muy fea. Abigail intentó zafarse de las garras de Hannah, pero esta la zarandeó fuerte por el brazo, se puso de pie y apartó la vista de nuevo.

Sin saber qué pose adoptar, si encogerse y largarse de allí o estirarse todo lo que pudiera para ver, Hannah trató de deducir si Alfred Tennyson habría oído el alboroto. Mientras tanto notó cómo la cálida humedad de la boquita de Abigail se cerraba en torno a su muñeca y sus colmillos de gatito la mordían. No pudo evitarlo, gritó fuerte y sin duda alguna Tennyson ahora lo oyó. Asomó la cabeza y vio cómo su gran figura se daba la vuelta. Se agazapó y corrió, arrastrando detrás de ella a Abigail, que iba gimoteando. En cuanto regresaran y se tranquilizaran, podría sobornar a la niña con un terrón de azúcar para que no lo contara.

Alfred Tennyson no intentó consolarlo ni tan siquiera establecer un contacto con su hermano Septimus, que estaba sentado a su lado. Las veces que lo había intentado, las pequeñas pullas de índole familiar parecían herirlo, y se retraía, levantaba una mano e intentaba, de una forma horrible, sonreír. En vez de eso, Tennyson estiró sus largas piernas ante él, de aquella forma despreocupada que se permitía emplear mientras que los pacientes aún siguiesen llegando pero que corregiría cuando diese inicio la oración

vespertina.

Miró distraídamente hacia la señora Allen, que tocaba el órgano, de hecho bastante bien. Su pálida hija, tan delgada e inquieta que titilaba en su campo de visión borrosa, pasaba las páginas. Cerró los ojos y se concentró en el sonido. Ascendía en crestas de fuerza regulares a la vez que la bomba del pedal hacía circular el aire por el interior de los tubos: Tennyson vio el sonido escarpado de forma abstracta, pensó en el mar, en Mablethorpe, en las olas pesadas y bajas, en las ondulaciones endurecidas de la arena cuando se retiraba la marea. Comenzaron las palabras. *Olas. Rocas. Azotadas. O sentidas. Aguas que sienten las rocas que raspan, las rocas que azotan. Aguas que sienten las rocas que azotan al romper. Que sienten las rocas afiladas al romper.*

Margaret observó al resto de pobres almas tomar su asiento y rezar, y de nuevo no supo qué pensar. Sospechaba que nada de aquello podía ser real, que cuando el doctor predicase sus aguados sermones, la Presencia se apartaría bruscamente, ofendida. Ella lo haría. Pero es que ella carecía de compasión, detestaba la debilidad humana, así que cuando oraban, ¿era ella la única que se sentía aislada, inundada de pecado, mientras que los demás rezaban con pureza y sus plegarias eran oídas? Dios se apiadaba de ellos. Y ¿por qué se iba a apiadar de ella que no tenía piedad? Nunca le habían gustado las complicaciones de la oración colectiva, toda la interferencia y la distracción humanas. Sólo podría encontrar el camino a solas. Y en esa soledad, una parte de ella sospechaba que estaba perdida, aislada, a la deriva.

En ese momento todos empezaron a cantar, todos erguidos. John Clare se puso de pie y sumó su voz a la amalgama de voces dementes sin demasiado fervor. Sentado junto al fuego, lo distraía su calor bravío. Los vigilantes cantaban al compás, atentos. Uno de los idiotas cantaba muy alto, pero Simon, a su lado, cantaba sin hacer ruido, tan sólo abriendo y cerrando la boca mientras se frotaba el ojo izquierdo. Clara, la bruja, nunca cantaba. Miraba fijamente a su alrededor e intentaba, cuando alguien le devolvía la mirada, reírse entre dientes.

Después de que todos descendieran a trompicones el breve escalón de las dos notas del «Amén», el doctor Allen repartió palmaditas para que

regresaran a sus asientos con unas manos que se agitaban con delicadeza e inició el sermón vespertino.

Era el séptimo de sus discursos sobre las bienaventuranzas, y se aclaró la garganta antes de proclamar: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios». Se sentía maravillosamente paternal y sincero cuando daba sus sermones, repasando con la mirada a su grey de pacientes, que engarzaban sus ojos afligidos con los de él. Intuía la presencia de su mujer detrás de él, sentada ante el órgano, veía a tres de sus hijos sentados frente a él. Fulton se había peinado de otra manera, por algún motivo, tal vez en la dirección contraria a la habitual, y esto le hacía parecer atento por sí mismo, dueño de sí mismo, tomando sus decisiones, allí por voluntad propia, siguiendo de forma libre y voluntaria los pasos de su padre en la medicina. Dora, la más callada de sus hijos, bien emparejada con su prometido, parecía intentar evitar que Abigail le diese patadas en la espinilla por debajo del asiento. Entre el resto, la mirada de George Laidlaw era particularmente directa. Aguardaba cada día la oración vespertina; le proporcionaba sus únicos instantes fugaces de alivio frente a los terrores de la deuda pública, de la que su mente lo consideraba único responsable.

El doctor Allen enumeró varias categorías de pacificadores, entre ellos aquellos que ponían fin a las guerras y a la discordia. Pero había otros tipos de pacificadores, aquellos que ponían fin al amargo conflicto de la discordia interior. Margaret sabía que se refería a sí mismo y despreció su debilidad por decirlo. Casi sentía lástima de él por la aflicción de su vanidad. Los amigos son aquellos pacificadores, prosiguió él, que proporcionan paz mediante la serenidad y la atmósfera alentadora del afecto. No son sólo aquellos que conocemos como pacificadores –coadjutores, embajadores, doctores– quienes proporcionan estas buenas intenciones, por tanto, sino todos nosotros, en nuestra comunión.

John sabía qué le proporcionaría paz: sus esposas, Mary y Patty. Paz sería yacer bajo un roble con una a cada lado y un intenso olor dulce a hierba, el sol caliente sobre ellos, y la espesa crema de las nubes estivales desplazándose despacio en lo alto. Apartó la vista de Matthew Allen, que se balanceaba de puntillas con cada una de sus frases manidas de predicador que

tanto le complacían, y fijó la mirada en el fuego. Su pensamiento comenzó a cobrar una velocidad incómoda al reparar en que eran unos troncos concretos los que se consumían, troncos de unos árboles concretos que ardían en llamas concretas en aquel preciso lugar a aquella hora exacta, y en que aquello únicamente ocurriría una vez en la historia del mundo y ese momento era ahora. Sobre esos troncos se habían posado unos pájaros, unos pájaros concretos, y se habían arrastrado unas criaturas, la luz había girado a su alrededor, los vientos los habían mecido, unas nubes irrepetibles les habían pasado por encima, y por la mañana serían cenizas. Qué poco tiempo había. Necesitaba ser libre junto a sus esposas cada día que viviese, y no consumirlos allí. Bifurcadas o foliares, las propias llamas eran igual de únicas que los árboles, eternas y desvaneciéndose en rápidos chasquidos.

Hannah hacía caso omiso de las palabras de su padre, miraba más allá de los faldones de su abrigo, sus manos flotaban desde los lados del atril para cuadrar sus páginas con golpecitos, hacia donde estaban sentados los Tennyson. El rostro de Alfred Tennyson era pensativo, meditabundo —¿de qué otra forma podía ser?— pero ella no era capaz de fijar la vista en él. A su derecha, el rostro de su hermano parecía igual de inerte que una máscara mortuoria, con los ojos ligeramente cerrados, pero le rodaban lágrimas por las mejillas. Finalmente lo vio separar los labios reseco para inspirar. Sin abrir los ojos se secó las mejillas con un pañuelo. Cuando se levantó titubeando junto al resto, Hannah se percató de que era el momento de cantar de nuevo.

Tennyson se puso de pie y cantó mientras todos los afligidos abrían su corazón a Dios. El sermón había sido aceptable, en su opinión, más claro y dictado con más claridad que los de su difunto padre, dirigido a sus fieles con más generosidad y compasión. Después, mientras los pacientes devolvían los cantorales a los vigilantes y comenzaban a marcharse, y Septimus se alejaba cojeando, Tennyson se acercó al doctor para felicitarlo. Hannah lo vio y acudió corriendo al lado de su padre.

Tennyson le cogió la mano a Allen y se la estrechó.

—Me ha parecido un sermón magnífico —dijo Tennyson.

—Me alegra oírlo —respondió Allen.

—Ha sido excelente —se inmiscuyó Hannah.

Allen se giró con cierta sorpresa ante esta exclamación de su hija, inusitadamente interesada, sonrió con indulgencia y la agarró por el hombro. Hannah se agarrotó ante este contacto y bajó la mirada, sintiéndose dolorosamente frustrada por no poder aparecer ante sus ojos más que como una cría. Sin embargo, decidió al instante que representar el papel de hija bonita y abnegada era la opción con mejores posibilidades, así que sorprendió de nuevo a Allen con una palmadita en el dorso de la mano como respuesta.

Mientras se producía este intercambio familiar, a Tennyson lo distrajo la llegada de otro hombre. Sonreía, constató Tennyson mientras se acercaba, y la cabeza le temblaba ligeramente. Cogió la mano del doctor entre las suyas y se la estrechó.

—Gracias —dijo—, gracias otra vez.

En cuanto se dio la vuelta y se alejó, Allen le explicó a Tennyson quién era, cómo sufría por la deuda pública, y cómo estas oraciones eran su único bálsamo. Tennyson observó cómo el hombre se retiraba, tensado el paso cada vez más cuanto más se alejaba de aquel doctor extraordinariamente eficaz.

INVERNO

De pie en lo más crudo del mundo, Margaret posó la vista en los peces atrapados bajo su sucia ventana de hielo. En las horquetas negras de los árboles la nieve dura aparecía picoteada por la lluvia posterior. Los cuervos, plegados con fuerza sobre sí mismos, se aferraban a las ramas que cabeceaban al viento. Le llegaban las voces de otros pacientes, el sonido ahogado por las superficies cubiertas invernales, como el aplauso de unas manos enguantadas.

Le gustaban el pellizco de la ausencia, el aire vacío, las reminiscencias de la ausencia real. Quería quedarse allí afuera, aferrarse a su rama del mundo hasta que el frío la hubiese quemado hasta los huesos. Podía abandonar sus huesos blanqueados esparcidos sobre la nieve y partir en forma de luz. Huesos blanqueados. «Un sepulcro blanqueado.» La frase se le vino a la mente. ¿Iba dirigida a ella? ¿Era esa la razón por la que se le había ocurrido? Normalmente, analizaba todos los fragmentos de las escrituras que se le venían a la mente para buscar su significado inmediato. El sepulcro blanqueado era el fariseo, según Él, que por fuera es hermoso pero por dentro está lleno de «huesos de muertos y de toda inmundicia». Pero ¿no era así en toda criatura humana? ¿Y si la inmundicia hubiese sido la de su marido, y la hubiesen embadurnado con ella, se la hubiesen echado por encima, se la hubiesen restregado por el rostro? ¿De qué servía hacerse siempre preguntas? Como si pensar tuviese alguna utilidad. Nada podía existir a la fuerza. Lo que fuese, sería. Lo único que servía de algo era mantener la mente despejada, no estar en nada. No ser nada. Estar tan vacía como el frío. Y esperar.

Una vez más le negaban aquello. Oyó el crujir de unos pasos detrás de

ella y esperó a que se silenciaron al alejarse, pero se hicieron cada vez más fuertes. Se dio la vuelta. Las huellas se esparcían por todas partes sobre la hierba enterrada, como puntadas azules. El cielo era gris, más oscuro que el suelo: luz de sueños: una luz de tormenta constante. Encabezaban las nuevas filas de pisadas Clara la bruja y Simon el idiota, que caminaban con parsimonia tras ella, propinando patadas a las efusiones de hielo.

Margaret miró fijamente a Clara, a los grandes labios que no acababan de encajar, al pelo sin recoger que le colgaba despeinado sobre los hombros. Era evidente que Clara se creía sensual, con su paso bamboleante, ostentoso, pero no lo era. Su figura era vulgar; su cara, corriente, más simple y más sana que su mente.

–Buenos días, Mary –dijo Clara sonriendo. Llamarla Mary en lugar de Margaret era una de sus burlas maliciosas. Margaret no dijo nada–. No vas a decir nada, ¿verdad? –Margaret se quedó mirándola–. ¿Te han comido la lengua los demonios?

–¿Qué demonios? –preguntó el idiota mientras se rascaba los muslos a través de los bolsillos.

–Ya te lo dije antes.

Margaret los miró un instante más y luego se giró hacia el estanque.

Sus voces pronunciaron más palabras, finalmente una serie de duros insultos. Pero se equivocaban si creían que podían alterar la concentración de Margaret.

Alrededor de una hora después oyó más pasos que se acercaban hacia ella. Esta vez unas manos se posaron sobre sus hombros. La hicieron darse la vuelta para que sus ojos se topasen con la cara del doctor.

–Margaret, está helada. ¿Cuánto tiempo lleva aquí fuera? –dijo el doctor. Le frotó las manos entre las suyas–. Está tiritando. –Lo estaba, aquellos temblores y estremecimientos eran escalofríos–. Entre dentro.

Con un brazo sobre los huesos de sus hombros, la condujo hacia Fairmead House y hacia un fuego.

Al calor denso y decepcionante de aquel fuego, poco a poco dejó de temblar. La obligaron a tragar té caliente, y le dolieron las piedras heladas de sus dientes. El líquido se infló dentro de ella, la hinchó. Cerró los ojos, dejó

que las palabras del doctor chocasen como polillas contra ella, y se quedó dormida.

Eliza Allen le abrió la puerta a alguien cuyo rostro le resultaba familiar pero imposible de ubicar. Era evidente que aquel rostro había pasado un buen rato fuera, al frío: la piel gris y granular. El hombre exhaló una niebla de aliento cálido en torno a sus manos. Sonrió.

–¿No me reconoces, Eliza?

Por la voz, el acento, lo reconoció.

–Claro que sí. Oswald. Entra, entra. No tenía ni idea de que estuvieses por aquí. Matthew no me mencionó nada...

–Porque no lo sabe. Se me ocurrió daros una sorpresa.

–Y lo has conseguido. Entra. Por favor.

Oswald se agachó para recoger un bolso. Cabía suponer que planeaba quedarse. Cuando se irguió de nuevo, un ruido lo sobresaltó. Eliza vio cómo su cuerpo perdía la compostura por un instante. Medio se agazapó, doblando las rodillas, y levantó una mano. Le clavó la mirada a Eliza.

–¿Uno de los pacientes? –susurró él.

–No, no –lo tranquilizó ella–. Eso era un perro ladrando, desde luego.

–Claro.

Una vez dentro, ella se ocupó del abrigo y el sombrero. Junto a la chimenea el rostro de Oswald se encendió, los ojos se le enrojecieron y se le empañaron. Parecía cansado.

–Siéntate, por favor. –Eliza le indicó una silla.

Él obedeció, cruzó las piernas y remitió las manos unidas bajo el lateral de un muslo, de aquel modo suyo tan peculiar, luciendo los brazos como una banda. A estas alturas ya era fácilmente reconocible.

–Iré a por el té. Te hará falta después del viaje.

–Muy amable.

Eliza salió a toda prisa. Al encontrar a Dora en el segundo salón, le ordenó que dejase lo que estuviera haciendo y fuese a avisar a su padre de que su hermano se había materializado de repente.

–Padre está en su estudio –contestó Dora.

–Entonces no tardarás nada.

Eliza regresó con una bandeja con las cosas del té en el momento en que su marido hizo acto de aparición en la sala.

–Oswald, no tenía ni idea.

–No te di ninguna idea. –Su hermano sonrió–. Y también me alegro muchísimo de verte.

Matthew fusionó una sonrisa y un ceño fruncido para indicar afectuosamente que la implicación era estúpida.

–Yo también me alegro de verte, por supuesto. ¿Ha sido cómodo el viaje?

–De lo más agradable, al menos todo lo que estas cosas pueden serlo. Y lo rematé con un estupendo paseo desde Woodford.

–¿Has subido a pie? ¿Cargado con el bolso? Podrías haber pedido un taxi, ya lo sabes. En la estación todo el mundo conoce al señor Mason, que lleva gente.

–Ah, no. Economía, Horacio, economía.

¿Horacio? Estaba citando *Hamlet*. Oswald le estaba recordando a Matthew la cultivada compañía con la que se codeaba en York, que no era sólo en Londres donde se podía mantener una conversación literaria. Típico de él llegar furtivamente como hoy, de improviso, y cargado de mensajes sobre sí mismo, enarbolando todas sus pequeñas banderas.

Matthew Allen, aturullado, olvidó las pinzas y cogió con los dedos un terrón de azúcar, que salpicó levemente al dejarlo caer en el té.

–Me sorprende que nos visites en esta época –dijo–, temporada alta para un boticario. ¿No te asedian las dolencias invernales?

–Afortunadamente, sí. –Oswald se echó a reír–. Pero he dejado la tienda en buenas manos. Ahora mismo cuento con un aprendiz y dos boticarios más. –Más noticias impresionantes sobre sí mismo–. Ahora que puedo he reducido al mínimo mis horas en la tienda, y de esta forma tengo más tiempo para mis actividades benéficas y tal.

–Ah, muy bien. –Matthew se bebió el té de un trago.

–Algo de lo que tú podrías haber participado, de no ser porque elegiste otro rumbo. –Oswald sonrió–. Pero no tenemos por qué entrar en eso.

Matthew sonrió.

–Ah, la cuestión es que efectivamente elegí otro rumbo. –No se dejaría llevar de nuevo hasta aquella conversación. De hecho vio la oportunidad de lograr una victoria momentánea y no pudo resistirse, deleitándose en el plural que él tenía la capacidad de desplegar–. Te haré una visita guiada de las instalaciones, mi rumbo alternativo, más tarde, antes de que te acomodemos en una habitación.

El doctor Allen saboreaba el tiempo que pasaba ante el atril durante las oraciones vespertinas como un periodo en el que no tenía rival y se sentía fundamental y seguro. Optó por interpretar la expresión de su hermano –la mirada baja, los labios estirados y meditabundos– como simple ensimismamiento, pese a saber que no aprobaría su discurso. El rostro de Oswald, por el contrario, insistía en su propia devoción particular. No dudó en iniciar su crítica en cuanto finalizó el servicio. Con algunos pacientes todavía merodeando por allí y justo después de que George Laidlaw le hubiese expresado de nuevo su más sincero agradecimiento, ante el que Oswald sonrió, evidentemente desconcertado, comenzó a decirle:

–Dista mucho de cualquier cosa que nuestro padre hubiese aceptado, Mathew.

–En efecto. Como supongo que es nuestro caso, o el mío.

–Hmm. –Oswald asintió–. Padre no habría aprobado semejante latitudinarismo.

–Por supuesto. Pero ya ves, la necesidad obliga. Predico para una grey muy variada, y no sólo en cuanto a confesiones, si vamos a eso.

–Él sostendría que existen diferencias entre sectas y que él nos crio en el dogma verdadero. Me refiero a que la cuestión es bien sencilla. ¿Cómo puede la verdad estar al alcance de iglesias que sabemos que están equivocadas?

–Oswald, aunque quisiera, no podría hacer de esta una institución sandemaniana. Por una razón, nuestra pequeña iglesia tendría que dar numerosísimas explicaciones a personas cuyas facultades intelectuales ya

están de por sí forzadas hasta el límite. Y la necesidad de mantener un único espíritu entre los fieles... no es precisamente un objetivo factible en una grey de dementes e idiotas.

–Y en efecto hasta tú mismo rara vez lo alcanzaste.

–En efecto. –Matthew Allen bajó la mirada hacia su hermano, unos años mayor y unos centímetros menor en estatura, que seguía intentando ocupar el puesto de su padre–. Me vi excluido no pocas veces. Así que ahí tienes, ya ves. –Trató de reír–. No era un sandemaniano lo bastante bueno para ser digno de intentar crear una comunidad aquí.

Oswald no reía.

–Siempre fuiste demasiado débil de espíritu y el mundo te distraía demasiado. No te iba bien pertenecer a una iglesia aislada, desconocida para la sociedad y carente de todo ornamento. Nunca te gustaron la pobreza, las privaciones...

–De verdad, Oswald, ¿es necesario que discutamos esto? Creía que ya lo habíamos hecho de sobra tiempo ha. Y ya veo bastantes privaciones aquí entre mis pacientes, a menudo sin comprender cuál es su finalidad.

Oswald resopló.

–Un concepto distinto de privaciones, sin duda. Recuerdo tu indignación por la sencillez del funeral de nuestro padre. Sí, quizá sencillez se acerque más a mi concepto.

Estaba en lo cierto. Matthew Allen recordaba la escena con desasosiego: las colinas desnudas salpicadas por todos lados por las bolitas húmedas de los zurullos de oveja, los fuertes balidos de los animales que el viento oblicuo transportaba hasta los dolientes, la tierra abierta y amenazante, y casi ni una palabra, y ni siquiera una lápida.

–Es verdad, siempre me pareció... más severo de lo necesario. Yo habría pagado la lápida, para que al menos hubiese algo que marcara el lugar. Que yazca sin saber el lugar en el que...

–Dios conoce el lugar.

–Sé que él lo conoce. Pero los hombres viven entre hombres. Las virtudes sociales no dejan de ser virtudes.

–Preocupaciones mundanas.

–Sí, sé que es eso lo que piensas. Creo que nuestras posturas están bastante consolidadas.

–Consolidadas, en efecto. Sé cuánto ansías la respetabilidad. Es comprensible, dado lo que has sido, donde has estado.

–Lo que he sido no ha lugar aquí... –Matthew oyó cómo se alzaba su propia voz y se detuvo. Era agotador hablar con Oswald, que rastreaba las palabras de Matthew en busca de puntos flacos, de dobles significados que delatasen su pecado. Buscaba ahora, como siempre, algún tipo de victoria, pero Matthew había aprendido que podía negársela sencillamente manteniéndose jovial y alegre, en apariencia indiferente. Si daba la impresión de que no estaba en el campo de batalla, ¿cómo iba a perderla?–. Quizá sea mejor que cambiemos de tema durante la cena –concluyó, dándole una palmadita a su hermano en la espalda.

Cuán mundanos eran Matthew y su familia le quedó confirmado en detalle a Oswald cuando se reunieron para cenar en torno a la mesa. Las dos hijas mayores llevaban mantones y pañuelos de encaje y lucían broches. Incluso el hijo imperturbable y sensato (que Mathew había descrito como trabajador y responsable y que por lo tanto –y aquí se ungió con el cálido óleo de la adulación– se parecía a él, su tío Oswald) lucía botones de marfil adornándole el chaleco. Oswald no sabía por cuál de sus sospechas se inclinaba, o cuál era peor: que a su hermano le fuese lo bastante bien como para poder costearse una vida doméstica de lujo o que hubiese vuelto a acumular deudas. Quizá le pidiese dinero –Oswald más bien esperaba eso–, y ante tal petición sólo había una respuesta posible. Un hombre que había pasado por la cárcel para pagar sus deudas, por mucho tiempo que hubiese transcurrido, debería haber aprendido a vivir con más prudencia, dentro de sus limitaciones.

Oswald rechazó que le volviesen a llenar la copa de vino cubriéndola con una mano rauda. El movimiento fue brusco y no pasó desapercibido. Consideró que el gesto bastaba como explicación. Matthew sospechaba que bebía con más libertad en otras compañías y vio la retórica que se ocultaba

tras el comportamiento estirado de su hermano. James, el prometido de Dora, sí que bebía vino –Matthew Allen lo observaba mientras lo hacía– y lo bebía con la silenciosa dedicación de un hombre tímido y asustado, agarrando la botella en cuanto la tenía cerca. Su falta de espíritu resultaba sin duda decepcionante. Esperaba que Oswald no estuviese vigilando muy de cerca aquella nueva incorporación familiar. Decidió distraerlo obligándole a felicitar a su esposa.

–De lo más delicioso –dijo Matthew.

–Sí, en efecto –Oswald entró en la conversación acto seguido, pero adulterando su elogio–. ¿Qué es exactamente?

–Ave hervida –respondió ella alegremente–. Nada del otro mundo. Si hubiese sabido que venías, podríamos haber preparado un banquete más elaborado.

–Ah, no lo dudo, pero en realidad no es necesario hacer nada de eso por mí.

–Abigail, siéntate recta y mastica bien.

–Entonces, tío Oswald –empezó a decir Hannah, empujada por el aburrimiento a traspasar la frontera de la tediosa conversación de los adultos–, seguro que conoces muchas historias de cuando padre era joven.

–Ah, bueno –se dio unos toquecitos en los labios con la servilleta–, existe una cosa que se llama discreción y lealtad familiar.

–No me refería a nada vergonzoso.

Oswald apretó los labios al oír aquello, violento.

–No, no me refería...

–Aunque si lo es, seguro que sería aún más interesante.

–Bueno...

El corazón se aceleró en el pecho de Matthew: escondido y aterrorizado, las carreras, las reprimendas. ¿Qué parte de todo aquel caos se deleitaría Oswald en alargar innecesariamente con sus lentas palabras? Tal vez las expulsiones constantes. Los sandemanianos exigían que todos los fieles fuesen uno en espíritu, a aquellos que no lo eran se les exigía que se marcharan. Matthew recordaba el templo de madera en el borde del páramo, el fervor templado de sus voces en el interior mientras él deambulaba fuera,

exultante y avergonzado. Pero tal vez aquel fuese el caos de la vida de cualquier niño. Lo sabía por los desahogos de sus pacientes, y había oído cosas mucho peores. Oswald quería aparentar que jamás había sido niño.

–Hannah, por favor –la reprendió su madre.

–¿Es necesario? –preguntó Matthew, moviendo los ojos de un lado a otro de la mesa.

–No temas, hermano menor, no revelaré tus secretos más recónditos.

–Ay, sí, por favor. –Hannah batió las palmas de las manos.

–No, no. Aunque en una ocasión... Recuerdo que tu padre siempre era tozudo y no estaba, digamos, libre de pecados menores.

–¿Quién de nosotros podría afirmar estarlo? –preguntó sensatamente Matthew.

–Cuando era pequeño tenía un maestro... –empezó a contar Oswald.

–Ah, ya sé lo que vas a contar –terció Matthew–. Aquel hombre era un salvaje. Siempre salía de sus clases lleno de moretones.

–Y de ser ese el caso, es natural que, siendo vuestro padre como es, no dejase de expresar sus sentimientos. Le llegó la oportunidad con la redacción de modelos de cartas.

–¿Qué son los modelos de cartas? –preguntó Abigail, sujetando el tenedor junto a la cabeza, en vertical y sobre la mesa, como un alabardero en miniatura. Era evidente que escuchaba con un alto grado de interés.

Oswald bajó la vista hacia aquella niña pequeña allí sentada. Sentar junto a ellos a la mesa a una niña que debía estar en su habitación era un acto de rebeldía, díscolo y sin sentido, frente a las convenciones.

–Son distintos tipos de cartas que se practican para enviar a personas diferentes –explicó Hannah.

–Esta era una carta a un juez –prosiguió Oswald–, así que os podéis imaginar el resto. La carta suplicaba que todo el peso de la ley recayese sobre el señor Mathers por su conducta violenta e indisciplinada.

Eliza se echó a reír.

–Ya lo creo. Pegarle al pobre Matthew.

–Aunque no sirvió de nada. –Matthew presentó el epílogo–. Recuerdo que después, durante varias semanas, su conducta distó mucho de mejorar.

Rompió a reír junto a los demás, suspirando de alivio a la vez porque la anécdota no hubiese pasado a mayores. Se topó con la mirada de su hermano, que era cordial aunque misteriosamente elocuente con lo que había callado. Incluso en ese momento Matthew encontró una recompensa: señaló con el dedo una perla de grasa que le colgaba a su hermano del bigote.

La humedad había empapado la barba de Oswald; le colgaba poco poblada, cual plumaje enmarañado. Matthew se pasaba la mano por las frías hebras de la suya, dándose tirones a la altura de la barbilla.

–Y ¿qué son estos árboles de aquí? –preguntó Oswald con un gesto abarcador y vago de la mano.

–Pues ese de ahí –contestó Matthew, señalando con su bastón al cilindro grueso y oscuro de uno de ellos– es un carpe.

–Ah, sí.

–Madera muy dura. Ahora lo emplean para hacer piezas de maquinaria. Hay una manufactura no muy lejos de aquí.

–¿Ah, sí? Vaya, vaya.

Siguieron recorriendo el sendero mojado, pisando las hojas negras podridas, de vuelta a Fairmead House. Matthew Allen descubrió más adelante a dos pacientes con los que sería grato cruzarse: los hermanos Tennyson. Pero ¿qué estaban haciendo con sus caras? Avanzaban con pasos cortos y vacilantes como si estuviesen medio ciegos, a pesar de tener las manos apretadas contra las mejillas para abrirse los ojos de par en par entre los dedos separados.

–Buenos días –los saludó Allen.

Al principio lo miraron con aquellos enormes ojos que se retorcían como monstruos marinos, y luego bajaron las manos.

–¿Qué demonios...? –musitó Oswald para sí mismo.

Matthew avanzó a grandes zancadas a su encuentro.

–¿Les importa que les pregunte...? –comenzó a decir en tono jovial.

Alfred le explicó lo que hacían, sin ninguna vergüenza, mientras Septimus rondaba en silencio a su espalda.

–Es algo que solíamos hacer de muchachos. Se lo acababa de recordar a Sep.

–¿Para ayudarles a ver mejor?

–Exacto.

–¿Y funciona?

–Buenos días –Alfred saludó a Oswald, que los había alcanzado y se había quedado de pie con los brazos cruzados–. Lo que significa es que es imposible no ver. Dentro de lo que cada uno puede.

–Ya veo. A la caza del gran agente. –Allen sonrió, aunque Alfred inclinó la cabeza con cierta timidez ante aquel comentario–. Caballeros, permítanme que les presente a mi hermano, el señor Oswald Allen. Oswald, estos son Alfred y Septimus Tennyson.

–Encantado de conocerlos, por supuesto.

Alfred Tennyson levantó la mano, obligando a Oswald a descruzar los brazos y estrechar la mano de aquellos hermanos altos y peculiares. Después enlazó las manos detrás de la espalda y permaneció de pie con actitud examinadora, la de un dignatario de visita.

–Y ¿cómo se siente hoy, Septimus? Parece más animado.

Antes de que Septimus tuviese tiempo de responder, una paloma torcaz salió con gran estrépito del árbol que se alzaba por encima de sus cabezas. Septimus se encogió ante el ruido, y luego sonrió. Hizo un gesto, alzando con cuidado las manos y separándolas en el aire, mitad disculpa mitad explicación. Pero Matthew esperó a que prosiguiera, exigiéndole que hablase. Septimus volvió a mirar las hojas hechas trizas en torno a sus pies y dijo en un susurro, de forma tangencial aunque con decisión:

–Me gusta el invierno.

–Muy bien. Bueno, pues que tengan ustedes un buen día. Les dejo que continúen con su excursión.

Mientras seguían adentrándose en los terrenos del manicomio, Matthew le explicó a su hermano a quiénes acababan de encontrarse, pero no antes de que Oswald le preguntase:

–¿Qué demonios estaban haciendo con la cara?

–Lo han explicado, ¿no? ¿O tú aún no habías llegado? –Matthew echó

una ojeada al rostro preocupado de Oswald y sintió, extrañamente, un arranque de afecto por él. Oswald siempre era miedoso, temeroso y estricto. Incluso de niño era serio y ordenado; se alarmaba por la voz sonora y el fervor de su padre, llevaba una vida tranquila conforme a una serie de normas tranquilizadoras que él mismo había ideado. Matthew se lo imaginó de niño: el cabello repeinado, el traje de lana, la mirada oscura y nerviosa que pedía sin palabras paz, serenidad, las cosas bien hechas, y aquella imagen le pareció adorable—. Son los Tennyson —siguió diciendo—. Una familia de Lincolnshire. Y menuda familia. ¡Caramba! Las cosas que he oído por boca de Septimus. Opio. Alcohol. Una colección de animales salvajes. Un mono. Búhos. Perros y más perros. Tienen sangre noble en algún lugar de su linaje, en parte degenerado. Su hermano Alfred es poeta, empieza a abrirse paso en el mundo. Hay quienes le auguran grandes éxitos, sobre todo sus amigos de Cambridge. Es una lástima que no te quedes más tiempo. En Bedford Square organizan una velada literaria que suelo frecuentar.

Oswald no había escuchado con mucha atención, sólo había oído los pequeños misiles: «noble», «Cambridge», «Bedford Square».

—Sí, sí. Bueno, ya estamos.

—¿Disculpa?

—Me alegro mucho por ti de que te codees con la nobleza menor. Debes de estar muy orgulloso.

—Oswald, por favor. Septimus es un paciente.

—Claro. Claro. —Oswald se detuvo y miró a su hermano a los ojos—. Una nueva oportunidad para dar rienda suelta a tu espantoso orgullo. Una nueva ocasión para humillarme.

—Oswald, ¿de qué demonios estás hablando?

—Conmigo no tienes que actuar, Matthew. —Ahora Oswald gritaba, con la cara blanca y llena de rencor—. Puede que te hayas labrado un nombre en esta situación respetable, el buen doctor, pero no olvides que yo sé quién eres. Sin duda habrás contraído deudas considerables para poner en pie todo esto. Que te quede claro que no me vas a sacar ni un penique.

Oswald era igual de aburrido que los locos, con una única idea que lo asfixiaba, lo controlaba y bramaba desde su interior. Matthew intentó no

alterarse, trató incluso de reírse, pero era difícil. El rostro de su hermano era tan familiar, tan potente, y sus palabras removieron su pasado una vez más hasta llevarlo a aquel lugar, y Matthew estaba muy harto de los locos.

–Sí. No olvides que yo sé quién eres. ¡Veladas literarias en Bedford Square! Matthew Allen. Estoy seguro de que tus nuevos amigos se morirían de curiosidad por conocer el historial de tus deudas, de tus encarcelamientos.

Aquello era demasiado. Matthew agarró a su hermano por las solapas. Oswald patinó hacia atrás sobre el sendero mojado, pero Matthew lo sostuvo de pie, con las yemas de los dedos dolorosamente dobladas bajo la tela gruesa.

–Si te atreves... Si te atreves...

La visión de Matthew de aquel momento se volvió extrañamente vidriosa. Allí, al final de sus brazos, estaba la cara de su hermano, tan familiar pese a la hinchazón causada por la edad, veía. Oyó su propia respiración, el leve crujido de las ramitas bajo sus pies. Oyó a su hijo Fulton llamándolo:

–Padre.

Matthew soltó rápidamente a Oswald sobre las plantas de sus pies. Fulton se acercó. Mientras tanto, Oswald, en señal de victoria, sonrió.

–Padre, te necesitan en la casa.

Matthew Allen se tumbó y sintió su peso totalmente sostenido, la cabeza hundida en la almohada, las cuatro extremidades inertes, arrastrado hasta allí como madera a la deriva. La cama era siempre un placer, una isla a la que arribaba después de las indefectibles tormentas variables de un día en compañía de los locos, de su lógica desesperada y rebuscada, de sus penas, su desesperación, su agresividad y sus indecencias. Ningún músculo tenía que trabajar para mantenerlo allí. Las lámparas silbaban en silencio. A su lado sobre la almohada se divisaba el paisaje sereno y familiar del rostro de Eliza: suave, las cejas rectas, la nariz delicada, la voluta perfecta que descendía desde ella hasta la boca grande, cálida y expresiva. Con el pelo recogido y el gorro de dormir puesto, su rostro mostraba una suerte de simplicidad ceremoniosa u ortopédica que podía resultarle graciosa. Era el gorro en

particular lo que le confería un aire ñoño, infantil o cómicamente religioso. Su expresión altiva, arrogante y adusta cuando dormía también podía divertirlo.

–¿Qué miras con tanta concentración? –preguntó ella.

–A ti nada más. ¿No puede un hombre mirar a su mujer?

–¿Por qué? ¿Estoy...? ¿Tengo algo?

–No, no, estás muy bien.

–Bueno, pues nada. Se irá mañana por la mañana.

–Sí, eso es.

–Y no se ha portado tan mal.

–Sí, sí que lo ha hecho. No veo el momento de despacharlo. Es un hombre lleno de rencor y resentimiento.

–¿De verdad?

–No sabes de la misa la media.

–¿Qué tienes entonces que contarme?

–Nada. No hay nada que contarte, nada que haya que contar.

–Vaya, siento que haya sido tan desagradable.

–No es que él pueda evitarlo.

–Mi pobre gatito maltratado –dijo ella. Le acarició la cabeza y se arrimó suavemente a él.

–Mmm, eso me gusta.

–Sí –dijo ella haciendo un mohín.

Matthew bajó la mano y la situó sobre la superficie cálida del muslo de Eliza. La piel era muy tersa bajo el suave tejido deslizante.

–Qué reconfortante.

La despedida de Oswald Allen fue sorprendentemente cortés. Les entregó monedas de seis peniques a los niños, pese a que sólo Abigail era lo bastante pequeña como para mostrarse encantada. Le agradeció a Eliza la hospitalidad de su hogar y los invitó a todos a que lo visitaran en York.

Matthew y Eliza lo acompañaron a pie a la estación –insistió de nuevo en que no dispusieran un carruaje para él– y durante el camino los silencios se

alargaron incómodamente. Pero Oswald era capaz de fingir estar absorto en los detalles de la escena, el ganado frío e inmóvil, los estanques y sus juncos marchitos, los transeúntes.

Sentado en su vagón, levantó una mano enguantada para despedirse. El guante estaba abotonado a un lado, el abrigo en la parte delantera y el cuello bajo el mentón. Matthew sintió que había conseguido colocarle la camisa de fuerza y despacharlo, listo para la deportación. De perfil, Oswald abrió un pequeño volumen, supuestamente religioso, y empezó a leer.

–Sí, sí –dijo Matthew para sus adentros–. Con viento fresco.

El tren silbó, comenzó a traquetear y sus cuatro vagones se alejaron con gran estruendo rumbo a Londres. El andén se llenó de vapor. Como un genio en una nube, Oswald desapareció.

–Espero que no volvamos a verlo por un tiempo.

–Te olvidas de la boda.

–Cierto.

La boda. Para la que necesitaba dinero.

Nadie quería jugar. Su padre sorteaba sus atenciones. Abigail trepó por sus piernas, recibió un fugaz amago de sonrisa y él la devolvió al suelo. Hasta el truco de doblar la oreja de forma que la parte flexible de arriba tocara la parte flexible de abajo no logró más que una sacudida de cabeza propia de un caballo terco y una regañina por trastocar sus papeles, algo que ella opinaba no haber hecho. Él se disculpó cuando ella se lo hizo saber, incluso le dedicó una sonrisa y le dio un beso peludo y fuerte en la frente, pero después le ordenó que se marchara.

No encontraba a Hannah por ninguna parte y no tuvo mucha más suerte con su madre, que mantenía una tediosa conversación con Dora. Le tiró de las faldas a su madre, que la apartó con contundencia y fue en busca de su ropa de calle; se la puso, dejando sorda a Abigail mientras le abrochaba el gorro, y la acompañó a la puerta para que saliese a corretear por los jardines.

Nieve. Nieve reciente que cubría los huecos de la nieve vieja y brillaba uniformemente por todas partes. Abigail entornó los ojos ante el fuerte rebote

de luz brillante y respiró el aire chispeante, que casi dolía. Corrió un pequeño trecho para estampar sus huellas, se dio la vuelta para mirarlas y continuó sobre la hierba, que al ceder de forma distinta bajo su peso hizo que se tropezara y que sus rodillas y sus manoplas se volvieran blancas. Probó la nieve de sus palmas: un sabor a nada, pero lleno de algo grande e innombrable, lleno de distancia, lleno de cielo. Le caló rápidamente a través de la lana y le enfrió la piel. Se restregó las manos en el abrigo y salió corriendo de nuevo: se había acordado de la bomba de agua que había junto a Fairmead House.

¡Sí, sí que había! Había carámbanos de hielo que le colgaban del morro. Eran lisos por la parte de arriba y se estrechaban por abajo, con bultos, como una vaina de guisantes, hasta una gota detenida y redonda como una cuenta de cristal. Partió uno y lo chupó, sosteniéndolo sobre la lengua hasta que pudo beber el agua derretida.

El idiota Simon la encontró allí. Tenía un aspecto acolchado y enorme con su abrigo, sus guantes y el sombrero bien calado. Abigail le enseñó los carámbanos y él también partió uno. Se le escapó y salió despedido, tuvo que recogerlo de la nieve para comérselo.

–Frío –dijo él.

–¿Hacemos un muñeco de nieve? –preguntó Abigail.

Simon negó con la cabeza.

–Ay, por favor. Sí, por favor.

Simon volvió a negar con la cabeza.

–Un gato –dijo luego.

Así que juntos amasaron dos bolas con la nieve que despegaban del suelo, una grande y otra pequeña. Simon colocó la pequeña encima de la más grande. Con las manos empapadas, que le picaban y le hormigueaban, y que sacudía cuando estaban demasiado frías, Abigail ayudó a hacer las orejas triangulares que le pondrían encima. Pero luego Simon no la dejó hacer nada más; tenía que estar él al frente de todo. Intentó poner los tres últimos carámbanos a modo de bigotes, pero quedaban torcidos y además sobresalían tiesos y, al cabo de un rato, se cayeron. Abigail no creía que el resultado se pareciese demasiado a un gato, sino más bien a un muñeco de nieve con

orejas ridículas.

Cuando a Matthew Allen se le ocurrió la idea se levantó de un salto de la silla. ¿Era factible? Claro que era factible. ¿No había leído algo parecido? Todos los elementos estaban allí, esparcidos entre revistas y tratados y ahí fuera en el mundo, justo ante sus ojos, ocultos a simple vista. De repente se habían reunido al vuelo en su mente, se habían ensamblado en esta idea singular, una aleación al rojo vivo, la solución universal. Su cuerpo se agarrotó de la emoción, como si se aferrase a la idea que albergaba en su interior para no perderla. Después aplaudió las ramificaciones, el aspecto social, el espiritual, el económico, el final del tedio, y aplaudió de verdad con las manos. Sí, claro que sí. No podía quedarse parado, así que se largó a dar un paseo. Sin sombrero ni abrigo salió de su estudio hacia la mañana blanca.

El mundo se le aparecía con nitidez. La escarcha en la hierba, todas y cada una de las briznas de hierba, absolutamente todas recubiertas de cristales. Crujían bajo sus pies, al fracturarse. Hizo presión con su peso, machacó y disolvió el hielo con cada pisada y fue dejando atrás sus huellas; se volvió para mirarlas: de verde mineral, de húmeda malaquita. Se frotó las manos y se echó a reír mientras caminaba. Allí estaban, los árboles, hermosos amigos, allí afuera todo este tiempo, esperando recibirlo. Hileras de esbeltos lacayos aguardaban sus instrucciones. Sus ramitas peladas rebotaban sensibles al viento delante de un arañado cielo blanco. En una de ellas unos pajarillos, paros carboneros, intercambiaban posiciones, iban y venían, y luego salían volando juntos en una bonita ola de pánico. Su ojo los siguió y avistó una figura baja y encorvada que caminaba hacia él desde Fairmead House. Conocía aquellos andares, el peso repartido alrededor de las caderas, los pasos equilibrados y directos, los hombros subidos en tensión para soportar la pesada cabeza. John Clare.

John se acercó al doctor, que parecía notablemente animado, sin abrigo ni sombrero, bailando sin moverse del sitio para mantener el calor, soplándose aire caliente en las manos y sonriendo de forma intermitente. Tal vez tuviese la buena noticia que llevaba tanto tiempo anhelando y despreciándose a sí

mismo por desearlo, aunque incapaz de evitar el doloroso aumento de las esperanzas.

–Buen día, doctor.

–Sí que lo es. Lo es, lo es. Un hermoso día. –Inspiró de forma teatral a través de las narinas arqueadas y vibrantes. El aire penetró en su cabeza y en su pecho en deliciosas tomas de fría claridad. Se sintió muy alto y despierto.

–¿Tiene algo para mí?

–¿Disculpe?

–Me refiero a si ha llegado algo para mí de... ya sabe.

–Ah, sí. Ah, sí, sí que ha llegado. Ayer llegó una carta para usted, pero no lo vi. Aquí tiene. –Allen se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta–. No sé de quién es.

John cogió la carta. Sin dirección del remitente al dorso.

–¿No tiene frío? –le preguntó al doctor cuando volvió a levantar la vista, pues tenía las manos metidas bajo las axilas y agitaba las piernas.

–Sí, supongo que sí. ¿Entramos? ¿Tal vez le apetezca un té?

Una vez dentro, el doctor Allen fue en cabeza hasta llegar a la cocina, con John avanzando a la zaga con dificultad. Allen ahuyentó a la cocinera y sus muchachas para que se quitasen de en medio y se dispuso él mismo a preparar el té, tarareando mientras abría el bote y desenganchaba las tazas del estante. John se sentó a la mesa, se estrechó las manos con la carta entre ellas y miró hacia las muchachas arrimadas a la pared, que hablaban por lo bajini. Quería hacerles alguna señal para que vieran que él era de los suyos. Intentó demostrarlo mediante su pose, manteniéndose tenso sin moverse del sitio, un hombre envuelto torpemente como un paquete que habían llevado y habían dejado allí. Pero no se atrevían a mirarlo. No, apenas lo veían. Antes no era así: la de veces que había pasado vergüenza por las fuertes pisadas de sus botas con tachuelas sobre los suelos brillantes de sus nobles patronos, un prodigio improbable al que invitaban al otro lado de la frontera para conversar con él e inspeccionarlo, antes de enviarlo a los aposentos de los criados para que le diesen de comer antes de regresar a pie a su *cottage*. En aquel momento, había sentido cómo los músculos de la cara, entumecidos de tanto sonreír, se le relajaban al masticar el pan con panceta, y cómo podía

olvidarse de sí mismo mientras escuchaba su conversación. Pero ya no era un hombre de campo, ni tan siquiera un poeta. Lo que veían, si es que acaso lo veían, era a uno de los pacientes del doctor, un loco.

Sin prestarles ya atención, abrió la carta.

Admiradísimo poeta, don John Clare:

Como usted, yo también soy un hombre sencillo, en apariencia al menos. Espero que disculpe mi gran osadía al dirigirme a usted. ¡No es sin temor que empuño mi pluma!

Soy un hombre trabajador del condado de Dorset. Me gano la vida como jornalero, igual que hacía usted mismo, si no me equivoco, pero aquí no acaba mi historia. Durante muchos años he tenido una fuerte predilección por el arte divino de la poesía y he rendido culto en el templo de las Musas. Algunos han tenido a bien afirmar que mis creaciones no están faltas de virtud, incluso de talento...

Nada. Ninguna ayuda, ninguna respuesta de ese mundo literario que le había vuelto la espalda, lo había desterrado a morir en el ostracismo. John leyó por encima la tan trillada petición de ayuda, y ¿tendría él la deferencia de recorrer con su «mirada imponente» las creaciones que adjuntaba? ¿Podría alguno de sus amigos, simpatizantes de los versos rurales, estar interesado en publicar alguno de sus poemas?

—Su té —dijo el señor Allen, entregándole una taza a John.

John se metió la carta arrugada en el bolsillo —más tarde la vería ennegrecerse y retorcerse en el fuego— mientras el doctor permanecía de pie, bebiendo deprisa.

—¿Tiene usted, tal vez, alguna noticia? —preguntó John—. ¿De esos poemas míos que les envié a sus amigos?

—Ay. Ah, sí. Sí. Lo siento. Se me había pasado. —John notó cómo el doctor forcejeaba con aquella sonrisa persistente de sus labios y supo que la respuesta no sería buena—. Sí, me temo que al parecer tenía usted razón al suponer que su tipo de talento no está ya de moda. Que la moda tenga algo que ver en tales asuntos, claro está, no puede más que ser reprobado en los términos más duros, pero supongo que se trata de fases...

El buen humor del doctor desembocó ahora en una disquisición sobre las recientes tendencias en gusto literario, mientras que John, cuya taza de té se

había convertido en un estorbo no deseado, empezó a redactar en voz alta dentro de su cabeza una respuesta a E. Higgins Esq. en la que le contaría con todo detalle lo que debería saber.

... bajo ningunas circunstancias confiaría la menor esperanza... caprichos variables... separarlo de los suyos... me arrebató la serenidad, mi pueblo natal, mis esposas...

Aún estaba oscuro cuando Margaret se despertó. Se quedó tumbada y quieta durante un instante, con los ojos abiertos y secos, agarrada al borde superior de las sábanas, distinguiendo antes de moverse los tenues contornos grises de su habitación.

El mundo es una habitación llena de pesados muebles. Con el tiempo se te permite por fin abandonarla.

Notó a su propio Observador Silencioso tumbado allí, dentro de ella. Así era como lo llamaba, a aquella cosa que observaba el devenir de todas las cosas, que quería que ella viviese, y que a veces se lo hacía saber, aunque no pudiera hacer nada al respecto. Tan sólo observaba, desde la profundidad tras sus ojos. Había visto los ojos húmedos de su marido mientras se abalanzaba sobre ella y había visto aquella vez en que la hizo comer carne podrida, ya azul, verde y hedionda, iridiscente por la descomposición. Había observado y recordado aquello, y también cuando la encerró en la caseta. Y también cuando le dio por pasar los días en la iglesia parroquial porque le gustaba la seguridad serena que había en su interior.

Se levantó para salir de la cama y dejó correr un flujo silencioso en su orinal. Fue hasta su lavamanos y rompió la frágil capa de hielo. Deshizo las cintas que le llegaban al cuello y se quitó el camisón por la cabeza. Se quedó de pie desnuda e incapaz de verse a sí misma en la penumbra, su cuerpo era una sombra que la separaba del suelo. Cogió agua fría y se la echó por la cabeza y el cuello. Cayó sobre ella como cuchillas. Le encantaba el invierno, la pureza de su castigo, y la pureza de estar despierta antes que los demás, con una única vela ardiendo. Su marido siempre había estado allí, doblándola, llenando el vacío luminoso, y jamás pudo soportar el frío,

maldecía y daba patadas, atizaba el fuego hasta que echaba llamaradas, comía, bebía, reía con su boca roja y caliente como el aguijón de una avispa de noche, a solas, picando, picando.

Se secó dándose palmaditas. Tenía la piel tersa y entumecida. Se puso el camisón de nuevo. Agarrándose al filo de la mesa, se arrodilló para rezar. La pequeña cruz de madera era una nítida forma negra frente a la mancha gris de la pared. Clavó los ojos en ella. Comenzó.

Matthew Allen levantó la cabeza y se asomó a la mañana. Más allá de la hierba azul estaban los árboles. Sus finas ramitas, a esta distancia, conformaban una neblina rojiza. Volvió a bajar la vista a su hoja de cálculos.

La suma ascendía a una cierta cifra, y eso contando con un número muy moderado de pedidos previstos. Sonrió. Volvió a levantar la vista y vio un zorro que trotaba en silencio cruzando la hierba, su cuerpo bajo colgaba de su espina dorsal, su cabeza estrecha se inclinaba hacia el suelo. Qué ligero en sus movimientos, y qué rápido, todo él desplazamiento y determinación.

John se despertó hecho una furia, al saber exactamente dónde estaba. Salió de la cama, y plantó de un golpe sus pies desnudos sobre los tablones del suelo. Hizo aguas menores en el orinal, se aclaró la garganta y escupió a través de la espuma. Lo volvió a empujar debajo de la cama propinando un puntapié a la cálida porcelana.

Se frotó la cara con agua fría de la jarra, y se quitó a restregones el sueño que todavía se le pegaba al pensamiento. Una muchacha de cabello oscuro y rebelde. Tenía secretos que contarle que él entendería. Le brillaban los ojos. Se le había endurecido el pene cuando ella le acercó los labios húmedos al oído para susurrarle, palabras que ahora no recordaba y que detonaron con suavidad dentro de su mente, urgentes, llenas de significado. Algo relacionado con un lugar que ella podía enseñarle si él simplemente la seguía. Tanto había deseado saber lo que ella decía que se había despertado, tenso, tumescente, esforzándose por seguirla. Ahora abrió los ojos para no ver el

brillo íntimo y oscuro de los ojos de ella ni sentir su pelo rozándolo mínimamente. Se humedeció su propio pelo y luego se vistió de prisa. Vestido de pies a cabeza, se volvió a sentar en la cama. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Dónde podía ir? Saldría y ya está. Eso bastaría. Después de todo, tenía una llave. Podía esperar en su habitación hasta después del desayuno, gorronearles algo de pan a las muchachas de la cocina y coger el camino.

William Stockdale acabó de sacarles brillo a sus botas estirando un trapo por encima de la punta, sujetándolo por ambos extremos y moviéndolo de un lado a otro con una acción rápida y a destajo. Luego el otro pie. Tensó las cintas de los pantalones que se enganchaban bajo los zapatos, entre el tacón y la suela.

Dobló el trapo de nuevo y lo devolvió al cajón.

Balanceó sus brazos alrededor del tronco, e hizo pivotar su cuerpo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda a la altura de las caderas. Hizo girar sus brazos como un molino, una y otra vez, para llenarlos de sangre, y al acabar sintió las manos más pesadas, más útiles.

Se arregló la chaqueta, se tiró de las mangas. A diferencia de los internos, vestía su ropa con precisión, abrochada correctamente y con los ángulos apropiados para su cuerpo.

Recogió la pesada argolla llena de llaves y echó la llave al salir.

Hannah se sentó delante de su espejo a cepillarse el pelo. Le caía en dos cortinas a ambos lados de una pulcra raya de cuero cabelludo blanco que ella consideraba demasiado ancha: era una lástima que su pelo fuese tan fino. Lo cepilló de arriba abajo desde lo alto, cincuenta veces a cada lado, hasta que estuvo brillante y fluido, y, flotando, se adhería al cepillo al levantarlo. Al terminar, la luz creó una guirnalda uniforme de brillo alrededor del cabello.

Con dedos rápidos y hábiles, lo volvió a dividir y tejió dos trenzas que le nacían de las sienes. Las dejó allí colgando mientras se recogía el resto hacia

atrás, por encima de las orejas, y lo sujetaba con horquillas; luego enroscó el mechón que le colgaba por la espalda como una cuerda y se lo sujetó a la coronilla. Después se enrolló las dos trenzas bajo las orejas, sujetándolas por detrás de forma que le enmarcaran las orejas: delicadas, blancas, esculturales.

Se contempló a sí misma, mostrando la expresión prudente con la que posaba delante de los espejos: los labios bien cerrados y fruncidos, los ojos mirando con aire interesante hacia arriba, el rostro desprovisto de movimiento. Giró este semblante petrificado a un lado y al otro y se miró. Aceptable. Sería difícil mejorarlo. Hoy lograría que algo ocurriese. La situación era clara: allí estaba él; aquí estaba ella. Simplemente tenía que comenzar.

John oyó la verja cerrarse, la cerradura rechinando de nuevo al girar y unas pisadas veloces detrás de él. Se desvió del sendero y se escondió detrás de un tronco ancho y húmedo. Mientras masticaba el pedazo de pan, que le costaba ablandar con la saliva suficiente para tragárselo, vio la figura de ángulos rectos de William Stockdale emprendiendo el camino, cabía suponer, hacia un lugar legendariamente peor: Leopard's Hill Lodge. John se inclinó. Una ramita húmeda se partió bajo su bota casi sin hacer ruido. William Stockdale se detuvo. John agachó la cabeza y se apretó contra el frío limo del tronco del árbol. Otro fragmento de la misma ramita se quebró bajo su peso. Oyó a William Stockdale deshacer el camino. Debió de atisbar a John, porque hubo unos cuantos pasos más rápidos que revolvieron las hojas, y luego un golpetazo en el hombro de John. Notó que tiraban de él desde detrás del árbol, que lo levantaban como un gato, por el pescuezo de pellejo flojo, mientras Stockdale le tironeaba con violencia del abrigo.

–Tengo llave –esgrimió John–. Tengo llave.

–Entonces ¿por qué se esconde, imbécil?

–Mire. Mire. –John se sacó la llave del bolsillo y se la puso delante a Stockdale, haciéndola oscilar de un cordón deshilachado.

–Pues ¿por qué se esconde? –William Stockdale lo soltó y se sacudió su propia chaqueta.

–No lo sé.

–Creí que era alguien que intentaba fugarse.

–No, yo no.

–Bueno, pues entonces simplemente haciendo el tonto. –Le dio unas palmaditas hostiles en la mejilla.

Stockdale se alejó de nuevo a zancadas y John se agachó para recoger su pan, le sacudió los restos de tierra y de trozos de hojas y lo mordió. Jadeó y maldijo, le costaba tragar.

Durante horas, mientras caminaba, reconstruyó el incidente con finales mucho más satisfactorios y violentos. Podía haber dado rienda suelta a su fuerza. Podía haberle ofrecido a Stockdale una pequeña muestra del John boxeador, así se enteraría. En muchas de las repeticiones Stockdale se alejaba tambaleándose, arrepentido e impresionado, tocándose la cara, parpadeando ante sus yemas llenas de sangre. John se mostraba magnánimo, al pensar que bastaba con que el villano hubiese aprendido la lección para que no volviese a mencionar lo ocurrido. O no se alejaba, y John continuaba hasta que el hombre yacía en el suelo noqueado, respirando entre burbujas de color escarlata.

Alfred arremolinó las ramas a su alrededor. Su capa, envuelta tras él al viento, transmitía la sensación de que prácticamente tenía alas. Apretó sus pasos a los lados y los patines lo transportaron sobre el hielo con un delicado sonido de piedra que rechina. Moverse de aquella manera, sentir la cruda invernabilidad del día, le diluía el espesor de la sangre. Mientras garabateaba y dibujaba curvas sobre su estanque helado, casi lograba no pensar en Arthur, su querido amigo muerto, Arthur Hallam, que no abandonaba sus pensamientos.

Cuando uno de sus giros lo transportó en círculo hasta el extremo más alejado del estanque, lo sobresaltó la figura de una muchacha, oscura sobre el plateado mate del cielo. Aminoró el paso hacia ella. Estaba de pie en la orilla por encima de él, totalmente quieta.

–¿Buenas tardes? –preguntó él, y sus ojos oscuros, lustrosos por el viento,

brillaron sobre el amarillo arcilloso de su rostro.

–Buenas tardes –respondió Hannah.

–¿Sí?

–He venido...

–Es usted la hija de Allen, ¿verdad? La bella... ¿cómo era?

–... a hacerle una visita. He venido a hacerle una visita. En caso de que...

–Ya veo. ¿Trae un mensaje?

–No. En caso de que se sienta solo.

–Ya veo. Ha venido a hacerme una visita.

–Eso es.

–¿Y era...?

–Hannah.

–Hannah. Exacto.

Curioso, se inclinó hacia delante peligrosamente para enfocar su cara. Vio cómo sus pálidos labios temblaban al respirar y cómo retrocedía de forma casi imperceptible.

–Tiene frío –afirmó él–. ¿Entramos?

Ella asintió.

–Un momento.

Se alejó patinando hasta un punto de salida más fácil. Ella dio la vuelta para ir a su encuentro y sin mediar palabra le tendió una mano para ayudarlo a salir, pero él no la vio y subió renqueando sobre la hierba, sin ayuda. Juntos regresaron caminando a la casa, con Tennyson tambaleándose al lado de la muchacha, que se preguntaba por qué no se le ocurría desabrocharse los patines y continuar cómodamente con las botas, pero no dijo nada. Ella caminaba a su lado majestuosamente, al paso lento y prudente que él marcaba, como en procesión, y sólo la distraía ligeramente el olor humano dulce e intenso que provenía de su ropa. En la puerta finalmente se quitó los patines, agachándose de tal forma que ella pudo verle la coronilla. El cabello grueso, en realidad los cabellos gruesos, cada uno con un diámetro ancho, nacían desde lo alto en fuertes ondas. Por algún motivo un fragmento de hoja se había alojado allí dentro. Ella quería quitárselo delicadamente con los dedos, pero era obvio que no podía hacerlo, ni tampoco podía decir nada.

Tennyson abrió la puerta y la hizo pasar. Ella entró mirando ávida hacia todas partes en busca de signos de la extraordinaria vida que allí tenía lugar, pero no encontró más que un vestíbulo convencional: una pared empapelada, una mesa, un espejo. Allí, sobre las astas del perchero, no obstante, colgaban sus abrigos y aquel sombrero negro de ala ancha. Él se quitó la capa de los hombros con un remolino y la añadió. Con verdadero cuidado, con unos dedos delicados que no parecían temerosos al tocarle los hombros, le quitó el abrigo a Hannah y lo colocó junto al suyo.

–Gracias –susurró ella.

Su protocolo caballeroso resultó ser variable: ahora iba él en cabeza, dando zancadas delante de ella en vez de caminar a la zaga dirigiéndola con discreción, y ella tenía que apresurarse detrás de él. No obstante, se vio recompensada al seguirlo hasta una habitación donde era más que evidente que residía un poeta. Mientras él se inclinaba ante el fuego para colocar troncos nuevos con las manos, y luego se limpiaba en las perneras las manchas de tizne y la ceniza que voló desde ellos, ella contempló el refinado caos intelectual a su alrededor. Las montañas de libros y papeles, el sofá arrugado y el escritorio desordenado, las pipas de caña corta posadas sobre nidos de ceniza y las astillas apagadas sobre repisas por toda la habitación demostraban que se trataba de una sala de trabajo, con sus objetos reunidos sin importar el efecto que causarían. La habitación irradiaba totalmente desde él, que ahora acechaba en torno a su centro, aporreando cojines. Emanaba de él, y visitarla sin que él estuviese presente habría sido como escuchar sus pensamientos u oír a sus amigos hablar de él. Y sobre el escritorio, en aquel gran libro de contabilidad abierto que parecía el cuaderno de un carnicero... ¿era posible que fuese un poema nuevo? Se veía claramente que las líneas no cruzaban hasta el otro margen de la página. Su letra. La página cargada vibraba ante su mirada. Un poema vivía en ella. Si pudiese ir hasta allí y leer aquellas palabras recientes, vistas tan sólo por ella y por el poeta que las escogió, resonarían en su mente. ¿Qué sentimientos expresarían?

–Siéntese, por favor –la invitó él–, y haré que nos traigan el té.

Después de sonar la campana del servicio, él se sentó en el sofá frente al asiento sobre el que ella se había posado. Estiró sus largas piernas ante él, las

cruzó a la altura de los tobillos y se pasó los dedos por el pelo, en un tris de toparse con el pedacito de vegetación que ella había visto en la puerta, pero sin que llegase a ocurrir.

–Entonces, es usted la hija del doctor Allen –repitió él.

–Sí, lo soy.

Se abrió la puerta. Entró una criada. Una anciana, de pelo blanco, manos en carne viva y manchas rojizas en el rostro por el día frío y el fuego de la cocina, les dedicó una mirada fugaz y una reverencia.

–Ah, señora Yates.

La señora Yates asintió despacio con la cabeza, mirando hacia su amo y su joven invitada. Hannah, avergonzada, clavó la mirada en las rodillas y se tiró de la falda para enderezarla con unos dedos briosos y prosaicos, intentando mantener una indiferente compostura. No se le había ocurrido que nadie pudiese verlos.

–Sí, como ve, esta tarde tenemos visita. Así que té, por favor, y etcétera. Mucho etcétera, si es tan amable. El patinaje me ha abierto el apetito.

–Muy bien, señor.

La señora Yates retrocedió y salió de la sala. Tennyson sonrió a Hannah. Parecía estar a punto de decir algo. Hannah permaneció sentada con la cabeza muy erguida, y el cuello muy estirado, para que se pareciera todo lo posible al de Annabella, y aguardó. Pero Tennyson no dijo nada. En vez de eso, su mirada se desvió hacia el fuego. Por suerte, Hannah llevaba preparadas algunas preguntas.

–¿Qué le está pareciendo la zona, señor Tennyson?

–Ah, muy bien. –Le devolvió la mirada–. Bastante agradable.

Ella se sonrojó.

–¿Ha visitado Copt Hall? –le preguntó.

–No, no puedo decir que lo haya hecho.

–Tengo entendido que es el lugar donde se representó por primera vez *Sueño de una noche de verano*, para una boda. Es una hermosa casa en medio del bosque. Se puede ir caminando fácilmente...

Aquello lo despertó, y se inclinó hacia delante con los ojos abiertos de par en par. Ella sintió aquella mirada en su interior; le llegó vibrando hasta la

columna.

–Entonces todos estuvieron aquí, ¿verdad? Hermia y Lisandro y todos los demás se perdieron en estos bosques. Puck apareciendo sobre una rama. Vaya, me alegro de que me lo haya contado.

Con el estómago vacío, el cuerpo leve y delgado, Margaret, de pie en medio del bosque, levantó la vista hacia las ramas desnudas y extendidas y pensó en el cuerpo de Cristo colgado allí, colgado de Sus cinco heridas. Las espinas, como las espinas que había allí arriba, que Lo envolvían con una ceñida corona, debían de haber infestado Su cabeza de dolor. Y las heridas de los clavos, hendidos en Su pobre cuerpo inocente mediante los martillazos del Pecado. Lo sostenían allí arriba. Él colgaba de ellos. Este pensamiento de repente se agrandó, eran como Él colgaba en el mundo: eran Sus heridas, Su dolor, lo que Lo conectaba al mundo. Ella sintió aquello en sí misma, sintió el dolor que le causaban sus puntos de contacto con el mundo, que su alma estaba clavada al muro de su carne, sufriendo, asfixiándose por liberarse. Enlazó los dedos entre sí con firmeza, balanceándose por la fuerza de este pensamiento. Respiró con un silbido entre los dientes, agradecida por esta iluminación, y deseosa de más.

Abigail estaba sentada sobre la alfombra que había junto al fuego, jugando con sus muñecas y escuchando a medias la conversación de sus padres. El calor procedente de la chimenea le enrojecía la mejilla izquierda, hacía que notase la piel tirante, y la ropa seca y almidonada. Si no se movía, hacía que una luz blanca le brillase en una esquina de la cabeza. Ella sabía que al sentarse allí hacía que el resto de la sala pareciese oscura y fría como el agua fría, y le gustaba la idea. Los ojos de cristal de sus muñecas resplandecían a la luz de las llamas cuando las inclinaba unas ante otras y las hacía hablar.

–No, no digas eso, Angelica...

–Una consecuencia muy probable podría ser que retomase mis conferencias –dijo Matthew.

–Podría ser –puntualizó Eliza, acariciando la parte superior de la cabeza de su marido al pasar junto a él, y luego sentándose a su lado– si todo evoluciona de la forma que imaginas.

–¡Si! –repitió él–. ¡Si! –Eliza podía ser fría ante sus entusiasmos hasta que se demostrase que él estaba en lo cierto.

–A ver –añadió ella, burlona–, es que nunca se sabe.

–Oh, sí, a veces sí. *Primo*, existen varias otras compañías ahí fuera que ya están funcionando, lo que nos dice que es viable. *Secundo*, yo tengo ventajas sobre sus proyectos, lo que significa que no tardaré mucho en desbancarlos. Así que no dudes de esto ni un instante, y ten la seguridad –continuó, moviendo el dedo índice– de que todo el país solicitará mis servicios como orador.

–¿Qué proyecto? –preguntó Fulton, entrando con un libro en la mano.

–Ah, sí, hijo mío. Todo a su debido tiempo. Es muy probable que acabe representando una parte significativa de tu futuro y de tu fortuna.

–¿Por qué no contármelo ahora? ¿Por qué mantenerme en la ignorancia? –Fulton cerró los puños discretamente dentro de los bolsillos.

–No, no. Un poco más de misterio, una crisálida para esta larva. Tan sólo diré una cosa... Es una especie de máquina.

–¿Un motor? ¿Una máquina?

Abigail, que ahora escuchaba, lo añadió a su diálogo.

–Una máquina para hacer pasteles –dijo ella–. Pero ¡chist!, es un secreto.

–Abigail, no te sientes tan cerca del fuego. O acabarás reducida a cenizas –la advirtió Eliza, y se dio la vuelta.

Abigail levantó la vista aterrorizada, y se arrastró rápidamente hacia delante sobre su trasero.

–No a cenizas de verdad –la tranquilizó Eliza.

–Era una figura retórica –le explicó su padre.

Los adultos sonrieron con afecto, incluido Fulton, que ahora se sentía medio conforme y partícipe de su conspiración, fuera lo que fuese.

Los dos caballos estaban de pie, uno junto al otro, el hocico de uno tocaba la

grupa del otro, con mantas sobres los lomos y un poco de hielo en sus toscas pestañas. Parpadearon a duras penas sobre sus ojos convexos, que miraban al suelo, cuando John pasó por su lado, les dio unas palmaditas y prosiguió hacia el silencioso campamento.

Había hombres sentados en torno a un fuego amarillo, inclinados hacia delante, mirándolo fijamente, también con gruesas mantas sobre sus espaldas.

–¿Ezekiel? –preguntó John.

–Ha dado conmigo –respondió una figura, dándose la vuelta–. Ah, John Clare. Ha venido de nuevo entre nosotros.

–Aquí estoy.

–Siento decirle que ahora queda poca comida. ¿Ha venido con hambre?

John trató de decir que no, pero un instante de duda lo delató.

–Ah, ya veo que sí. Tenemos un poco de carne. Voy a poner la sartén. Luego traeremos más, pequeños y dulces *hotchiwitchis*. Son de esta época del año. Pero para que no se le vaya el alma del cuerpo mientras tanto.

Ezekiel cogió una sartén negra y grasienta y la aporreó contra el fuego hasta que se quedó plana sobre la leña ardiendo. John se sentó sobre un tronco junto a otro hombre, sonriendo por doquier para mostrar su talante amistoso. Extendió sus manos blancas hacia las crujientes llamas. Ezequiel se puso de pie. Sin quitarse la manta que lo cubría, se acercó a paso lento hasta una *varda* y regresó con un trozo de venado ya putrefacto y hediondo. Se sacó una navaja del bolsillo, cortó finas tiras de carne descolorida y las lanzó a la sartén, donde crepitaron y se rizaron. Cuando ya estaban negras, invitaron a John a que las cogiese con los dedos y se las comiese. Sólo sabían a carne carbonizada, y resultaban bastante apetitosas y calientes. John se las comió y se chupó los dedos.

–Hace un frío que pela –dijo Ezekiel.

John se limpió la boca con el dorso de la mano.

–Deberíamos pelear –sugirió, aún belicoso tras el encuentro con Stockdale de hacía un rato–. Entrenar un poco –añadió–. ¿No hay ningún boxeador profesional entre ustedes? –Se levantó y simuló unos cuantos golpes con los puños medio cerrados–. Venga, alguno de ustedes. Demuestren que tienen lo que hay que tener.

Los hombres se echaron a reír.

–Uno de los nuestros se dedica a ese deporte –dijo Ezekiel–. Va de feria en feria. Saca dinero con su cabeza de acero.

–No tiene sentido sacarle nada a golpes –añadió uno de los demás.

–Jeremiah –apuntó otro hombre–. Pelea con el alias del Barón gitano.

–Vamos a ver cómo de rápido eres con las manos, John Clare –dijo Ezekiel levantándose, encorvando los hombros bajo las orejas y levantando dos puños rígidos delante del cuerpo.

–Buen chico –dijo John, lanzando ganchos de derecha a través del vaho de su aliento.

–Huele muy fuerte –dijo Hannah, sonriendo entre finas lágrimas que le escocían–. ¿Fuma un tipo de tabaco particular?

–Lo importante es –contestó Tennyson, levantándose la pipa del labio inferior– secarlo antes durante un tiempo. Así se consigue un sabor bien pronunciado.

–Ya veo.

Con las cosas del té ya recogidas, Tennyson fumando y la tenue luz del final de la tarde cayendo pesadamente sobre aquella habitación desordenada, resultaba difícil seguir manteniendo viva la conversación. Hannah se sentía aislada en su silla. Él emanaba humo en cantidades industriales, el más fuerte que Hannah hubiese olido jamás. A ella le raspaba la garganta, él seguía sentado tranquilamente en su origen, lejano, callado, con la mirada desenfocada. Lo había perdido frente al elemento marino de sus pensamientos particulares. Y el silencio se hacía cada vez más denso, cada vez más y más duro de romper. Al imaginarse la conversación de antemano, a estas alturas ya tendría que haberse transformado en música, un dueto, pero ahora sus voces estaban separadas y dispersas. A ella se le ocurrió una pregunta que tal vez despertase en él un repentino cambio de parecer sobre ella. Por lo menos sabría cuán adelantada, cuán atrevida era.

–¿Puedo preguntarle qué opinión le merece la poesía de Lord Byron?

Ante aquella pregunta levantó en efecto las dos cejas a la vez, mientras

expulsaba largos conos de humo por la nariz. Su respuesta fue una maravillosa revelación.

–Lo tengo en alta estima. Su poesía, bueno... –Puede que aquí decidiera ahorrarse una disquisición crítica. Ella pensó que él no la consideraría a la altura, pero lo que dijo en su lugar la complació tanto o más–. Recuerdo cuando murió. Yo era un crío. Salí a caminar por el bosque muy disgustado por la noticia. Al pensar en todo lo que aún no había escrito, todo el genio en su interior, perdido para siempre, sumergido entre tinieblas para toda la eternidad... Me sentí totalmente abatido y descorazonado. Rayé su nombre sobre una roca, una arenisca. Debe de seguir allí, imagino.

Ezekiel regresó con dos terriers jadeantes y un saco al hombro. Los perros se apoyaron contra sus tobillos mientras vaciaba el contenido en el suelo. Tres erizos rebotaron pesadamente. Ezekiel cogió uno con la manga del abrigo estirada sobre la mano.

–Qué le dije –declaró–. Es la mejor época del año para estos. Con su buena capa de grasa, para pasar el invierno. Venga, dejemos que se calmen un momento. –Lo bajó junto a los otros dos y esperó, susurrándoles–: Vamos, muchachos, no tengáis miedo –mientras las bolas con púas se soltaban, plantaban en el suelo sus patas de largo alcance y mostraban sus tímidos hocicos husmeadores.

Con un palo corto y grueso golpeó a uno en la cabeza. Después, con una navaja le hizo un corte alrededor del dorso del cuello, empujó la columna hacia abajo y le rajó la barriga. Se guardó la navaja en el bolsillo y tiró de la cabeza hacia abajo, extrayendo la columna y las vísceras a la vez, después lanzó a un lado el rostro inexpresivo y los tubos violetas que colgaban. Los perros fueron en busca de los restos. El cuerpo se lo dio a Judith para que lo envolviese en arcilla seca y continuó con el siguiente. Judith hizo una bola lisa en torno al animal y la colocó en el fuego.

–Es buena la arcilla de por aquí. Amarilla, pegajosa y buena.

–Los gitanos de Northamptonshire –intervino John– entierran las bolas debajo del fuego, en una pequeña fosa.

–¿No me digas? Lo hacen a su manera, imagino, pero pierden el tiempo. Así salen perfectos.

Una hora más tarde, extrajeron rodando del fuego las esferas cocidas; con un palo, las cascaron para abrirlas y sacaron los erizos cocinados, desnudos y humeantes. Las púas se quedaban clavadas en la arcilla y se separaban fácilmente de la carne. Judith cortó en tajadas sus lomos punteados y fueron repartiendo la carne, que olía muy bien.

John comió. Sabía tan bien como la recordaba: un sabor dulce, secreto, a tierra. La carne estaba tierna. Una grasa caliente le bañó los labios.

–Ya le dije que tenían buenos filetes –dijo Ezekiel–, comiéndose una tajada de la hoja de la navaja.

Fueron pasando una botella de whisky para acompañar la comida. John le dio un trago, dejando que su fuego lo rociase resbalándole dentro del pecho.

–El viejo John Barleycorn –añadió John, alzando la botella–. Ese sí que es un buen luchador. Lo he visto hacer morder el polvo a más de un hombretón. –Los demás se echaron a reír–. Venga, acabemos con esto.

–¡Ajá! Lo está deseando –respondió Ezekiel–. ¿Alguien quiere aceptar el reto?

–¡Vamos! –imploró John, con rabia en su interior. Quería golpear–. Aquí tiene que haber alguien con agallas. –Dio puñetazos al aire con leves fintas, combinaciones rápidas.

–Venga a hacer algo de ejercicio conmigo, amigo –respondió un hombre, levantándose.

–Bien hecho, Tom. John, este es Thomas Lee.

John le estrechó la mano a su oponente y retrocedió. El hombre era grande, buen mozo, de sonrisa abierta y con un vellón oscuro por cabellera. Tal vez fuese lento. A su alrededor, los gitanos empezaron a silbar y a animar. A John se le aceleró la sangre. Ladeó la cabeza, enfocando. El aire frío como un témpano le raspaba los pulmones. Thomas Lee dio varios pasos lentos de lado a lado, levantando los hombros con los puños alrededor de las caderas. Dio un paso adelante, lanzó un golpe. John lo esquivó, intervino, asestó un puñetazo con todas sus fuerzas a los botones del abrigo de Thomas Lee. Thomas Lee sonrió, e hizo retroceder a John empujándolo por los

hombros. Después descargó un puñetazo que golpeó el esternón de John, haciéndolo retroceder aún más. El contacto firme agradó a John, que volvió a dar un paso adelante, cabeceando detrás de los puños, observó, fijó los pies, se contoneó desde las caderas, observó, y se lanzó otra vez, intentando alcanzarlo. Su puño izquierdo fue a parar al frío hueso de la mandíbula de Tom, con barba de varios días. Y entonces comenzó la pelea, los dos hombres descuidaron sus guardias en un torbellino de puñetazos. Cuando John no podía esquivar los de Tom, que era la mayoría de las veces, se inclinaba hacia delante levemente, con afecto, hacia los golpes. De esa forma, después de un minuto o dos, las ramas se agitaron en lo alto y el suelo duro y húmedo golpeó la espalda de John. Se levantó riendo, entre aplausos, con un pitido en la cabeza y el dulce sabor de la sangre en los labios. De nuevo atacó a Tom. De nuevo un puño bien encajado lo inclinó todo encima y debajo de él.

Ezekiel lo agarró por el hombro.

–Ven a mojar el gaznate, pequeño John.

John jadeó, miró hacia él. Tom también regresaba.

–Muy bien. Muy bien, Robin.

–¿Eh?

–Little John. Robin de Sherwood.

Ezekiel ayudó a John a ponerse de pie como a una dama anciana, levantándolo del brazo.

Cuando regresaron junto al fuego, John observó los rostros que brillaban con las llamas, cada uno inconfundible. Cómo aparecían desde la oscuridad de la noche y se reunían allí, en su campamento provisional. Tom le dio unas palmaditas contundentes en el hombro y se sentó. Cantaron. Un niño alzó el brazo de John en señal de victoria. Hubo de nuevo vítores y risas. John se llenó la boca de whisky, escupió sangre, se la llenó de nuevo y tragó.

Más tarde, se estiró bajo unas mantas gruesas, con la mente marcada por las imágenes emborronadas, que se filtraban por sus bordes y pronunciaban como un loro frases repetitivas de pensamientos extenuados: «¿Tienes agallas? ¿Tienes agallas?».

Tennyson se quedó sentado y siguió fumando en la habitación, cada vez más oscura, después de que la chica se marchase. Los troncos de la chimenea se movieron con un crujido al desmoronarse. Tenía su gran mano izquierda apoyada en la rodilla; la derecha sostenía la cálida cazoleta de su pipa.

Había sido una visita extraña. Sin duda había puesto fin a su soledad y no había sido inoportuna. Quizá ella también se sintiese sola, o aburrida. Había mostrado un gran interés por hablar de poesía. Tal vez careciese de ese tipo de conversación. Aunque en exceso la convertiría en una marisabidilla, apta sólo para un literato, y ¿qué vida era aquella? Una muchacha curiosa. De piel muy pálida. En su blancura su rostro angosto había resplandecido en la penumbra. Pensó en su vida aquí en el bosque, rodeada de locos. Un sujeto interesante. Vio su imagen de nuevo, esta vez de blanco, su pelo era una cuerda roja cayéndole por la espalda, brillando con luz trémula a través de las sombras del bosque; aunque era obvio que «las sombras del bosque» no funcionaría. Aislada del mundo en una jaula de árboles, de árboles vetustos, la puesta del sol oscurecida por sus ramas. El bosque. Los senderos silenciosos. Los locos. Donde se deterioran las mentes y se pudren las hojas. Malas hierbas pudriéndose a la orilla del Lete.

La soledad de la fantasía se fusionó con la suya; llena de lirismo, vagó por la habitación, envuelta en su humo. Pensó en ella y en palabras para ella durante un rato, luego cogió su cuaderno. Lo hojeó un instante y encontró el primer poema que había escrito tras la muerte de su amigo Arthur, sobre el regreso de su cuerpo desde Trieste. Se dio un puñetazo en el muslo. Ahí estaba, acabado, terminado y encerrado. Necesitaba experimentar de nuevo aquella sensación, acercarse a Arthur con palabras, y crear algo completo a partir del tira y afloja, del desbordamiento informe de su vida. Necesitaba a Arthur. El poema tenía, ¿cuánto, seis años, siete? Sintió cómo lo abandonaban las fuerzas.

Bello barco, que desde la costa italiana
Navegas por plácidas llanuras oceánicas
Con los restos amados de mi Arthur perdido
Extiende bien las alas y hazlo volar.

Para traerlo a casa a quienes lo lloran
En vano; una velocidad favorable
Agita tu mástil reflejado, y lleva
Por prósperas crecidas su urna sagrada.

Toda la noche ningún aire brusco desconcierte
Tu deslizante quilla, hasta que Fósforo, brillante
Como nuestro amor puro, con las primeras luces
Reluzca sobre el rocío de las cubiertas.

Circunda todas tus luces en derredor, en lo alto;
Dormid, suaves cielos, ante la proa;
Dormid, suaves vientos, que él duerme ahora;
Mi amigo, el hermano de mis amores.

Mi Arthur, a quien no veré
Hasta que toda mi raza enviudada se extinga;
Querido como el hijo para la madre,
Más que mis hermanos para mí.

John estaba dentro de una nube dorada de su propio aliento. Al alba. Un sol bajo y pesado aparentemente a la altura de la cabeza. No veía con claridad. El ojo izquierdo miraba a través del corte de una navaja, la visión se le estrechaba entre una bruma rosácea. Tenía un lado del cuerpo entumecido. El aire frío le entraba por la boca y le hacía cosquillas en los dientes. Se tocó con los dedos: tenía el labio hinchado en una expresión de burla que dejaba al descubierto su mordedura. ¿Y dónde estaba? Una especie de campamento. Se preguntó cómo había llegado hasta allí. Tenía algo que ver, ¿no era cierto?, con su faceta de boxeador. ¿Había peleado allí, en un combate? Aquello parecían las cenizas de una hoguera nocturna bajo la nieve recién caída. Había caravanas y caballos. Los gitanos debían de haber organizado el combate. Se miró los nudillos en busca de rasguños e hinchazón. Estaban bien. ¡Los árboles mecían sus cachiporras de acá para allá el viento empujaba no tienes agallas el viejo Jack Randall tendrá Jack Randall debe de tener las agallas que hacen falta para dar la talla el luchador más famoso de todos debe

de haberles hecho morder el polvo en un pispás! El viejo Jack Randall lo habría hecho no es cierto que con la fuerza de sus brazos sin duda se levantó derecho Jack Randall. Saltó arriba y abajo, lanzó unos cuantos ganchos, pero le dolía la cabeza. Estaba listo para enfrentarse de nuevo con quienquiera que lo desafiase. Jack Randall emprendió el camino de vuelta a... al otro lugar, fuera lo que fuese: el lugar donde se alojaba. Sabía cómo llegar a través del bosque.

Con los sonidos de la nieve nueva al allanarse se sintió casi sordo o soñando. Sus botas se hundían y la hacían crujir. Dos cuervos avanzaban en zigzag con su brazada lenta y laboriosa cuando un viento los alcanzó y los barrió, haciéndoles girar como un dedo a la manecilla de un reloj. Remaron con fuerza hacia delante y desaparecieron hacia un lado.

Propinó otro puñetazo al aire. Así aprenderían. Así aprenderían a poner a prueba al viejo Jack Randall en el ring.

Al volver a su habitación, Jack Randall intentó recomponerse antes de escabullirse de nuevo. Se humedeció la cara y se la limpió. A falta de espejo, comprobó su reflejo en la ventana para constatar el alcance de los daños, corriendo la cortina tras de sí para dar profundidad a la imagen. Al verse se echó a reír. Su sonrisa era amplia, extraña, ondulada por la dilatación del labio. Aquello lo hizo sonreír aún más. Su ojo maltrecho desapareció, encerrado tras la suave vulva rosa de la hinchazón, cálida al tacto. Por lo menos podría arreglarse el pelo y la ropa. Recogió agua con las manos, se la echó por la cabeza y se peinó.

Margaret estaba en su rincón favorito del pasillo de la planta baja cuando lo vio caminando hacia ella. El lugar era un pequeño hueco cóncavo con una ventana alta y circular de modo que a sus pensamientos los acompañase la sombría degradación de la luz invernal a lo largo del día. El hombre herido caminó hacia ella, medio ocultando el rostro, avanzando a tientas con una mano que rozaba la pared blanqueada. Era bajo y desaliñado, su rostro, multicolor y horripilante. Entonces, como en una obra de teatro, vio que el doctor lo había visto y lo llamaba.

—¡John! John, ¿adónde va?

Jack no se detuvo. Matthew Allen tuvo que correr tras él y agarrarlo por el brazo. John intentó zafarse con rapidez. Allen lo agarró de nuevo y le dio la vuelta.

—John. John, por el amor de Dios, ¿qué le ha pasado?

Jack sacudió de nuevo el brazo para liberarse. Al hacerlo, golpeó levemente al doctor Allen en la sien. Allen entonces arremetió contra él y lo redujo con un abrazo, los brazos de Jack pegados a los costados, y las manos de Allen entrelazadas, incrustándose en su barriga blanda.

—¡Suélteme! ¡Suélteme! Canalla, acabaré con usted. ¿Se cree lo bastante hombre para enfrentarse a Jack Randall? ¿Eh? ¿Eh?

—John. John, usted es John —dijo jadeando el doctor—. Y se le advirtió de que no podía pasar la noche fuera. Ahora tendrá que atenerse a las consecuencias.

—¡Déjeme irme! ¡O lo derribaré!

—¡Mary! ¡Mary!

—Soy Margaret.

—Eso, Margaret, perdón. ¿Puede llamar a Stockdale? Debe de estar en la segunda planta.

—¡Salí a pelear! —alegó John—. Eso es todo. ¡Es un oficio de hombres honrados!

—Se lo advertí —repitió el doctor—. Serán dos días en el cuarto oscuro.

Cuando llegó Stockdale, el doctor estaba casi en el suelo con John, luchando por liberarse de su brazo en lazada como un borracho tratando de quitarse los pantalones. Stockdale intervino, inmovilizando a John.

Margaret los vio llevarse al pobre hombre herido a rastras para encerrarlo en la oscuridad.

Lo tiraron al suelo y cerraron de un portazo con él dentro. Jack Randall se levantó como pudo y aporreó la madera con los puños.

—¿Es que ninguno tiene las agallas y lo que hace falta para dar la talla? —bramó—. ¡Canallas! ¡Verán cuando los coja! ¡Empezando por ese retaco de medicucho sin pelotas, hijo de Satanás!

Matthew Allen respondió sereno a través de la puerta trémula.

–John, se lo advertí. No puede quedarse a dormir en el bosque. Sabe que tiene que regresar por la noche.

–¡Bastardo! ¡Bastardo comemierda! Le voy a... Le voy a... –Varió el ritmo y aporreó la puerta con tres puñetazos a intervalos.

–John, se va hacer más daño. No tiene más que mirarse.

–¡Hijo de puta!

La oscuridad lo cubría. Se arrastró hasta la rendija de luz que había debajo de la puerta.

–Sabía cuál era el castigo, John. Dos días.

–No puede enjaular a un hombre. No puede. ¡Echaré abajo esta puerta!

–Volveré más tarde.

–¡Una luz! ¡Denme tan sólo alguna luz, por favor!

El doctor Allen se alejó caminando por el pasillo. De nuevo junto al resto de pacientes, le seguían llegando los gritos de John, como un perro ladrando ante una verja, pero al cabo de unas horas cesaron.

Alejada de todos los sonidos de los locos, Hannah paseaba con Annabella y *Muffet*, su perra. La nieve había perdido vigor, quedaban sólo los posos en los huecos o en el sotavento de los árboles. El bosque estaba húmedo y se extendía en tenues tapices de colores.

A *Muffet* no le gustaba el frío. Iba trotando delante de ellas, volvía la cabeza con miradas mudas e inquietas, sin dejar de mover las cejas.

–Ah, y no te lo he dicho –prosiguió Hannah–. Estaba patinando cuando llegué.

–¿Patinando?

–En su estanque.

Hannah había recordado este detalle a tiempo. Acababa de terminar la primera avalancha de la narración, contándolo todo de una tacada, y en el silencio que siguió a continuación empezó a preguntarse si todo aquello tenía algún sentido. En cualquier caso, Annabella mostró un entusiasmo tranquilizador.

–¿Se le daba bien? ¿Lo hacía con gracia y donaire?

–Se le daba bastante bien, en mi opinión. No lo vi mucho tiempo. Se detuvo cuando me vio.

–Eso es buena señal.

Muffet había tropezado con algo. Se detuvo, estiró una temblorosa pata trasera, dio una patada y luego se escondió detrás de un árbol.

–Entonces ¿pasaste toda la tarde con él, charlando?

–De poesía sobre todo.

–De poesía. Esto promete.

–Sí. ¿Tú crees? –Hannah recordó los largos silencios viscosos y le dio vergüenza mencionarlos, en caso de que fueran una mala señal. Pero deseaba con todo su ser conocer la opinión de su amiga, así que dio con una fórmula—. Estuvo bastante... taciturno.

–Es normal que en ocasiones se extravíe en sus propios pensamientos, siendo lo que es.

–Eso es lo que yo pensé.

–No, no. De verdad creo que esto promete. Tenemos que tramar algo más. Y yo aún no lo he visto.

–Pasamos varias horas juntos –dijo Hannah, volviendo a sentir la emoción de todo aquello, pero caminando como si nada, con aire frívolo.

PRIMAVERA

Sentada a la luz de la ventana parecía casi demasiado frágil para soportar su impacto. Él veía sus falanges, afiladas y amarillas, a través de la piel agrietada. La marca en la sien parecía el resultado de alguna acción violenta. Su cutis se había estirado tanto que los labios se le pegaban a la dureza de los dientes. Había verdugones de sombra bajo sus ojos y sus pómulos.

Él le estaba diciendo que tenía que comer, que si no lo hacía se vería obligado a alimentarla a la fuerza. Leche y natillas, decía. Pan migado. Ella notaba la exasperación en su voz, como con una niña difícil, aunque lo que era infantil era su enfoque. Pero ella no podía explicárselo, el esfuerzo de hablar le producía dolor de cabeza, y su voz últimamente parecía surgir como una conmoción, una cosa pequeña y viva dentro de su boca, asustadiza y peculiar. No mostraba ni un ápice de la apacible serenidad que presentaba en su mente. Así que ella no le dijo que comer era unirse al mundo vulgar de cuerpos y de asesinato, de lujuria y de destrucción; era nadar a través del mundo como un gusano a través de la tierra, comiendo, creando desechos. Probablemente fuese una idea que él podría comprender, pero lo que ella no podía empezar a intentar explicarle era que en el Cielo ver y comer son lo mismo. Mirar es absorber, es unión, sin destrucción. Allí nada está roto. La luz fluye hacia la luz sin cesar, en armonía, y está en total calma.

—Está sonriendo —dijo él—. Espero que sea una sonrisa de asentimiento. Ninguna recuperación de los espíritus animales es posible si...

¡Los espíritus animales! Ahí estaba toda su estupidez reunida en una sola frase. Vivía en una serie de contradicciones de las que ni él mismo era consciente.

—... aunque aún no carezca de energía hasta el punto de no poder moverse, ese momento llegará a menos que deje de ser tan cruel consigo misma. —Se pellizcó el puente de la nariz y suspiró por ella—. Ya le he dicho todo lo que quería decirle. Confío en que le haya quedado claro.

Margaret inclinó la cabeza. Matthew Allen lo aceptó como la única respuesta que por el momento era probable que recibiese. Le dio unas palmaditas en la mano, formada por palos secos, y regresó a su estudio. El Observador Silencioso lo vio marcharse.

El dibujo que había sobre su escritorio: su pulcritud, su potencia, sus palancas. Podía convertir todo el psiquiátrico en algo irrelevante si así lo decidía, y aquello era tentador, pero seguiría ocupándose de ambos asuntos y por fin sería el hombre polifacético que siempre había sido. Triunfaría. El dibujo era de una máquina, ideada por él mismo, una versión mejorada de diseños anteriores. Disfrutaba incluso con el mero dibujo lineal, prueba de su inteligencia. Los nítidos trazos de tinta se unían en ángulos rectos para definir un objeto cuadrado de niveles tridimensionales que se alzaba en un espacio blanco y abstracto. Presentaba una claridad angelical. Le cambiaría la vida. Nada lo había emocionado tanto desde que en su juventud descubriese la frenología y las ciencias mentales. Era como enamorarse, esta profusión de pensamientos armoniosos, esta fusión de pasión y posibilidad, esta nueva vida. Matthew Allen estaba desbordado por el entusiasmo.

Se sentó y recobró la serenidad con los detalles. El sistema de dos cubetas era claramente superior, con una trazadora y un taladro conectados en perfecta simetría. Alzó el dibujo y lo depositó a un lado con mucho cuidado. Hoy le escribiría a Thomas Rawnsley, el joven con el taller en Loughton que fabricaba ruedas dentadas de carpe, y le solicitaría realizar una visita instructiva a su establecimiento. Hombres de progreso e industria debatiendo juntos, uno de ellos un hombre de ciencia.

Mojó el plumín, sacudió las gotas sobrantes. «Estimado señor Rawnsley», comenzó. Levantó la vista para mirar por la ventana y vio al idiota Simon retrocediendo por miedo de Clara, que le estaba regañando por algo. Mientras le gritaba abría los puños apretados y le lanzaba puñados de hierba arrancada. Matthew Allen volvió a concentrarse en su carta.

Después de hacer el chiste, Eliza Allen aguardó con picardía la reacción de Hannah mordiéndose la punta de la lengua entre los dientes, como siempre hacía. Hannah apartó la vista, ruborizada por la crispación, con la piel hirviéndole por el bochorno. Si por lo menos el chiste fuese divertido, pero es que casi no era ni un chiste. Los chistes de su madre rara vez eran obvios, de ahí aquella expresión exasperante en su rostro mientras miraba a su alrededor, aguardando. Su madre tan sólo le había dicho que por qué no le preguntaba al señor Tennyson su opinión acerca del libro que llevaba en la mano. El malestar de Hannah se agudizó al pensar en lo que estaba leyendo. ¿Había estado su madre espiándola por encima del hombro? Entre los volúmenes de poesía de su padre había encontrado un viejo ejemplar de Dryden y se lo había quedado. Entre los largos poemas compactos y monótonamente rectangulares, en pareados, había encontrado un canto que comenzaba así:

Sylvia, la bella, con sus quince primaveras,
Sintió un calor inocente allí tumbada en la hierba.

Esta Sylvia «veía hombres ansiosos, sin poderse explicar / Su intención al tan de cerca suspirar y besar».

Hannah en realidad no había visto a ningún hombre ansioso, ni tampoco a él, pero todo aquello le resultaba fascinante.

Y estrechar y rodear,
Y jadear y desear,
Y suspirar y besar,
Y tan de cerca suspirar y besar.

Esta era una de las pistas más explícitas que había encontrado respecto a qué podría esperar que ocurriese realmente cuando las pasiones convergieran. Las frases, la suave melodía saltarina, le aceleraban el corazón. Y tan de cerca suspirar y besar.

Hannah se sentó a la mesa sin prestar atención a las protestas de Abigail por haberle arrancado un trozo del pan con mantequilla que la niña se estaba comiendo.

–Tienes mantequilla en la cara, Abi –le recriminó Hannah sin escucharla–. No eres una rebanada de pan, ¿lo sabes?

Abigail apeló a una autoridad superior.

–Mamá, se está comiendo mi comida.

–Hannah, pórtate bien con tu hermana. Si quieres pan con mantequilla, hay...

–No me estaba portando mal. Estaba compartiendo con ella. ¿No deberíamos enseñarle que...?

–Hannah, no me llesves la contraria.

–No te estoy llevando la contraria. Me voy.

–Eres la contraria personificada.

–En absoluto.

La temperatura era suave. Hannah dejó que el mantón le colgase holgado de los hombros mientras caminaba hacia la casa de Annabella. Se pellizcó las mejillas al llegar al carril por si acaso se encontraba con él. Annabella estaba en su jardín, bajo las primeras flores del endrino, leyendo.

–¡Buenos días! –gritó Hannah.

Annabella levantó la vista, realzando la escena con su belleza, como siempre hacía.

–Saludos, bella ninfa. ¿No es este árbol el paraíso?

–Sí que lo es. –Hannah lo examinó con la pertinente apreciación ensoñadora. Aún no tenía hojas, tan sólo esbeltas ramas negras y las húmedas flores rosas que se agitaban al viento. El árbol parecía fogoso, decidido, allí de pie ofreciendo sin tapujos sus flores desde la nudosa madera húmeda–. Muy bonito –añadió–. ¿Te apetece dar un paseo?

–¿Ha pasado algo?

–No. Los tormentos cotidianos de la vida familiar.

–Voy un segundo a avisar a mamá.

Hannah se quedó sola hasta que Annabella regresó. Sola. El jardín en silencio. La vida de Annabella era tan distinta a la suya, sólo tenía un hermano, sus libros y sus flores y su belleza. A veces Hannah, rodeada de su familia y de los locos, de todas aquellas personas trastornadas o sin rumbo, se sentía como si viviese expuesta en mitad de la vía pública.

Mientras paseaban, Hannah observó el efecto de la belleza de su amiga en las personas con las que se cruzaban. ¿Era consciente Annabella de cómo vivía ella dentro de ese túnel, siempre encerrada en su círculo de influencia? Tenía algo que ponía en fila a los hombres, les hacía erguirse, les alzaba de un golpe el sombrero de la cabeza. Justo en ese momento un mozo de granja con tres vacas levantaba el sombrero en el aire, dedicándole una sonrisita. Si Hannah hubiese contado con aquella ventaja, se habría sentido más segura de poder conquistar a Tennyson. Por lo menos era un poder. Hannah no tenía ningún poder. No podía hacer nada. Ninguna chica podía hacer nada a la hora de elegir marido salvo suspirar, desear y esperar, dejarse ver y ser agradable.

–Campanillas de invierno –dijo Annabella, señalando un pequeño grupo de trémulas flores blancas–. ¿Entramos en la iglesia?

–¿Por qué no?

Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre durante sus paseos. La primera vez les había parecido un pecado, secreto y terrible, entrar en la iglesia en su estado de perezosa ensoñación y admiración. A estas alturas entrañaba cierto componente ritual. Pasaron junto a las lápidas inclinadas en medio de un silencio melancólico, sin detenerse esta vez, como habían hecho en el pasado, a calcular la edad a la que habían muerto aquellas personas y a compadecerse de los niños que yacían entre ellas. Habían visto a una niña de siete años que casi hizo a Hannah llorar de pena. Esta vez la saludó mentalmente al pasar por su lado, de camino al frío pórtico de piedra. Reverentemente, Annabella tiró de la pesada puerta de roble para abrirla y penetraron en su interior. La puerta se cerró con solidez tras ellas, encerrándolas en un silencio que amplificaba sus pasos y las obligaba a respirar de forma más superficial y prudente. Una atmósfera ahogada, la sensación de velas apagadas, de una habitación de la que alguien acaba de salir. Annabella se santiguó. Hannah hizo lo propio, y rezó susurrando una vez el nombre de Alfred Tennyson, sin sonido y con los ojos cerrados. Llenos de ardor, sus labios formaron las sílabas y ella respiró en silencio a través de ellos.

Annabella señaló las losas sobre las que el sol, a través de una vidriera pintada, proyectaba un delicado círculo de luz flotante de colores. Hannah

asintió.

Avanzó por la nave hacia el púlpito y se detuvo en el fascistol del águila de bronce, que sostenía una Biblia de gran tamaño sobre sus alas extendidas. Miró la página. «Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios.» La inicial grande e intrincada le recordó a sus experimentos con las siglas AT y HA y a lo bonita que resultaba la combinación de sus caligrafías. Después de aquello, había quemado la página en la estufa, con el corazón latiéndole con fuerza, como si estuviese destruyendo las pruebas de un asesinato. «A una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; y esa virgen se llamaba María.»

Levantó la vista. Annabella estaba sentada en un banco, con sus preciosos ojos fijos en la vidriera del ala este. Hannah fue hacia ella y se sentó en el banco al otro lado del pasillo. Se agachó sobre la madera crujiente y levantó la mirada hacia el cristal: las figuras translúcidas y rígidas alrededor de Cristo en la cruz, Su hermosa cabeza colgando sobre Su hombro derecho. Se fijó en los músculos de Su cuerpo, en Su tristeza, hasta que sintió brotar en su interior una pena genuina.

Tras un largo silencio, se abrió la puerta de la iglesia: el coadjutor, el señor Tripp. Se santiguó y entró en la sacristía, mirando desde lejos y bajo las pesadas cejas sobresalientes a las dos muchachas que parecían estar rezando, y reconoció a la hija del doctor y a la guapa. Cuando se fue, las muchachas se miraron. Hannah indicó la puerta, se levantaron y salieron sigilosamente.

John ya no tenía permitido salir de los límites del recinto, ni siquiera para volver a trabajar en el jardín del almirante. Lo habían sustituido en ese puesto. Le habían arrebatado su llave. Sólo podía vagar dentro de los terrenos de la Fairmead House y se sabía observado. Había sido por su desacato.

Los días que había pasado a oscuras habían sido una muerte en vida, pero peor: sin descanso, sin Dios, sin tregua. En cuanto la puerta se cerró, la habitación empezó a hundirse cada vez más bajo la tierra, hasta lo más profundo, a más profundidad que una mina. Podía gritar hacia la superficie, pero nadie lo oiría. Cuando volvieron a abrir la puerta y lo liberaron a ras del

suelo, el mundo en color penetró precipitadamente, dando alaridos, en el vacío de sus sentidos desnutridos. Su fuerza lo había dejado jodido. La cabeza le pesaba demasiado para levantarla, tenía las manos débiles como hojas. Se quedó sentado fuera en el suelo, sintiendo cómo la luz le golpeaba la nuca y la brisa lo envolvía por todos lados, y bajó la vista a las briznas de hierba entre sus muslos y a una hormiga trepadora, hasta que fue capaz de asimilar más. Al cabo de un rato se preguntó si todo aquello no sería un sueño: tanto había deseado regresar al mundo que tal vez su mente enloquecida se lo había inventado todo y él seguía bajo tierra. Las nubes, los árboles los pájaros, todo se movía exactamente como él sabía que lo hacían.

Cuando volvió en sí y reconstruyó las piezas, sintió una furia terrible y justificada. John tembló, se desvaneció y se estremeció a la vez que Jack Randall retomaba el control. Jamás se lo perdonaría al doctor, y no había nadie a quien no pensase exigir reparación. Para anunciarlo, había anunciado un reto.

Jack Randall Campeón del *Prize Ring* Pide la Venia para Informar al Mundo Deportivo de su Disponibilidad para Enfrentarse a Cualquier Contrincante en el Cuadrilátero o en el Escenario para Pelear por la Suma de quinientas o de mil libras Además de una Limpia Lucha Salvaje a Medio Minuto Ganador o Perdedor Sin Importar Peso Color O País Sólo Desea Enfrentarse a un Contrincante con las Agallas Que Hacen Falta para Dar la Talla.

JACK RANDALL

¡Así Perezcan Todos Tus Enemigos, Oh Señor!

Eso fue hace ya algún tiempo. Ahora volvía a ser John casi todo el tiempo, pero seguía sin poder ir a ninguna parte. Levantó la vista hacia las nubes lentas y de lados marcados. Sostuvo una fina ramita de la punta de una rama y miró sus apretados brotes triangulares cual diminutas uñas de un infante. Oyó a un pájaro carpintero repiquetear fuera, en el bosque, y sintió cómo la distancia tiraba de él. Estiró la rama para que saliese despedida y rebotara de un latigazo.

John caminó hasta un banco. Al sentarse, vio que sostenía la Biblia en la mano izquierda, y recordó por qué. Se sacó un papel suelto del bolsillo y lo

extendió a su lado para continuar con su trabajo. Le serenó copiar las grandes palabras finales. Resonaron. Fueron oídas.

Llorad, Hijas de Israel, llorad por Saúl,
Quien os vestía de escarlata con deleites...

Había plumas en el claro, tres de ellas, conectadas por sus cañones, restos de un ala desgarrada. Estaban en un borde, estremeciéndose como la vela de un barco de juguete movida por la brisa. A su alrededor las oscuras hojas y las delicadas flores de los jacintos silvestres que brillaban aquí y allá donde el sol lograba penetrar.

Margaret estaba sentada y oía el viento que se colaba entre las hojas en lo alto. Una vez se cayó al río, de niña, y oyó la impetuosa sordera del ahogamiento. Pero la habían salvado. El fluir del aire a su alrededor pareció intensificarse, tornarse más sonoro, hasta hacerse tan potente que invirtió su aliento. Casi la alzó en volandas.

El viento se dividió en fuertes golpes, en un batir de alas. Un ángel. Un ángel allí frente a ella. Del rostro le cayeron lágrimas como pétalos. Se detuvo ante ella. Al posarse, sus alas sonaron con una especie de gorjeo. Caminó de acá para allá con un paso extraño, suave y curvilíneo, que era casi como una danza. Extendió sus bellas manos para recobrar el equilibrio en el mundo mortal, tocando hojas, tocando ramas, y dejando manchas de luminosidad allá donde tocaba. Despacio, era algo insoportable, volvió el rostro para mirarla. Cuando habló, ella sintió que las palabras provenían justo del centro de su mente, pero por alguna razón invadían todo el bosque. Las hojas crujían y temblaban.

–No llores –le dijo a Margaret–. Soy un ángel del Señor.

–Perdóname –respondió ella–. Perdóname. Perdona a mi marido.

Inclinando la cabeza hacia ella, el ángel sonrió.

–Traigo noticias que debo revelarte.

Al oír su voz suave y llena de amor, Margaret se atrevió a mirarlo, y vio que los rostros de los ángeles son máquinas más delicadas que las humanas.

Había partes que funcionaban tanto de un lado a otro como de arriba abajo. Al moverse registraba los cambios más sutiles, momentáneos e imperceptibles, como la iridiscencia del collar de una paloma.

–¿Va a venir... va a venir Él? –preguntó ella.

–No pidas verle a Él –le ordenó el ángel–. Su Amor es un diluvio. Su Gloria es un incendio. No podrías soportarlo. Y te necesitamos. Extiende la mano.

Margaret obedeció la orden. El ángel depositó sobre su palma algo pequeño y redondo, del tamaño aproximado de una avellana recogida del suelo.

–¿Qué es? –preguntó ella.

–Es todo cuanto se ha creado.

Margaret lo miró, maravillada por su minuciosidad, su delicadeza. Tenía ríos que latían más angostos que las venas de una hoja, mares que iban y venían, y a su alrededor la luminosidad de su propio cielo, luego otros cielos, luego la oscuridad.

–Sólo porque Dios lo ama, puede existir –declaró el ángel–. Sin Su amor...

–Desaparece.

–Desaparece. Desaparece. Desaparece.

El ángel se lo quitó de la mano. Al levantar la vista, Margaret vio cómo los árboles estiraban sus brazos detrás del ángel, para protegerlo.

–He aquí tu primera orden.

–Me entrego. En cuerpo y alma, me entrego.

–Dejarás de llamarte Margaret. Ese es el nombre que te dieron tus padres terrenales, que empleaba tu marido. Hoy serás rebautizada.

–Rebautizada. –Al pronunciar aquella palabra todas las hojas y los árboles se quedaron inmóviles, expectantes, solemnes. Ella aguardó, sin respirar durante largos latidos.

–Te llamarás Mary.

–Es demasiado. –Margaret se tapó la cara con las manos.

–Es Su Palabra.

–Mary –susurró Margaret.

–Mary.

–Mary –respondió Mary.

–Mary, has de dar testimonio. Tienes un cometido.

–No puedo. Soy un excremento, un desecho.

–Es Su voluntad. Te ha considerado digna de ello.

–Me entrego en cuerpo y alma.

–Entonces sabes lo que has de hacer.

–¿Lo que he de hacer?

–Expulsarlos.

–Sí. Sí, por supuesto.

–Ahora bailaré para ti y en breve desapareceré. Tú permanecerás con tu cometido.

Mary se quedó sentada y vio bailar al ángel. Mientras daba vueltas y se retorció de alegría, tocó el mundo, dejando un resplandor. Al cabo de poco, se vio envuelto por las señales que hacía y danzó en una rueda de luz arrasadora.

Hannah iba caminando y enumerando para sus adentros los datos que destacaban –poeta, alto, guapo, fuerte, moreno– cuando se materializó a partir de sus pensamientos. Bajo la campana de la falda, se tropezó al verlo, pero siguió adelante, serena, preparando su sonrisa. ¿Qué ocurriría? En su cabeza, la cúspide de su siguiente encuentro era, algo escandaloso, un beso, sus grandes brazos la rodeaban y el intenso beso incendiaba sus labios al tocarse. Él estiró la cabeza hacia delante para identificar a la muchacha que se acercaba, y luego alzó su ancho sombrero.

–La señorita Allen, ¿verdad? Reconozco la figura.

–¿Ah, sí? Pues lo es. Quiero decir, lo soy. Buenos días.

Él se acercó lo suficiente para verla con claridad y hablar sin tener que forzar la voz. Al hacerlo, Hannah percibió el fuerte hedor de su cuerpo.

–Veo que lleva usted un libro –dijo él.

–Sí, en efecto.

–¿Y de qué libro se trata? Si me lo permite.

–Por supuesto que sí. Es... –Lo levantó y leyó el lomo como si lo hubiese

olvidado—. Es Dryden, es una antología de Dryden.

—Y ¿no se le antoja una antología antojadiza? —Rompió a reír de su propio chiste, incitándola a hacer lo propio.

Ella lo intentó, con éxito, tal vez con demasiada vehemencia, para recompensar su intención afable.

—Y ¿puedo preguntarle —añadió ella en medio del silencio cordial— lo que está leyendo usted en este momento?

—Puede hacerlo, puede hacerlo. También poemas, aunque mi lectura es menos placentera, supongo. Son míos. Estoy preparando un volumen.

—¡Ah! Eso es fantástico.

—¿Eso cree? Imagino que los críticos no opinarán lo mismo. Si llego a publicarlo, supongo que no lo mirarán con mejores ojos que a mis creaciones anteriores.

—Los críticos, es que son... —No tenía demasiada idea de lo que eran, así que alzó los brazos con aire despectivo—. Son eso, críticos. No poetas. Y yo sin duda estoy ansiosa por leerlo. Tal vez me pueda dedicar un ejemplar. Resulta muy emocionante tener aquí a un poeta; además del señor Clare, quiero decir.

—¿El señor Clare?

—John Clare. Es uno de los pacientes de mi padre.

—¿John Clare, el poeta campesino? Entiendo. Eso está...

Tennyson frunció el ceño. Al hacerlo, una nubecita se apartó de la cara del sol. Los colores se intensificaron. Los guijarros destellaron en el sendero. Una brisa alzó las ramas.

—Eso está mejor —dijo Hannah.

—Hmm. Yo puedo hacer eso, ¿lo sabía? ¿Le gustaría verlo?

—¿A qué se refiere?

—No se mueva de ahí y mire.

Tennyson se acercó a Hannah aún más, envolviéndola en su intenso olor. ¿Era aquello? ¿Qué estaba a punto de hacer: besarla? Hannah se quedó totalmente inmóvil y cerró los ojos para recibir la presión de sus labios. Pero no llegó. Cuando abrió los ojos de nuevo vio a Tennyson con los ojos y la boca cerrados con fuerza, fruncidos. Así que no la había visto cerrar los ojos.

El horror de la humillación no había sucedido. Respiró profundamente. Tennyson se quedó tal como estaba por un instante. Entonces, de forma muy gradual, relajó los músculos del rostro hasta borrar de él toda expresión, cual máscara mortuoria. Continuó con el movimiento externo, abriendo despacio los ojos y la boca, abriéndolos aún más, hasta acabar con los ojos asombrosamente abiertos de par en par y sonriendo de oreja a oreja con las cejas levantadas.

De repente, como si se le hubiese pasado el ataque, su rostro volvió a la normalidad.

–Eso es –anunció él–. El sol saliendo de detrás de una nube.

–Es... extraordinario –comentó Hannah.

No estaba segura de qué significaba haber sido elegida para ver aquel espectáculo. ¿Lo hacía por paternalismo, la trataba como a una cría? ¿Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que ella pudiese presuponer que estaba a punto de besarla?

–Es un numerito que solía hacer para mis amigos, en Cambridge –explicó él.

–Ah, claro.

–Sí. Arthur Hallam. Bueno, él... No debería entretenerla.

–Está bien. No hay ningún problema.

–No, no. Yo debería irme. Que tenga un buen día.

–Y usted también.

Tennyson se despidió tocándose el sombrero y regresó caminando hacia las tinieblas de pensamientos que rodeaban a su amigo muerto. Hannah lo observó marcharse, con sus largas piernas holgadamente articuladas a la altura de las rodillas. Las cosas que ella podría haber dicho clamaban en su interior. Pero no importaba, se acababan de encontrar a solas y habían conversado, y él había sonreído y la había divertido. Tenía motivos de sobra para albergar esperanzas.

VERANO

Un movimiento célere en las hojas. Nubes resplandecientes. Personas trabajando en el huerto.

Plantada en medio del ajetreo del día, Mary los observaba. Cómo sufrían mientras se ocupaban de sus tareas, musitando para sí mismos o dando órdenes al aire, riéndose de nada, agitando los brazos, revolviéndose de acá para allá, meciéndose adelante y atrás, cerrando los ojos de repente y permaneciendo inmóviles, como un niño que espera un bofetón, como una esposa que espera el puño de su marido. Los atacaban, a todos ellos; los demonios los atacaban. Su verdad los exorcizaría. Pero parecía que Simon estaba a salvo. Mary lo observó, tan grande y blanco, con sus enormes manos blancas. Llevaba el abrigo estirado y liso sobre el ancho de sus hombros como la piel de un caballo. Su pelo rizado se estremecía por la brisa. Él no era la primera persona a la que tenía que anunciar la noticia. Por alguna razón, por su idiotez, él ya la conocía. Era amable y estaba asustado, y magnificaba la amabilidad en los demás, les hacía avergonzarse por su crueldad. No se le podía exigir más. No había más que mirar cómo se ocupaba del huerto con su regadera de lata. Las hojas gruesas ronroneaban y rebotaban bajo hilos centelleantes de agua.

El agua pura. Gotas esparcidas. Semillas de luz cayendo en la hierba, en la tierra. Ella también creaba luz. Debía de haberse contagiado del ángel. Las yemas de sus dedos dejaban manchas de brillo dorado que ella se esforzaba por dejar siempre de tres en tres o en múltiplos de tres. Tenía que contarlos. No podía guardárselo dentro. Como si tuviese la boca llena de agua. Pero ¿a quién?

Estaba Clara, una bruja, amiga de los demonios. A Clara no. Aún no.

William Stockdale se acercó, hacía su ronda de visitas. Llevaba en la mano un trapo manchado, y así supo que él era el primero con quien debía intentarlo. No veía si la mancha era de sangre, pero sin duda era rojiza, oscura, humana. Era un romano, un crucificador. Martirizaba a las personas. Ella se interpuso en su camino, levantó las manos y él fue hacia ella, sin saber que no tenía más opción que ir hacia ella. Él no veía el resplandor de los túneles por los que caminaban las personas cuando se movían según Su Voluntad. No importaba. Se quedó quieta y él fue conducido hasta ella.

–El Señor es amor –comenzó a decir ella.

–Lo es –respondió él, sin detenerse.

–Él es amor –repitió ella, volviendo a interponerse en su camino, reteniéndolo–. Y está en todas partes.

–Me alegro por él.

–Y regresará. Y cuando regrese, juzgará. –Intentó mirarlo a los ojos de manera penetrante, pero el sol ardía detrás de la cabeza del hombre. Dirigió la mirada a los botones de su chaleco–. Ha de confesar. Su alma está en peligro. No se guarde nada. Él todo lo ve.

–Yo también he visto bastante, y si no le importa tengo trabajo por hacer.

–Ande con cuidado. Atienda a lo que le digo. Porto un mensaje angelical.

–Le agradezco la advertencia. Ahora si me lo permite...

Estiró el brazo izquierdo, lo puso junto al hombro de ella e intentó hacerla a un lado, pero ella lo agarró, y se giró sobre sus talones, como una puerta. Tenía que ver el cambio en él. La palabra tenía que llegar hasta él.

–Debe ser puro. Debe vaciarse.

Stockdale dejó caer el trapo al suelo y con la mano ya libre le dio un empujón en la frente. Mary salió despedida hacia atrás sobre la hierba. Sonrió hacia el cielo y sus nubes altas arrastradas con delicadeza. El sufrimiento le había sido enviado. Sintió cómo la bota gratuita de Stockdale se le hundía en el estómago. Ahora su labor había comenzado de verdad.

Annabella era buena con Abigail, tenía paciencia, la miraba con ojos tiernos,

sabía jugar con ella. La niña la contemplaba extasiada, intentando mantener quietos sus dedos retorcidos mientras la hermosa muchacha mayor que ella los envolvía con el hilo del juego de la cuna. Dora, sentada más cerca de la luz de la lámpara, bordaba cenefas en la ropa de casa de su futura vida de casada. Hannah había cogido la aguja más fina del costurero de Dora. Con cuidado, se la introdujo bajo la piel de la yema del dedo, la atravesó y se la sacó después por el otro lado, formando un resalto blanco por donde pasaba. No le dolía, si acaso le tiraba, pero no le dolía. Disfrutaba aterrorizando un poco a Abigail al enseñarle la astilla de metal que le atravesaba la carne.

–Mira, Abi. –Hannah le pasó el dedo por delante de los ojos y luego se agarró su propia muñeca y aspiró con fuerza, como si le doliese.

–¡Ay! –reaccionó Abigail.

–No seas tan infantil –le recriminó Dora.

Hannah volvió a tirar de la aguja para sacársela y la puso de nuevo en el costurero.

–Vi al señor Tennyson el otro día –anunció, sin rastro de infantilismo.

–¿De verdad? –Annabella levantó las cejas.

–Sí, de verdad. Mantuvimos una conversación de lo más agradable.

–¿Ah, sí? Hannah, ¿por qué no me lo has contado? No, tienes que tirar de ahí y de ahí.

–No me sale –se quejó Abigail–. Hazlo tú.

–Pero es que lo tengo en mis dedos.

–Debes tener cuidado con tus conversaciones agradables –la advirtió Dora–. Te arriesgas a que te tomen a la ligera.

–¿Por qué me iba a tomar de ninguna forma? Nos encontramos en el carril. Hablamos.

–Hmm. –Dora estudió sus puntadas.

–¿Te ha oído tocar el piano? –preguntó Annabella.

–Sí. Es posible que eso propiciase una propuesta –vaticinó Dora.

–No, no me ha oído. ¿Cómo podríamos organizarlo? No le hagas caso a Dora. Lo que le pasa es que está decepcionada porque su propuesta ya ha llegado y era de James.

–A mí me encantaría tener una propuesta así –respondió Annabella con

ánimo conciliador.

–Ninguna de las dos opiniones me interesa demasiado –terció Dora, alisando los bordes de una servilleta.

–Trae. –Annabella enganchó los dedos en el hilo, tiró y sacó una perfecta estructura cruzada de entre los dedos de Abigail.

–Toc, toc –dijo una voz. Un ramo de flores silvestres sueltas apareció junto al marco de la puerta, y luego, sonriendo a su lado, el rostro de James–. Vaya –dijo–. Sois un montón.

–No te asustes –intervino Hannah–. Entra.

–No seas impertinente –la reprendió Dora–. Las pondré en agua. –Se levantó, le quitó las flores, con la mirada baja y con recato recibió un beso en la mejilla y salió.

–Bueno –dijo él entonces.

–Siéntate –dijo Hannah.

Él asintió y se sentó, dedicándole una sonrisa entrecortada a Annabella, entornando los ojos como si su belleza fuese la luz directa del sol sobre su rostro. Se inclinó hacia delante y le dio unas palmaditas en el hombro a Abigail; ella lo miró y le volvió la espalda.

–Eso de ahí es tu ropa de casa –lo informó Hannah.

–¿Ah, sí? –preguntó él y se volvió a inclinar hacia delante para tocarla.

A Hannah aquella visión le dio escalofríos. Era justo lo que había que evitar: la vida rodeada de ropa de casa, la vida cómoda, tibia y deprimente.

–¿Y serás feliz, casado con Dora? –preguntó ella de repente, casi para castigarlo.

–Pues... pues... Pero bueno, vaya pregunta. Pues claro que sí. Admiración mutua, un matrimonio basado en una afectuosa admiración mutua...

–Me lo imaginaba –lo interrumpió Hannah–. Estoy segura de que así será. Dora regresó con las flores en una jarra.

–Listo –dijo ella–. James, ¿tienes calor? ¿Qué te sucede?

Hannah soltó un bufido.

–¿Hannah está siendo maleducada?

–Maleducada es una palabra demasiado fuerte.

–Me lo imaginaba. Hannah, ¿es que no eres capaz de ser tan sólo medianamente educada?

–Soy educada. Tú ni siquiera estabas aquí.

–Es evidente. De haber estado, tal vez te habrías comportado de forma menos...

–¿Menos? ¿Menos qué?

Abigail se encogió y se pegó a las faldas de Annabella, agarrando la tela con una mano.

–O tal vez si tú no hubieses estado aquí...

–Bah, ya está bien. De verdad que ya está bien. No me voy a quedar aquí.

–Hannah se levantó y huyó de la sala. Annabella, en el silencio incómodo, retomó el juego de la cuna entre los dedos de Abigail, después se levantó y siguió a su amiga.

–Mírala –le dijo Matthew Allen a su hijo–. Maravillosa. –Se inclinó hacia delante con las manos sobre las rodillas, observándola detenidamente.

–Es una Maudsley –lo informó Thomas Rawnsley.

–Ah, lo sé, lo sé. He estudiado todos los diseños. Es sólo que es la primera vez que veo funcionar un motor de mesa.

La hipnosis de su movimiento, silencioso, equilibrado, rítmico. El empuje viscoso de sus brazos, bien engrasados. Y el giro de su regulador centrífugo triangular en lo alto, de un lado a otro, como una muchacha que oía su nombre y se giraba hacia él para decirle «¿Sí? ¿Sí? ¿Sí?».

–Este tipo de motor –explicó Rawnsley– probablemente serviría tanto para lo que usted quiere como para lo que yo quiero. Yo empleo carbón vegetal, del que sin duda aquí tenemos en abundancia, gracias al bosque.

–Eso ya lo tengo decidido –aclaró Allen–, después de haber estudiado todas las especificaciones disponibles. Pero aún no le he contado a mi hijo cuáles son mis propósitos.

–Es cierto, no lo ha hecho –confirmó Fulton, estremeciéndose por el estruendo que llenó el aire cuando el hombre accionó la taladradora–. Y bien, ¿de qué se trata? –le preguntó a su padre.

–Mira a tu alrededor. Todos los materiales están aquí.

Fulton miró y remiró los bloques de madera que se apilaban a su alrededor, algunos conservaban la rugosidad natural de la corteza en el dorso o a lo largo del borde, la mayoría de ellos los habían recortado en cuadrados tras extraerlos de la naturaleza y eran geoméricamente regulares. Observó las herramientas, el serrín de olor dulce, la vitrina con ruedas dentadas de madera de distintos tamaños, las cajas repletas de ellas.

–¿También vamos a fabricar piezas de máquinas?

–No, no. No querría competir con nuestro amigo Rawnsley. –Allen sonrió–. No, piensa. –Hizo una pausa, y luego anunció–: Tallado de madera mecánico.

–¿Como este?

–Acabo de decir que no como este. No, para muebles. Domésticos. Accesorios eclesiásticos.

–Es muy probable que sea un éxito –comentó Rawnsley, quien ya estaba al tanto del proyecto–. El mercado para la producción en serie... nada desdeñable.

–Ya veo –dijo Fulton.

–No pareces todo lo entusiasmado que esperaba –le dijo Allen a su hijo–. Te hará rico. Piensa en todas las iglesias nuevas en todas las ciudades. Y piensa en toda la gente que no puede permitirse unos buenos muebles tallados a mano, pero que puede tener los mismos, del mismo nivel, tallados con la calidad de un artesano, ya que son simplemente idénticos y copias mecánicas perfectas de los originales tallados a mano, por una fracción de su precio. Esa belleza y esa categoría, ese entorno espiritual ennoblecedor, puesto a disposición de un grandísimo número de personas.

–Ya veo.

–Ya ves, ya ves. –Allen sonrió y se pasó una mano por la barba–. Basta una pequeña inversión y tendrá lugar. *Il aura lieu*.

–Es más difícil que producir estas cosas, pero es plausible –comentó Rawnsley, hundiendo la mano en una caja abierta de diminutas ruedas dentadas–, totalmente factible.

Matthew Allen también introdujo la mano y cogió unas cuentas ruedas,

sosteniéndolas sobre la palma. Aún estaban calientes, recién salidas del torno, y parecían nutritivas, como frutos secos. Le gustaba Rawnsley, le gustaba el lustre próspero de su sombrero, sus pantalones de finos cuadros bien sujetos bajo las botas.

–¿Estaría usted tal vez interesado en ser uno de mis afortunados inversores? –le preguntó.

En el desierto del mundo, a solas, su rostro desde su propia casa, un libro en la mano, rodeado de extraños, tiembla, incapaz, el sol lo calienta, su voluntad se rompe en su interior, hasta que de repente estalla: «¿Qué puedo hacer?».

Como si fuese posible, busca de nuevo entre los rostros de los desconocidos para encontrar a Mary o a Patty o a alguno de sus hijos o a quien sea, pero no recibe ninguna reacción afectuosa de ellos. Le son extraños, tan sólo carne modelada, y le dan miedo.

Notas discordantes de urracas en lo alto. Se da la vuelta. Respira. Está en un jardín. Sabe dónde está. Entonces ¿por qué no puede detenerla, por qué no puede matarla en su interior, la sensación de que en cualquier momento podría verla, de que podría venir en su búsqueda, una puerta en el mundo se abre y allí está ella? ¿De que ella podría liberarlo de esto? *John, tiene visita. John, tiene visita.* La frase se repite dentro de su cabeza, hasta la saciedad, con gran pesadez, porque él lo ansía, que ella venga y lo libere de esto.

Algo le tira del ángulo de visión. Él mira: un alzamiento, algo propio de la estación estival. Se acerca rápidamente para ver. Igual que la columna de vapor del pitorro de una tetera, las hormigas se alzan desde el agujero de arena de su nido. Se pone en cuclillas, con la barriga suavemente aplastada detrás de las rodillas, y observa con concentración el hormiguero de cuerpos negros centelleantes que trepan hacia la superficie, alzando sus pesadas alas transparentes, emprendiendo el vuelo. Levanta la vista hacia las que ya flotan en el aire. Casi todas se mantienen unidas, una nube de ellas se canaliza y se comba por el viento. Vuelan más allá de los límites. Él se pone de pie y las sigue todo lo lejos que puede.

Se dispersan a lo largo de la línea, descamándose en el aire nítido.

Algunas aterrizan sobre los árboles. Él se queda al lado de una, en la fresca fragancia a madera de su sombra, y observa a una hormiga solitaria caminar a lo largo de una hoja. Una brisa vuelca su plataforma, pero ella se adhiere. Muchas hojas brillan a contraluz, el verde vivo y dulce. Se cita a sí mismo entre dientes: «Las hojas de la Eternidad son cosas simples».

Las hormigas lo sobrevuelan, prosiguen más allá. Él no puede seguir las más. Como una compuerta que se abre a un canal, con el agua cayendo en picado, retorna su intensa furia. Se pega contra un árbol, baja la vista y ve las raíces que se adentran en la tierra. Las manos del almirante. Él mismo las tiene durante un segundo, gruesas, de dedos nudosos, retorcidos, entumecidos. Sacude sus manos y desaparecen. Reaparecen a sus pies, y se agarran. El doloroso entumecimiento se eleva, se le solidifican las piernas, una dura corteza las envuelve, subiendo poco a poco. Levanta los brazos. Se resquebrajan y se parten y se extienden hacia la luz. La corteza le cubre los labios, le cubre los ojos. Se va quedando ciego y vomita hojas y brotes. Se estira anhelante hacia arriba, hacia el aire, menguando, rajándose, haciéndose cada vez más fino, hasta puntas con vida, hasta nervios. El viento se mueve agonizante a través de él. No puede hablar.

En el desierto del mundo.

El doctor Allen se sentía muy a gusto en aquella compañía. Thomas Rawnsley lo había invitado a asistir a una reunión informal de los industriales de la zona, hombres dinámicos y joviales, ambiciosos y arteros. Comieron ternera y la espuma especiada de manzanas asadas. Bebieron cerveza. Una leve llovizna rociaba pétalos de agua contra las ventanas. Se fumaba en pipa. Rawnsley resultó ser un hombre muy distinto con bebida en las venas. Su exterior poco espontáneo se hacía pedazos y emergía infantil y nervioso, rubicundo, torpe y chillón. Alardeó de su nuevo conocido ante la reducida multitud y le imploró que se explayara acerca de su proyecto, a lo que Matthew Allen accedió de buena gana. Se ganó la aprobación de los allí presentes al hablar de su enorme fortuna por contar con el bosque a su

disposición, con los carboneros para transformarlo en combustible útil y su propia imaginación para convertir la madera en absolutamente cualquier cosa. El curtido y la construcción naval eran ya ocupaciones anticuadas. Lo nuevo estaba en sus manos. Sentado en el centro, Matthew Allen sintió que los aventajaba holgadamente, dotado como estaba en tantos ámbitos, tan erudito y un escritor ya publicado en los campos de la química y la demencia. Se vio reflejado en sus sonrisas, en sus miradas de interés. Por un instante oyó la voz de su padre en la suya propia, perorando entre los sandemanianos. Al acabar su descripción del piroglifo hubo incluso aplausos. Rawnsley cogió la jarra y derramó más cerveza en su vaso.

Alfred Tennyson caminó para relajar la sangre. Había pasado el día hundido en el desánimo. La palabra *hundido* era la justa, el ánimo débil, oscuro, encenagado, estancado; olía a lecho de río, a sí mismo. No había logrado ningún verso nuevo. Los poemas yacían desperdigados, medio formados y desvalidos, los insectos zumbaban en el jardín, una mosca estampó su cara pequeña y dura contra los cristales de la ventana. Allí sentado, había fumado tanto y tan copiosamente que se le había llenado de humo su estúpida cabeza, su corazón palpitante, sus extremidades temblonas y huecas. A lo lejos oyó los rítmicos golpes de los leñadores entre los árboles en plena faena.

Puede que el doctor le sirviese de consuelo. Aquel hombre siempre rebosaba energía, aflujo, interés.

Pasó entre los lunáticos cansados y subió el sendero que llevaba a la casa del doctor. Sonó la campana y al darse la vuelta observó a un loco estremecerse y hablar solo hasta que la puerta se abrió. Un criado la había abierto, pero enseguida llegó el doctor corriendo hacia él, con la mano tendida. Tomó la mano de Tennyson, de mayor tamaño que la suya, y la estrechó con afecto, dándole palmaditas en el hombro mientras lo invitaba a pasar.

—Es fantástico que se haya pasado por aquí —comentó—. Entre, entre.

Tennyson le entregó al criado el sombrero y la capa. El doctor lo guio hacia el interior.

La señora Allen lo recibió en el vestíbulo. Desde una puerta, la hija más pequeña cambió de rumbo y se aferró a las faldas de su madre.

–Cuánto me alegro de verlo de nuevo –dijo Eliza–. Venga, por favor, pase al salón.

Desde aquella habitación dio comienzo la música. Hannah lo había oído llegar y había salido corriendo hacia el piano, con las mejillas recién pellizcadas, para que la descubriesen accidentalmente tocando una sonata de Clementi. Se trastabilló con una frase en el momento en que entraban en la sala, y el rostro le empezó a arder. Abigail corrió hasta su lado, topándose con un suave golpe contra el banco, y se puso a tintinear con las notas más altas. Sin atreverse a levantar la cabeza –seguía en su papel de haber sido descubierta por accidente– Hannah empujó a Abigail con el brazo para apartarla. La niña se tropezó; su madre atrapó sus brazos lanzados al aire.

–Ay, lo siento. –Hannah se levantó.

–No, no, estabas tocando de maravilla. –Su madre sonrió.

–Señor Tennyson –dijo Hannah–, cuánto me alegro de verlo de nuevo.

–De repente recordó que debía ser cauta: ¿le había hablado a su padre de su visita solitaria hacía ya algún tiempo? No vio ninguna señal de que así fuese. Tal vez lo supiese y no le importase. Fuera como fuese, su padre se mostraba en uno de sus estados de ánimo entusiastas, afrontándolo todo de frente, con gusto, con movimientos amplios y rápidos. Parecía encantado de habérsela encontrado en el salón; lucía la sonrisa afectuosa y de ojos pequeños propia del orgullo paterno. Ella formaba parte de sus logros. En beneficio de sus propios deseos, su padre alardearía de ella ante su invitado.

–Precioso, Hannah –la felicitó su padre–. ¿Tocarías algo más para nosotros?

–¿Seguro que...?

–Claro que sí.

Tennyson emitió un ruido bronco de asentimiento.

–Alfred, por favor, tome asiento.

–Ordenaré que traigan el té –musitó Eliza y se marchó.

Hannah se negó a enfrentarse a la mirada de su madre; sentía cómo le agujijoneaba en la frente. Se sentó de nuevo y comenzó otra de las sonatas,

pero enseguida se puso a pensar en lo que estaba ocurriendo, en quién estaba escuchando: el tempo se vino abajo, las notas repiquetearon unas sobre otras. Se gritó a sí misma, dentro de su mente, que tenía que mantener la calma, tocar como de costumbre, e incluso a pesar de sentir el sudor picándole en el labio superior, recuperó el control. Aminoró el ritmo durante las frases melodiosas, las sostuvo para que las admiraran. Siguió tocando, y sólo cometió algún error más cuando su madre regresó a la sala con Fulton y Dora, y cuando Tennyson encendió su pipa. También era difícil presentar su mejor semblante posible mientras se concentraba y era consciente de que su rostro se había enrojecido con aquellas manchas horribles que le salían. Durante los últimos compases llegó el té. Interpretó las cadencias finales con gran vehemencia y distancia, luego se puso de pie, débil e indefensa, con la cara resbalosa por el sudor.

–Maravilloso –la felicitó su padre.

–Muy elocuente –añadió Tennyson.

–¿Eso cree?

Él asintió, exhalando humo por la nariz.

–Por supuesto.

Aquella palabra la atravesó apasionadamente. ¡Elocuente! Y viniendo de un poeta. ¡Debía de haberlo conmovido por dentro! Se sentó entre ellos con aire triunfal y se miró los dedos acalorados mientras Tennyson expresaba su opinión: todas las jóvenes damas deberían tener dotes musicales, era algo que alegraba el hogar. Le preguntó a Eliza si ella también tocaba.

–No tanto como antes, con tantas cosas de las que ocuparme. Dora también toca.

–Ah, sí –intervino bruscamente Matthew–. Y pronto alegrará su propio hogar. Dora se casa dentro de, ¿cuánto?, tan sólo un par de semanas. Alfred, espero que nos conceda el honor de acompañarnos durante la boda. La celebración será aquí mismo.

–Pues sí. ¿Por qué no? –Tennyson se giró por cortesía hacia la silenciosa Dora–. Sería un verdadero honor.

Qué maravilla, una familia animada y feliz. Era un placer para él estar entre ellos. Era la vida tal como había que vivirla, nada que ver con la suya,

tan estancada que casi no podría llamarse vida.

La boda, pensó Hannah, sería el momento ideal. ¿Qué otro día podía ser mejor ni más propicio? ¡Iba a ocurrir! Prácticamente lo había anunciado él mismo. Con su música elocuente, Hannah alegraría su hogar.

Tomaron el té mientras continuaba la conversación, ligera, jovial y sin reservas. Tennyson dio buena cuenta de una sorprendente cantidad de bollitos tostados de fruta seca y, para cierta consternación de Hannah, volvió a encender la pipa mientras masticaba.

En cuanto terminó el té, Matthew anunció:

–Damas, si nos disculpan. Alfred, quizá quiera acompañarme a mi estudio. Hay algo que mucho me gustaría que usted viese. Fulton, tú también.

–Por supuesto –accedió Tennyson, y, junto con su anfitrión, se levantó y dedicó una reverencia a las damas.

–Adiós –se despidió Hannah.

–Adiós –respondió él–. Y, una vez más, gracias por tocar para nosotros.

Con un brazo extendido en curva, Matthew Allen rodeó despacio los hombros de Tennyson y lo guio hacia la puerta. Fulton los siguió, satisfecho de haber sido invitado a dejar atrás a las mujeres, que eran irrelevantes.

–Verá, puede que recuerde una conversación que mantuvimos hace ya algún tiempo –comenzó Allen, cerrando suavemente la puerta de su estudio con ellos dentro–; en ella le expresé mi deseo de ampliar el alcance de mis actividades una vez más.

–En efecto, lo recuerdo. Una conversación de lo más agradable.

Allen sonrió.

–Pues creo que he recibido la inspiración para justo esta clase de idea, una que es absolutamente oportuna para este momento, con unas perspectivas verdaderamente excepcionales. Fulton, ¿podrías traerme los dibujos que hay en mi escritorio? –Allen cogió una muestra de un mineral, lanzándola y atrapándola mientras hablaba–. Estos son mis diseños. Estoy convencido de que representan lo mejor del pensamiento actual en estos ámbitos y de que, aunque no es mi intención halagarme a mí mismo, podrían representar un avance muy significativo. Sin duda el proyecto está muy por delante de cualquier cosa que esté funcionando en estos momentos.

–Todo esto me resulta fascinante –dijo Tennyson, incorporándose en su asiento al recibir los pliegos que Fulton le entregaba. Miró con detenimiento el primero–. Se trata de una máquina.

–En efecto. Una máquina –Allen repitió la palabra como si hubiese llegado a adorarla–. Una máquina. Una maquina inventada por mí.

–El piroglifo –leyó Tennyson–. Un retazo de griego. Marca de fuego. ¿Para marcar qué?

–Madera. Es una talladora de madera –saltó Fulton.

Su padre controló su interrupción con una mirada.

–Exacto. Una máquina para tallar madera. Un piroglifo. Mire. –Allen se quedó de pie junto a la silla de Tennyson y le indicó el funcionamiento con su fragmento de roca–. Esto es una trazadora. Sigue el diseño de una pieza tallada a mano por un maestro artesano. Este brazo lo conecta con una taladradora que talla el diseño idéntico en un trozo nuevo de madera que está fijado en esta bandeja. La talla del artesano se reproduce de forma tan exacta que después resulta imposible diferenciar el original de la copia. Mire en este pliego, algunos diseños. –Tennyson bajó la vista a una página llena de volutas, diamantes, cruces, huevos y flechas, rostros angelicales–. ¿Las implicaciones de esto? Bueno, tan sólo piense en ellas, piense en todos los hogares de nuestras ciudades en expansión que no pueden permitirse las obras de los artesanos del gremio, y que ahora pueden disponer de ejemplares imposibles de distinguir. Existe, no lo olvidemos, un engrandecimiento moral que acompaña a la convivencia con el diseño exquisito, en madera. Conecta a las personas con el mundo natural y con la historia de Inglaterra. Y piense en todas las nuevas iglesias que tampoco pueden permitirse pagar a cuadrillas de artesanos para que las decoren...

Tennyson sintió que Allen le estaba contagiando su arrebatado de elocuencia. El entusiasmo del médico era verdaderamente galvánico.

–Fulton, ¿nos disculpas un instante? –El muchacho miró a su padre como si quisiera comprobar que hablaba en serio, y después, en silencio, se marchó.

Este era el momento de que Matthew actuara, la maniobra crucial. Parecía tener a Tennyson en un estado receptivo.

–Verá –comenzó de nuevo–, el proyecto se encuentra en un estado muy

avanzado de realización. Dentro de poco invertiré todos mis ahorros en la construcción del piroglifo y en la compra de su motor. Sin embargo, eso aún deja sin cubrir una cierta suma de capital necesario para los materiales, las instalaciones, etcétera. –Tennyson no pareció revelar ningún tipo de consternación ante el giro que la conversación estaba tomando. Allen siguió adelante–. Por lo tanto, tengo la esperanza de que usted se plantee invertir en el proyecto junto conmigo. Ya he seleccionado la ubicación. De hecho, todo está preparado y listo para echar a andar.

–Suenan de lo más convincente –comentó Tennyson–. Qué duda cabe de que el mercado existe. Las ciudades...

–Ah, estoy totalmente seguro de que el mercado existe.

–Y da la casualidad de que cuento con dinero. Todos nosotros. Una herencia de mi padre. –Dinero que podía ser un activo en este lugar, fluir por el mundo, regresar aumentado. Tennyson podía asociarse con el doctor y él mismo convertirse en un hombre de empresa, de energía.

–Bueno, pues le pediría sinceramente que lo considerase.

–Considérela considerado.

–¿Quiere usted decir...?

–Doctor Allen, me encantaría adquirir una participación del piroglifo. –Tennyson tendió la mano. Allen la tomó y la sostuvo con languidez, olvidándose de estrecharla a causa de la emoción.

–Es fantástico. Absolutamente fantástico. Estoy... Estoy realmente encantado. Entonces ¿le parece que estudiemos ciertas sumas?

Mary tenía la boca cansada. Notaba como si llevase hablando días, semanas, la saliva se le espesaba hasta volverse pastosa, la lengua siempre arriba y abajo para difundir la Palabra. Había perdido la capacidad de dormir. A lo sumo, experimentaba una fugaz mancha negra en las profundidades de la noche antes de desvelarse de nuevo, ya rezando y hablando. Mientras caminaba, el mundo se abombaba ante ella, cercano y concreto, lleno de señales. Caminaba dentro de su túnel luminoso de persona a persona, de alma a alma. Ahora la conducía hasta el estanque donde estaba John.

John estaba de pie y miraba fijamente desde arriba el borde de cieno cada vez más ancho donde, por el calor, el estanque se había encogido en sí mismo. Un fuerte olor al agua densa y verde, un hedor sexual. Parecía aceitosa, de color rana. Estaba a punto de agacharse para comprobar a través de sus reflejos si se veían las criaturas que vivían en su interior cuando sintió una mano en el hombro.

–Buenos días –dijo ella.

–Sí –respondió él–. ¿Sí? ¿Quién es?

–Me llamo Mary.

–No puede ser.

–Es mi nombre, me lo puso un ángel del Señor.

–Sí, pero pareces... supongo que lo somos... más viejos. No pudimos huir de aquello, ¿verdad? –Él extendió la mano y le tocó la cara–. Ay –dijo él–. Ay. –Mary sonrió. Había captado su atención. Veía que él estaba preparado. El contacto era profundo y sincero–. Sabía que vendrías –añadió.

–Claro.

–Qué delgada estás.

–Tengo algo que decirle –le anunció ella.

–Vámonos de aquí, donde nadie nos vea. Podemos escondernos, vivir libres juntos.

–Escuche...

–¡Ay! –gritó él, y la sobresaltó–. ¿Por qué has tardado tanto?

–Es la voluntad de Dios –respondió ella–. No debemos cuestionarla.

–Sí, sí. Pero ha sido muy duro.

Ella vio las lágrimas en sus ojos.

–Ahora estoy aquí.

–¡Ay! –gritó él de nuevo. Le cogió una mano y se la llevó a la cara, para consolarse–. Vamos –añadió–. Antes de que nos encuentren.

Sin soltarle la mano se la llevó lejos de allí. Detestaba acosarla y agredirla, pero aquello era tan apremiante, puede que no les quedase ningún tiempo. Tiró de ella, que lo siguió, alejándola de la casa, hacia el jardín amurallado donde tiraban la hierba cortada y abandonaban los desechos vegetales para convertirlos en abono. Allí la agarró entre los brazos y la

aplastó contra sí. Ella accedió. Sintió la sed en su alma. Había sido enviada para ayudarlo.

–Ha sido el Señor quien me ha enviado –le explicó.

–Sí, sí. Tiene que ser.

Las manos de él la buscaban ahora por la espalda, por el pelo, los hombros, las nalgas.

–No –fue la reacción de ella–. No, no.

–Sí. Por fin. Ahora estamos juntos. Esto es lo correcto.

¿Era lo correcto? ¿Era un sacrificio que ella tenía que hacer, la penitencia de la vida con su marido que regresaba de nuevo hasta ella? Deseaba ser enteramente un instrumento del Señor. ¿Era esta la forma?

El ardor de aquel hombre era incontenible. Se vio tumbada boca arriba sobre la hierba húmeda, sobre su aroma a dulce podredumbre. John le levantó la falda, le dio un tirón de las bragas. Al fin y al cabo su cuerpo pertenecía al mundo. Decaería, se pudriría. Cerró los ojos. Su Observador Silencioso velaba.

John se desabrochó los botones. La besó en la cara, en el ojo, en el hueso duro de la mejilla. Rebuscó y encontró el lugar.

–Mary. Mary.

Ella fruncía todo el rostro apretado con fuerza, en una mueca, sintiendo cómo la cara de él chocaba con la suya, las lágrimas de él cayendo sobre sus mejillas.

Él siguió meciéndose sobre las sensaciones palpitantes, aspirando la hierba, con el día dorado descansando suavemente sobre su espalda. Presionó para entrar. Estaba mayor, su barriga creaba una barrera blanda entre ambos, y los huesos de ella eran muy afilados. Empujó dentro de ella hasta que se desató dentro de él, el relámpago que se bifurcó en aquella oscuridad, ramificándose y propagándose. Lloriqueó y la abrazó contra sí.

–Mary –gimió, y se quitó de encima de ella.

Ella intentó levantarse, pero él seguía agarrándola, sujetándola, y ella cedió, apretando su cara contra él, hurgando en la oscuridad de su cuello. La cabeza de él apoyada con fuerza contra la hierba húmeda que olía a almizcle. Sentía el calor de las lágrimas de ella, que caían sobre él. El pelo de ella

cubría el rostro de John, su boca. Él levantó la mirada. Unas imperfecciones transparentes circulaban dentro de su campo de visión. Dos moscas zumbaban, enzarzadas en una pelea. Los vencejos chillaban en lo alto, en las gloriosas alturas estivales.

–Mary –dijo él de nuevo en su felicidad, cerrando lentamente los ojos.

El dinero de Tennyson fue rápidamente depositado, se alquiló el local, se encargó la madera de roble, lima y carpe, y el piroglifo comenzó a construirse. Matthew Allen se paseaba entre los taladros chirriantes del lugar donde estaba naciendo, disfrutaba de todo el poder desgarrador de la fabricación. Ya había experimentado antes la euforia de las ideas nuevas, ideas que habían alterado la forma de su vida, lo habían establecido en el mundo, pero nunca antes había visto cómo se construía una idea, cómo cobraba cuerpo en el espacio, ensamblada a martillazos.

Contrató a dos hombres: uno delgado de dedos largos y competentes y yemas tan grandes que sus manos parecían las patas de un ave acuática, y otro cuadrado de ojos claros y lentos; ambos antiguos tallistas artesanos para fabricantes de armarios, y ambos poco habladores. El hombre cuadrado flexionó las manos, mirándolas fijamente, y preguntó por la ausencia de aprendices de un modo que mostraba su disconformidad. El doctor Allen le aseguró que poner en funcionamiento el piroglifo no requeriría formar a nadie a ese nivel ni, por suerte, la misma cantidad de mano de obra. Una vez que hubiesen tallado los patrones, el trabajo sería ligero y llevadero. Acordaron su fecha de incorporación al puesto y Allen se quedó solo en su taller vacío, disfrutando de la tensa convexidad de su silencio, contemplando el motor Maudsley, aún por encender. Tantas cosas estaban a punto de ocurrir. Cerró con llave el local y se fue a casa a seguir diseñando nuevos anuncios.

La capacidad de inmersión de Matthew Allen era prodigiosa. Como un mamífero marino, se hundía en su nuevo elemento durante horas. Emergía en la superficie, enérgico, alegre y hambriento, y después se sumergía de nuevo. Fulton intentaba seguirlo –después de todo se trataba de un trabajo que

acabaría compartiendo y heredando—, pero a menudo no lograba dar con él. A Eliza de vez en cuando le fastidiaba que aquello tuviese lugar tan cerca en el tiempo de la boda, pero no se quejaba; sabía que no le serviría de nada y de todas formas ella sola se bastaba.

La fortaleza imperturbable y el control parsimonioso de William Stockdale animaron a Allen a concederle cada vez más control sobre la gestión cotidiana del manicomio, especialmente en Leopard's Hill Lodge. Admiraba, por ejemplo, cómo Stockdale se ocupaba de John Clare, que ahora venía caminando hacia ellos por el largo pasillo.

Stockdale bajó la vista hacia el campesino desorientado, que intentó fijar la mirada en él con sus ojos pálidos. Les explicó quién era, Shakespeare, y que hablaba siete lenguas. Alardeó de ello y luego, de repente, se enfadó.

—¿Dónde está Mary? —preguntó—. ¿Qué le han hecho? Vino a buscarme y ahora ha desaparecido.

—John, John, espere —lo interrumpió Matthew Allen—. Mary no ha estado aquí. La desea tanto que se lo ha imaginado. ¿Lo entiende?

John se volvió hacia él sin que su rostro denotase entendimiento alguno.

—No me lo imaginé. Era demasiado real. Era real. ¿Qué le han hecho?

—No le hemos hecho nada —respondió Stockdale—. No ha estado aquí. —Se le acercó, lo agarró por el hombro—. No ha estado aquí. ¿Lo oye? ¿Lo oye?

—No me...

Stockdale lo sacudió con delicadeza.

—No ha estado aquí. No ha estado aquí. ¿Lo oye?

—Yo...

—¿Lo ve? Sí que lo entiende.

—Suélteme.

—Sí que lo entiende.

—Lo entiendo.

Más tarde, Stockdale le confió:

—No es la fuerza, sino un efecto físico. Es capaz de dominar su atención, doctor.

En casa, Allen se abalanzó sobre la pequeña Abigail y la levantó en brazos, mientras le mordisqueaba la barriga. Ella pateó exultante. Después la devolvió al suelo.

–¡Uf! –exclamó–. Te estás haciendo demasiado grande para estas cosas. Veamos, queridas –se dirigió a su esposa y a sus hijas–. Se han encargado vestidos nuevos, como pedisteis. Llegarán mañana, tengo entendido, con tiempo de sobra antes de la boda.

–¿Ah, sí? –Hannah tragó para paliar el dolor de garganta–. ¿Qué se ha encargado?

–Estoy seguro de que serán de vuestro gusto. Vuestra madre hizo la selección, a partir de unas revistas.

–Eso es, yo la hice –confirmó Eliza.

Hannah esperaba fervientemente que su vestido fuese del tono adecuado, algo con cierto aire crepuscular, con distancia y poesía. Volvió a tragar. Tenía la garganta inflamada. Una sequedad rasposa no dejaba de abrirse paso en su interior y tuvo que tragar para aliviarla. Se notaba los huesos pesados, también la vista. Miró a su alrededor girándose despacio. Se estaba poniendo enferma. Estaría enferma para la boda. En el momento en que lo admitió, estornudó y después gimió; la cabeza le retumbó.

Dora la miró con desaprobación.

–Espero que no estés planeando ponerte enferma para mi boda. Deberías marcharte, Hannah. Ninguno de nosotros puede permitirse que nos lo contagies.

–Podrían haber sido Arthur y Emily quienes fueran a casarse. Si entornas los ojos casi parecen ellos. Él tiene la misma frente, en mi opinión.

–Declaraciones en el salón amarillo –contestó Septimus.

–Y después él se habría convertido en nuestro hermano. Amados y amantes.

–Podría haber sido. Habría sido. Ya basta con el condicional. Sólo lo posible ocurre.

–¿Sólo lo posible ocurre? ¿Puede eso ser cierto?

–Lo tomas o lo dejas. ¿Qué cambia?

–No lo soporto, ya lo sabes, hay momentos en que... no lo soporto.

–Ya. –Septimus se quedó en silencio y esperó el momento de profundidad para difuminarse y dispersarse. Después, cuando sus pensamientos pasaron página, añadió con dulzura–: Él era muy bueno para ella, sin duda, la sacó de su lecho de enferma.

–Y ahora ella se casará con ese guardiamarina charlatán. Cómo ha podido caer tan bajo.

–¿Estás haciendo de Hamlet? Arthur era maravilloso. Era poco probable que nuestra hermana encontrase de nuevo a alguien igual de maravilloso. No ha sido así.

–Estás siendo muy racional.

–Estoy demasiado cansado para ser otra cosa.

Los dos Tennyson, vino en mano, saludaron con una reverencia a unos invitados recién llegados. Hannah los observó hacerlo. Estaba enferma. De pie con su vestido nuevo y almidonado, de un azul demasiado vivo, le dolían las rodillas y los codos, se secaba el sudor de la frente y el labio superior con un pañuelo de encaje. A su alrededor, los asistentes a la boda se movían de acá para allá y hablaban sin cesar. Se quedó mirando con descaro a Dora y a James, sentados a su mesita con su tarta especiada y su vino, recibiendo las felicitaciones de los invitados, que estaban de pie. A Hannah le pareció una posición humillante, agravada por lo inapropiado de los tirabuzones que lucía Dora. Los habían dejado al margen de la fiesta. Todos los demás sabían lo que debían hacer y tenían libertad para disfrutar del momento. Pero ellos no reían ni se les veía en absoluto contentos. Sólo hablaban cuando les hablaban. No se cogían de la mano. Hannah se volvió hacia Annabella para comentárselo, pero en su lugar se encontró con su tío Oswald y su esposa menuda y castaña.

–Buen día –la saludó él–. Tu padre ha logrado hacer de esto un espléndido acontecimiento.

Hannah tragó y respondió.

–Sin duda. –Oía la risa ruidosa de su padre de fondo, su risa pública, teatral y rítmica, que no se parecía en nada al sonido de su diversión genuina.

–El vino es excelente –comentó Oswald, alzando su reluciente copa de madeira. Enferma como estaba, Hannah observó absorta su oscilante color rubí. Él la bajó de nuevo.

–Bueno, ya conoce a padre –dijo ella.

–Sí, lo conozco. No ha escatimado en gastos.

–El vestido es precioso –dijo la señora Allen, acercando la mano para tocar la voluminosa manga almidonada de Hannah.

–Gracias. –Hannah se secó de nuevo la frente con el pañuelo.

–¿No te sientes bien? –preguntó Oswald.

–No del todo.

–Tu padre debería haberme dicho algo. Te habría traído algún tónico.

–Ay, Annabella, aquí estás.

–Sí, aquí estoy.

–Tío Oswald, permítame que le presente a mi amiga Annabella. Annabella, estos son mi tío y mi tía.

–Encantada de conocerlos –respondió Annabella haciendo una reverencia.

–Igualmente –respondió Oswald inclinándose. Su mujer bajó la cabeza ligeramente mientras sorbía.

–Si nos disculpa, tío.

–Por supuesto.

Hannah y Annabella se alejaron cogidas del brazo.

–Me siento fatal –confesó Hannah.

–Estás muy caliente.

–El sol brilla hoy demasiado.

–Pero ¿está él aquí?

Hannah intentó escudriñar el rostro entusiasta de su amiga, pero su vestido blanco despedía tal volumen de luz radiante que fue demasiado para ella. Se pasó el pañuelo por la cara.

–Sí. ¿No lo has visto con su hermano? Son mucho más altos que el resto de los invitados.

–¿Cuál de los dos es él?

–¿Cómo? Él es él. El más guapo. El pelo.

–Ah, sí. Es moreno, como me dijiste.

Hannah sintió una punzada de miedo por lo que tenía que hacer y casi se sintió demasiado débil para soportarlo. Era ahora, era hoy, en este lugar, cuando hablaría con él. Tenía que reunir las fuerzas para hacerlo.

–¿Nos acercamos a donde están ellos? –preguntó Annabella.

–Supongo –respondió Hannah, pero la salvó la llegada de su padre, que asió y alzó a un lado la mano de Annabella, admirándola con una sonrisa.

–Estás preciosa –dijo él–. Tienes que venir a saludar al resto de invitados. Creo que más o menos han venido todos. Los Carlyle han presentado sus excusas, pero ya está. Ven. Tú también, Hannah.

Hannah los siguió. Se fijó en donde estaba él sin mirarlo directamente, igual que un animal sabe dónde está el granjero.

El boxeador Byron oyó las voces y fue renqueando hacia ellas con su dolorido pie zambo. Los vio, vio lo que estaban haciendo, una farsa del amor vivo. Veía a la pareja, unidos como villanos por las duras ataduras de la ley, sentados entre las personas que le habían arrebatado a Mary. Aceleró el paso hacia ellos, levantando el hombro al cojear.

Vio que había vigilantes entre Fairmead House y el jardín, para mantenerlo alejado, así que se quedó a cierta distancia y los observó, a la espera de que alguno se distrajese. Una niña pequeña fue corriendo hasta uno de ellos y le dio un trozo de pastel. El hombre la siguió unos cuantos metros. Byron se apresuró a colarse por el hueco.

Se abrió paso a empujones entre la gente que iba de acá para allá y buscó al doctor, de viva voz. El doctor se presentó ante él.

–¿Dónde está Mary? –le preguntó.

–John –respondió el doctor–, no debería estar aquí.

–¿Dónde está Mary?

–No es el momento ni el lugar. Tendrá que marcharse. Es la boda de mi hija. –Con un gesto llamó a un vigilante.

–¿Su hija? Y la mía es Vicky, su reina. ¿Qué tiene usted que decirme ante eso? Le exijo obediencia.

–John, tiene que marcharse.

–¿Quién me obliga? Obedézcame. ¿Dónde está Mary?

–John...

Byron vio el no rotundo en el rostro del doctor, la puerta cerrada, e intentó propinarle un puñetazo. Falló. El doctor dio un paso adelante e intentó agarrarle los brazos al poeta, pegados a los costados, mientras la gente no dejaba de mirar. Byron logró soltarse de un brazo. Del plato de alguien agarró un trozo de tarta y presa de la ira lo aplastó, las grosellas y la masa dulce le chorrearon entre los dedos. Intentó lanzar el resto de la tarta contra la cara del doctor y restregarle los dedos por su expresión de suficiencia. El doctor cerró los ojos y se inclinó hacia atrás. En ese momento se abalanzó sobre ellos William Stockdale. Agarró los brazos de Byron y por un instante lo levantó totalmente del suelo. Después lo bajó y le pegó un tirón de un brazo para colocárselo detrás de la espalda, retorciéndole los huesos.

–Por favor, lléveselo.

–Con mucho gusto, doctor.

–A Leopard’s Hill Lodge... Se está deteriorando cada vez más...

–Estirándose la ropa, se volvió hacia sus invitados, evitando la dura mirada de Dora–. No hay nada que temer –declaró–. Nada que temer.

Charles Seymour permanecía algo apartado con la seguridad en sí mismo que confiere la categoría. Se recostó en cuanto pasó la conmoción, con la cabeza ladeada, agitando en espiral el vino de su copa con despreocupación y sonriendo levemente al resto de invitados. A Hannah la envió su padre, quien con asiduidad había cortejado su presencia, a hablar con él. A Annabella también la animó a conversar con el joven heredero. Ella sin duda, le aseguró él con burda galantería, podría cautivarlo. Hannah estaba molesta. No había logrado hablar con Tennyson y los minutos se iban consumiendo poco a poco. Además, ya casi ni siquiera se sentía fresca o atractiva. Debía de parecer empapada, pálida, medio ciega, toqueteándose todo el rato con el pañuelo y torciendo la vista. En ese momento, mientras avanzaban en dirección a Charles Seymour, Tennyson pasó cerca de ellas, y Hannah, cayendo ahora en el cráter del momento, lo llamó:

–Señor Tennyson.

–Ah, sí –respondió él–. Buen día.

Annabella apretó el brazo de Hannah, y lo hizo de nuevo hasta que su

amiga reaccionó.

–Permítame que le presente a mi amiga –anunció Hannah–. La señorita Annabella Simpson. El señor Alfred Tennyson.

Annabella hizo una reverencia con toda su gracia y elegancia, bajando la barbilla al descender y luego alzando el semblante al erguirse, sonriendo con dulzura.

–Cómo no –respondió Tennyson, y adelantó el rostro para acercarlo al de ella y verlo con más claridad. Resopló con una risa violenta. Luego con la cabeza bien alta preguntó–: ¿Y qué suerte de criatura es usted: ninfa o driada?

Annabella soltó una risita.

–Me temo que soy una simple mortal.

–A juzgar por su aspecto, me pareció indicado preguntar. Bonito día, ¿no?

Cómo no, cómo no. Hannah se secó la frente. Dejó que continuasen charlando un instante más, y luego le pellizcó el brazo a Annabella. Annabella se giró, miró a los ojos rojos de su amiga y comprendió.

–Si me disculpan –se excusó–, he de ir a hablar con la señora Allen. Aún no lo he hecho. Debe de pensar que soy terriblemente grosera.

–Faltaría más –respondió Tennyson con una reverencia.

Hannah sonrió. Se acabó, lo sabía. Ya se había acabado. El fracaso estaba fuera de su cuerpo. Ya estaba allí, en el día verde y soleado. Y siempre había estado allí. En cada pensamiento que había tenido sobre él, o detrás de dicho pensamiento, estaba el vacío, la vacuidad, la certeza de que se equivocaba, de que no era verdad, de que no ocurriría. El darse cuenta le llegó como una gran liberación. Las semanas y los meses de plegarias y esperanza de repente la abandonaron. Podía decir cualquier cosa y sus palabras no serían más que aire, vanas como una fragancia. Qué más daba decir la verdad. Aunque sudorosa y débil, se sentía serena. El mundo era sutil a su alrededor, luminoso y gastado, y expresó en voz alta lo que realmente pensaba.

–Señor Tennyson.

–¿Sí?

–Desde hace ya algún tiempo deseo decirle algo, saber algo.

–¿Es eso cierto?

–Lo es. Verá, he desarrollado una gran admiración por usted. Bueno, es algo más que eso. Me he quedado prendada de usted, tal vez esa sea la palabra. Y albergaba la esperanza de que esta admiración fuese mutua, que tal vez usted pudiese considerarme como una posible esposa, una esposa plausible. –Se rio de su propia expresión.

–Entiendo.

–Sí. Es absurdo, ¿verdad? No debería haberle dicho nada. No es nada convencional, pero luego pensé que usted no es convencional. Además, tengo fiebre.

–Entiendo.

Se quedaron allí quietos, con la gente moviéndose a su alrededor. Tennyson no dijo nada durante un buen rato. Irradió su denso y familiar silencio y luego dijo:

–Me siento muy honrado, por supuesto...

–Por supuesto. –Hannah se echó a reír.

–Pero...

–Por favor no se sienta obligado a acabar la frase. He sido de lo más pesada. Ahora si me disculpa. Lo lamento mucho.

Hannah sonrió, se dio la vuelta y entró corriendo en la casa para vomitar.

Annabella la encontró cuando más tarde regresó al jardín.

–¿Bien?

–No, bien no.

–Sinceramente, creo que algún día te alegrarás. Lo que quiero decir es, ¿son así de sucios todos los poetas? ¿Le has visto las orejas?

–No me fijé precisamente en sus orejas.

–Mejor para ti. Míralo de este modo.

–Ay, lo haré. ¿Quién quiere casarse con unas orejas así?

Aquella irreverencia era típica de Annabella y a Hannah no le molestó en aquel momento, aunque más tarde volvería a darle vueltas al asunto. A Annabella su belleza le servía de fachada; detrás de ella era desleal, satírica y nadie lo sabía.

–¿Ninfa o dríada? –intentó imitar su acento de Lincolnshire–. ¿Ninfa o dríada?

Póstumamente a la esperanza, Hannah se sintió totalmente vacía excepto por el bullir de sus náuseas. El único esfuerzo que aún tenía que hacer era asegurarse de estar siempre donde Tennyson no estaba. Y pronto el día acabaría. Los días terminaban, como todo lo demás. Charló con otros invitados haciéndolo lo mejor que pudo y permitió que le besara su húmeda mano, previa presentación de su padre, Thomas Rawnsley, vestido con vivos colores, quien fabricaba máquinas o lo que fuera además de montones de dinero. No fue hasta más tarde, ya sola en su cama, cuando lloró y lloró.

—¡Pst!

Eliza levantó la vista de sus cuentas domésticas.

—¿En qué puedo ayudarte?

—¡Chist! —Matthew se llevó un dedo a los labios, luego le hizo un gesto curvando el dedo para que lo siguiera y salió.

Eliza sopló sobre el papel lleno de tinta y fue tras él, lo encontró merodeando a mitad de camino al doblar la esquina del vestíbulo. Al verla, él siguió adelante. Ella se echó a reír, y se apresuró a seguirlo.

—¿Adónde me llevas? —le preguntó.

Él se agachó para esconderse. Cuando ella dobló la esquina, él se levantó, hizo una pirueta y le indicó con un gesto que continuase.

—Bobo. —Ella fue detrás, riendo mientras él se alejaba danzando.

La casa estaba vacía, se habían marchado todos los invitados de la boda. Él la condujo por todo el edificio hasta dejarla sin resuello, y luego por fin se detuvo junto a la puerta de su estudio.

—¿Tendrías la bondad de pasar? —Él sonrió. Sus bigotes le conferían un aire pícaro.

—Con mucho gusto —susurró ella.

Él le abrió la puerta y ella entró. Vio de inmediato lo que él quería mostrarle.

—¿Qué es?

—Ajá —respondió él—. En efecto, ¿qué es?

Eliza se fijó en la caja que había en el suelo.

–Cuando llegó pensé que era uno de los regalos de boda.

–En ese caso te equivocabas. ¿No te parece precioso?

Allí estaba, sobre su escritorio, una máquina de metal con tres pies curvos, un vástago, un barril con una manivela y muchos brazos radiales que se ramificaban en ángulo recto en vástagos más finos rematados por esferas de distintos colores, algunas rodeadas por una corola de esferas diminutas sobre vástagos independientes.

–Es un planetario mecánico.

–¿Cuerpos celestes? –preguntó ella.

–Eso es. Con el sol ahí, en el centro.

–Es hermoso. ¿Ha sido muy caro?

–Qué pregunta más vulgar. Ven aquí, querida, y gira esta manivela.

–¿No lo romperé?

–No temas. Los cielos están a tus órdenes.

Se colocó detrás de ella y la agarró por la cintura, caliente tras la persecución por toda la casa. Eliza asió la manivela y la accionó. El mecanismo se puso en movimiento con una hermosa fluidez gelatinosa. De izquierda a derecha los planetas giraron con sus lunas danzando a su alrededor mientras la gran bola metálica del sol permanecía inmóvil, adorada, reflejando la luz de la lámpara.

–¿Cuál es el que tiene todas esas lunas?

–Júpiter.

–Qué listo eres.

–Muchísimo. Una barbaridad. –Matthew la besó en el cuello.

El día era luminoso y tenso. Una brisa silbaba contra los árboles. La nube alta y blanca era arrastrada sobre el azul. Podía oler el polvo quemado del camino. No había habido represalias, aún no, por su pecado, ni garras abalanzándose sobre ella, ni vergüenza. Ella actuaba conforme a Su voluntad. Aún quedaba trabajo por hacer. El exorcismo estaba alcanzando su clímax. Cerró los ojos y rezó.

–Demasiado asustada para mirar, ¿verdad? –dijo una voz.

Mary abrió los ojos y vio a quien había estado esperando: Clara, la bruja. Mary le dio las gracias a Dios por enviársela.

–No tengo miedo de nada. Es usted la que teme. Allá donde mire...
–empezó a decir Mary.

Clara rio entre dientes y le respondió:

–Es una mentirosa. Puedo hacerle cosas.

–No, no puede. Soy invulnerable porque...

–Sí que puedo. Cosas terribles. No podría imaginárselas.

–Estoy sola en un manicomio. No tengo nada más que Su protección.
¿Qué puede hacer usted? Usted ha...

–¿Cree que esto es lo peor? ¿Cree que esto es lo peor que hay?

–Sé que hay cosas peores. Lo he vivido. Como la mayoría de nosotros.
He pasado horas...

–Pero a usted la protege ser la puta del Cristo judío. –Clara volvió a reír entre dientes.

–A usted también la ama Dios. Su amor no tiene límite. Es más grande que este mundo. Este mundo es tan diminuto...

–Me meo en él.

–Sigue ahí. Hasta después de que se mee en él, seguirá lleno de generosidad, radiante...

–¿Por qué no me lo enseña? ¿Por qué no viene conmigo? Hay una cosa que quiero enseñarle. Si es capaz de soportarlo.

–Usted no me puede enseñar nada.

–Entonces venga y mírelo usted misma. Vamos.

Clara comenzó a alejarse caminando, con el pelo agitándose por encima del hombro. Mary se detuvo tan sólo una milésima de segundo, luego la siguió. La muerte no podía arrebatarse nada de valor, así que ¿qué podía hacerle Clara?

Simon se acercó a Clara al trote para preguntarle adónde iba. La agarró por el hombro. Ella se zafó de un tirón de su mano y se dio la vuelta para enfrentarse a él.

–Pero ¿adónde no...? –empezó a decir él.

–Vamos al lugar –le susurró–. No puedes venir.

–No... –mugió él.

–No puedes venir.

Simon sabía que no debía intentar desobedecerla. Se llevó un dedo a los labios y dio un paso atrás.

Clara condujo a Mary hasta la verja. Peter Wilkins se despertó en su asiento, se echó el sombrero hacia atrás sobre la cabeza y les abrió la verja con su llave.

Enseguida se alejaron del sendero. Clara iba pisando las zarzas, y la luz rota parpadeaba sobre ella. Volaban cosas. El bosque emitía sus pequeños sonidos al comer.

–Un poco más lejos –dijo Clara.

Un claro de tierra removida. En él había algo.

–Aquí. Mírelo bien.

–Usted habita en la oscuridad y no es necesario. La luz es abundante y rebusca dentro de cada parte de usted. La ama.

–Cierre su bendita boca apestosa. Ahora está en mi sitio. Mírelo bien.

–¿Qué es?

–Tiene poderes.

–No los tiene. No tiene ninguna conexión...

–Cierre el pico y mírelo bien.

Mary dio un paso adelante y bajó la vista. Tenía forma de círculo y era del tamaño aproximado de un plato grande. Era precioso y estaba compuesto de piezas diminutas. En el borde había una valla hecha de palitos. Seguía un patrón repetitivo en espiral a base de plumas, piedras extraordinariamente parecidas, bayas salvajes, alas brillantes de insectos, frutos secos, hojas. En el centro yacía el remolino de la concha de un caracol. Mary levantó la vista hacia Clara, que estaba sonriendo, musitando, aparentemente esperando que algo le sucediese a Mary, que se afligiese, que cambiase de algún modo. Mary volvió a mirarlo y sintió su mirada absorta. Le pareció lamentable, con aquella concha como casa escondite, aquel sueño de hogar, en el centro. Intrincado e inútil.

–Ahora que lo ha visto –le anunció Clara–, el demonio ya está dentro de usted.

–Ningún demonio puede entrar dentro de mí. Me lo dijo un ángel.

–Lo que usted invente es asunto suyo. Ahora espere y verá.

Mary negó con la cabeza. No sintió nada. Tal vez el exorcismo ya hubiese acabado. Clara no era la dueña de ningún demonio. No obstante, para asegurarse, Mary plantó el pie sobre la forma y lo arrastró de un lado a otro. Clara corrió, la empujó para que cayera de espaldas y le clavó las garras. Mary, en un instante de terrible debilidad mental poco cristiana, interpuso las manos para defenderse. Luego sintió placer al ver esas manos mordidas y pisoteadas. Por último, Clara escupió sobre ella y salió corriendo. Mary sintió los tajos ardientes en su rostro. Los árboles oscilaban en paz en lo alto. Se puso de pie y la sangre fresca le corrió por la barbilla. Le cayeron gotas en las manos. Permaneció así y sostuvo las manos hasta que quedaron bañadas de sangre. Se las llevó a la cara y presionó, sus huellas escarlata, y con aire triunfal regresó caminando al manicomio.

Allí se topó con William Stockdale, que le dedicó una mirada de deleite y dijo:

–Vaya, vaya. Creo que el doctor tendrá que ocuparse de esto. Es hora, en mi opinión, de que pase una temporadita a mi disposición en Leopard's Hill Lodge.

OTOÑO

–Escucha, escucha, sacaremos un penique o dos, ¿qué? Los viejos tiempos, nada. Sigo conociendo el gusto del público tan bien como siempre.

Se quedó mirándolo, mirando dentro de él, pero en los ojos de John veía que no era John quien se asomaba, o lo era sólo por milésimas de segundo, cuando se percibía a sí mismo visto y desviaba la mirada. John hablaba muy rápido. En medio de su rostro hinchado, su boca estaba seca y sus labios abultados, su aliento sucio.

Hay un doctor frasco ruin, que trapichea con orín
Guardián de prisiones reales con su botiquín
Un hombre tan grande como el duque de Turín
Y casi sólo en Londres ven al muy pillín
Un tal Allen, curalocas, experto en esplín,
Sifilíticas como Flora atiende un sinfín
El camino nuevo por el bosque es el correcto
Hacia el rojo infierno y luego el blanco y recto.

Quería salir de aquella celda. Era una pesadilla, sólo una pesadilla: su viejo amigo loco farfullaba y reía mientras leía de un cuaderno grasiento. Era como estar poseso. Y el aire era rancio. Y llegaban ruidos de otras cámaras.

Infiernos terrestres o casas de locos o lo que sea
Donde los hombres son presos y las mujeres violadas
Tantas veces he visto paisajes sucios como esta aldea
Tantas veces he visto monedas gastadas y prodigadas
Con las que antros y doctores se costean
Y también vi las cuentas de un granuja trucadas
Hasta que su buena intención empezó a flaquear

La muerte pasó factura y la soga no hizo sino ahogar.

John Taylor regresaba de Leopard's Hill Lodge junto a Eliza Allen bajo los árboles fragmentándose. Finos charcos se escindían bajo sus pies. Las hojas fluían cayendo a su alrededor.

–Las profecías de una sibila –dijo él. Estaba molesto por lo que había visto, por las vidas menguantes de sus amigos. Aquella noción clásica sirvió para sellar su ánimo y lo alivió levemente.

–¿Disculpe?

–Una sibila, una profetisa –le explicó él–. Escribía sus profecías en hojas y dejaba que el viento las esparciera, que las leyese quien pudiera. Ahora dedico mi tiempo a estudiar la Antigüedad, sobre todo Egipto, las pirámides y demás.

–Ya veo. Debería contárselo a mi marido. Estoy segura de que le interesaría. Pero, dígame, ¿cómo ha encontrado al señor Clare? –le preguntó ella.

–No lo he visto bien –respondió–. Estaba... agitado. No dejaba de preguntarme por su amor de la infancia, Mary. No tuve el valor de anunciarle que ha muerto. Por otro lado... tendría hasta su gracia si no fuese la señal de un sufrimiento terriblemente atroz; pareciera por momentos tener la impresión de ser Lord Nelson.

–Ah. Según me cuentan, otras veces es Byron.

–Eso resulta más lógico. Está reescribiendo uno de los poemas de Byron. También criticó con mucha violencia, de hecho con obscenidad, este lugar y a su marido, de quien dice que últimamente apenas ve. Me mostró parte del poema «Don Juan», en el que expresa dichos pareceres. ¿Cuánto tiempo lleva allí dentro, en vez de en Fairmead House?

–No estoy del todo segura. Más de un mes. Hay muchos pacientes que cuando es necesario pasan un tiempo allí y luego regresan. Y en cuanto a mi marido, es poco probable que John Clare lo haya visto, pues está muy ocupado con la manufactura maderera.

–Supongo que usted no lo conoció en todo su esplendor. Sólo ha tenido

oportunidad de verlo trastornado.

–Estoy acostumbrada a ver a las personas trastornadas.

–Pues tendría que haberlo visto como yo lo conocí.

–Su inteligencia sigue siendo evidente.

–De su inteligencia no estoy tan seguro. Quiero decir, sin duda cuenta con mucha y siempre fue muy perspicaz en cuanto a las personas. Pero en la cima de sus facultades, de su inspiración, era algo digno de contemplar. Carecía de retórica. Carecía de forma y empleaba muchas palabras poco conocidas de su propio dialecto. Pero la tierra viva, el mundo que conocía..., si me permite la formulación desmesurada, cantaba por boca de él. Inglaterra cantaba por boca de él, su naturaleza viva y eterna. Miles y miles de versos, y todos ellos frescos, visuales, melódicos, reales. Era puro genio, sin lugar a dudas. Cómo puede destruirse ese poder, pregunta él, a sabiendas de que no hay respuesta. Discúlpeme, tan sólo quería recordarlo un instante en aquel entonces. Usted me hablaba, ¿no es así?, de la manufactura de su marido.

–Sí, la máquina de tallar.

–Ah, eso es. El piroglifo. Un magnífico nombre griego que habría agradado a las sibilas: la marca del fuego. Me escribió para exponerme el asunto. Por desgracia, no me encuentro en condiciones de invertir por el momento. Entonces, él está totalmente concentrado en ese tema, ¿verdad?

–Sí, poniendo toda la carne en el asador, como acostumbra. Lo que no significa que esté desatendiendo el manicomio.

–¿Y cómo está usted, señora Allen? Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que la vi.

John Taylor tenía un cierto encanto seco, recordó Eliza, apropiado para un literato, un soltero, un erudito. Lo asociaba a habitaciones refinadas y bien conservadas. En su silencio limpio se imaginó que no se oiría más que el garabateo de una pluma o el sonido impaciente y sereno de las páginas al cortarse.

–Desde que traje usted a John.

–No, hace más, querida. Aquella vez sólo vi a su marido. Y a su hijo. ¿Podría ser? No, fue cuando publiqué el libro de su marido. Hace ya unos años.

Eliza sonrió. John Taylor contempló su cara, que envejecía gradualmente, hermosa bajo los destellos de luz del otoño.

–Y ¿usted está bien? –inquirió él.

–Lo estoy. Prosperamos, me imagino. Todos gozamos de salud. Dora se ha casado y no vive demasiado lejos. Luego está la talla de madera.

–¿Su esposo no la estará descuidando por eso?

–No, no. Ambos tenemos mucho que hacer, imagino. Debe venir ahora mismo a verlo.

–Sí que debo, sí. Tengo que saldar las cuentas de John.

–Tenemos huéspedes a los que quizá le gustaría conocer. Tal vez ya los conozca. ¿Ha oído hablar del poeta Alfred Tennyson?

–Me temo que la poesía ya no es tanto de mi interés, pero sí que he oído hablar de él. Está aquí, ¿verdad? Mucho me temo que las críticas lo han maltratado un poco. No se han tornado más amables desde que mi pobre Keats las sufriera en sus propias carnes. Espero que no lo hayan machacado. ¿Es uno de los pacientes?

–No, no. Su hermano. Un melancólico. De hecho, la familia está de visita; son un buen grupo. No, Alfred es propenso a los accesos, según tengo entendido, pero no está perturbado.

Se desviaron del sendero en dirección a Fairmead House. Encontraron al grupo tomando el té. Matthew Allen estaba de pie, con la taza en la mano, explayándose ante una comitiva cuyos miembros eran todos más jóvenes que él, mujeres en su mayoría, dos de las cuales examinaban un trozo de madera. Interrumpió el discurso al ver al editor, saludándolo con la mirada mientras acababa la frase.

–Señor Taylor, cuánto gusto. Siéntese, por favor. Fulton.

Fulton, obedientemente, se puso de pie para ceder su propio asiento.

–Oh, no. Me temo que no puedo quedarme. Así que tú eres Fulton. Has crecido.

–Gracias –respondió Fulton, y bajó la mirada, avergonzado por la estupidez de su respuesta.

–Permítame que le presente. John Taylor, estos son los Tennyson.

–Parte de ellos –farfulló uno.

–De Alfred Tennyson puede que haya oído hablar. Alfred, este es John Taylor, el que fuera editor de Keats, Hazlitt, Lamb e incluso de nuestro desventurado señor Clare, y, supongo que he de confesarlo, también de una de mis obras sobre la clasificación de los dementes.

–He oído hablar de usted –le confirmó Taylor a Tennyson, que se había levantado para estrecharle la mano–. Lo han denominado *cockney*, lo sé, y lo han comparado a Keats.

–Tengo poco de *cockney*, siendo como soy de Lincolnshire, pero me acusan de una sensualidad y una indolencia similares, en opinión de ellos. Me hacen un honor demasiado grande, si acaso fueron conscientes. Es un honor, cómo no, estrechar la mano de un amigo de Keats.

–El honor fue mío al conocerlo.

Alfred Tennyson era alto y moreno, de largas extremidades, rostro color bronce de boca ancha y manos grandes. Taylor, al compararlo con su amigo muerto, vio en él una languidez distinta, una especie de soltura cansada en torno a su presencia que era diferente a Keats, pero tenían un algo parecido, el silencio grávido, quizá. Pero no la rapidez de Keats, su rabia precipitada.

–Usted publica con Murray, ¿verdad? Son una editorial muy buena. Espero que siga usted creando. No debe permitir que las revistas lo desanimen en modo alguno. La de ellas es una forma bárbara de entretenimiento de cafetín. La de usted es infinitamente más elevada.

Tennyson oyó la voz de una generación más anciana en aquel «cafetín». Recibía de buen gusto los ánimos de este hombre decano que había conocido a verdaderos poetas.

–Le agradezco sus palabras. Creo que no me detendrán. No estoy capacitado para ninguna otra cosa. ¿Sigue usted publicando poesía?

–No, me temo que no lograría obtener beneficios. El gusto del público ha pasado a obras útiles y a novelas en prosa, como sabe. Pero la poesía sobrevivirá. La civilización nunca ha existido sin ella. –A Taylor le llamó la atención el destello de una tetera de plata brillante con un diseño de moda. Era evidente que lo que Eliza Allen le había contado era cierto: prosperaban–. No dará beneficios, pero sobrevivirá. Al menos ese es nuestro deseo. Por cierto, hablando de beneficios, doctor Allen, ¿podría concederme un minuto

de su tiempo?

–Cómo no.

–Encantado de conocerlos –se despidió Taylor, haciendo una reverencia a la visita.

Tennyson lo observó marcharse. Un hombre pequeño, no especialmente inteligente, con un rostro cansado y amable, pero un amigo de los inmortales, un superviviente de la poesía.

Con la esperanza destrozada y marchita, y unas inesperadas lágrimas no imposibles, Hannah había intentado que no le gustasen los Tennyson –no habría aparecido por allí si padre no hubiese insistido–, pero no lo había logrado. Las damas eran inteligentes y distinguidas, de una personalidad fuerte y expresiva, en particular la bella hermana mayor, Matilda, capaz de hacerle sombra incluso a Annabella. Su fascinación se vio reforzada por el hecho de que caminase con una lenta cojera semicircular. Y cuando hablaban de su hogar, sonaba como el cálido refugio con el que ella siempre había soñado, lleno de libros y animales y juegos inventados, sin ningún paciente ni ningún negocio a la vista. A Abigail también le había gustado lo que había oído, sobre todo la idea de tener un mono como mascota y un gran perro que tirase de madre en un carruaje. Enseguida le había pedido un mono a papá, que se había negado entre risas, como si la idea fuese ridícula e incluso implanteable. Eran muchos y entre todos podrían cuidar del mono. Sería divertido. Hannah intentó no mirar a Tennyson. Lo había declarado culpable de indiferencia y también de la susceptibilidad ante Annabella que afectaba hasta a las personas más estúpidas, pero no era capaz, claro está, de apagar por completo sus sentimientos hacia él. El desdén se retorció dolorosamente con el anhelo. Miró al mantel. Bebió su té a sorbos.

Matthew Allen regresó junto a sus invitados con el dinero de Taylor guardado a buen recaudo en su escritorio. Le gustaba manejar dinero, tanto como poseerlo, pero su placer más potente y secreto era el riesgo. Había una fuerza contenida en el hecho de tener cosas en juego que parecía cargarle a uno las extremidades de energía y hacía el posible triunfo final más intenso de lo que podía llegar a imaginarse. Este sueño había sido la causa de sus primeros encarcelamientos en el pasado, pero mírenlo ahora, con sus

edificios, sus pacientes, su distinguida reputación y los encargos de madera tallada a máquina, que ya se empezaban a acumular. Sostuvo la tetera nueva encima de la taza y vertió un arco largo y musical. Antes de que la velada tocara a su fin había logrado que el resto de los Tennyson invirtiera, todos excepto Septimus, a cuyos nervios había que evitarles la tensión de la aventura capital.

John sintió la calidez de una mano sobre su hombro. Conocía su tacto, su peso.

–¡Patty! –exclamó, dándose la vuelta.

–Pensé que estabas totalmente solo –dijo ella–. Está oscuro en tu habitación, ¿no?

–Está oscuro. Estoy solo. Sólo ese ventanuco diminuto. Estrellas y nubes, nunca un pájaro ni nada vivo. En el infierno. Estoy solo en el infierno, Patty. De noche, a oscuras, las puertas se abren. Pasan cosas.

–Chist, ya. ¿No quieres que te cuente nada de tus hijos?

Patty se sentó a su lado sobre el catre duro y agrio y atrajo la cabeza de John sobre su hombro, una mujer fuerte y reconfortante. Sus serenos dedos pesados le sostenían la frente. Lo atrajo hacia el olor a ella. Él deslizó un brazo en torno a la suave curva de su vientre y se aferró a la tela al otro lado de su cintura.

–Los niños están bien –dijo él–. Lo sé. Son libres. John, de carpintero en el ferrocarril. Charles, de empleado para aquel abogado. Anna Maria a punto de casarse. Quiero irme a casa.

–¿Por qué quieres venir a casa? Allí la gente tampoco es libre.

–No están encerrados. No viven en una cárcel.

Ella negó con la cabeza.

–La tierra está vallada. No se puede cruzar nada a pie. Nos tienen atrapados en estrechas veredas. Las tierras comunes tienen propietario. Están echando a los pobres, a los gitanos también.

–El hombre rico es un tirano y nosotros estamos presos. A nadie le importan los pobres. Queman los almiarés y se amotinan. Nada.

Deportaciones. Han convertido todo un continente en una cárcel para ellos.

–Aquí estás más seguro.

–No, no lo estoy. De noche...

–Chist. Hay alguien aquí que quiere verte.

Mary se acercó a la cama.

–¡Tú! Pero ¿cómo has entrado? ¿A través de las paredes?

–¿Qué son las paredes?

John se echó a reír.

–Eres inocente y no lo sabes.

Mientras Patty lo sujetaba, Mary se aproximó, la hermosa niña, apenas más alta de pie que él sentado, y lo besó, una escama de oro que cayó girando en su mente.

–Siéntate a mi lado –la invitó él–. Siéntate a mi lado. Eso es, aquí estamos.

Entre las dos mujeres estaba John, con las manos enlazadas con las de ellas y apoyadas en su regazo, unidas.

–Estamos juntos –dijo él.

El flujo entre ellas, encendiendo sonrisas de la una a la otra, sus miradas tocándose, hasta que John notó una cálida gota sobre la mano derecha. Sangre, ramificándose de inmediato por los minúsculos canales de su piel. Alzó la vista, vio la pequeña herida bajo el ojo izquierdo de Mary.

–Ay –dijo él.

–¿Por qué me lo hiciste? –preguntó ella–. Yo siempre fui tierna.

–Era un niño –protestó él–. No era mi intención. Estabas tan guapa en el huerto. Quería tocarte. Me sentía tan lejos. Por eso te lancé la avellana.

–Mira. Se me ha curado la cara. –El corte se cerró mientras él miraba. La piel de ella recobró su superficie plácida como el agua.

–Es hermoso.

Mary le devolvió la sonrisa durante un largo instante. Le sostenía la mirada. Irradiaba amor.

–¿Echas de menos a tu hermana? –le preguntó ella.

John sintió cómo el rostro se le desfiguraba.

–Sí –respondió él–. Y nadie me pregunta nunca. –Le dolía todo el

costado, congelado, erosionado por el viento invernal, al descubierto.

–Ellos no saben de su existencia. Ella apenas brilló en este mundo. Tú no la conociste.

–Era un bebé, mi gemela. ¿Adónde fue?

–Al ataúd de un hombre rico –le explicó Patty–. Murió antes del bautizo. La hundieron a escondidas en tierra sagrada.

–Entonces está a salvo. Pero ella habría estado aquí. Nos habríamos querido tanto.

–Eso es lo que dices –terció Patty–, pero fuiste un niño solitario, fantasioso y reservado.

–¡Porque ella no estaba!

–Aquí la tienes –dijo Mary, y le puso en las manos un bebé dormido. Los ojos cerrados color púrpura, los puños cerrados, una nariz chata que respiraba, un suave remolino de pelo. El peso cálido de su cabeza descansaba en su palma izquierda.

–Esta es ella –dijo él–. Esta es mi hermana.

Levantó la mirada hacia Mary y Patty, incrédulo, superado. Cuando volvió a bajarla, sostenía en las manos el nido de un pájaro. No reconoció de qué tipo, pese a que los conocía todos porque recogía sus huevos. Era liviano, mullido, bien entretejido. Tampoco reconoció los huevos. Había cuatro.

–Ya estamos todos –dijo Patty–. Mejor ahora.

Los huevos eran blancos como la porcelana de hueso. Relucían, delicados y naturales, apoyados ligeramente unos sobre otros.

–Ya estamos –dijo él. Alzó el nido y los huevos rodaron con el movimiento irregular y retardado con el que lo hacían cuando contenían polluelos–. Ya está.

–Es en esta pieza de aquí donde está el problema.

–En este bastidor.

Asintió de aquella forma suya, lenta y exasperante, y no dijo nada más, por lo que Matthew Allen se vio obligado a preguntar:

–Y entonces ¿qué es lo que le pasa?

–Al estar hecha de madera, incluso dentro del bastidor de hierro, es blanda, demasiado blanda. No la sujeta firme, y entonces, al quedar holgada...

Matthew miró de nuevo el producto. La talla estaba garabateada, no eran más que arañazos histéricos y tajos desiguales. Se había perdido el dibujo limpio y profundo. La contempló y en su rabia sintió la potencia que la habría mordido y tallado a la perfección, la voluntad que empujaba y embestía en su interior.

–Y todas salen así.

Otra vez aquel lento parpadeo.

–¿Y?

–Es por esta pieza de aquí. Todas van a salir *asín*. Claro, que podría acabarlas a mano, arreglarlas.

–No, no, no. Está claro que no es así como vamos a continuar. De lo que se trata, de lo que todo el proyecto trata es de que el tallado de la madera sea mecánico.

Lo terrorífico del riesgo era que, al mismo tiempo que cargaba de energía a Matthew Allen y lo hacía flotar hacia el futuro con una violenta euforia que sabía a deleite, al mismo tiempo que lo insuflaba en todo momento de la percepción de su propio potencial y poder, si fallaba, si fallaba, toda esa energía a raudales simplemente se estrellaba como un carruaje en una zanja y no quedaba nada, nada más que la humillación, las deudas, la cárcel, y todo lo que él había desafiado sería lo único que le quedaba. Ese era el riesgo. Lanzó el tablón al otro lado de la habitación con una fuerza tan repentina que su empleado saltó hacia atrás y, como una anciana nerviosa, se llevó la mano al corazón palpitante.

–¡Me cago en el demonio! –Se serenó, pasándose las manos por la barba—. Entonces hay que volver a fabricar en acero esta pieza de la máquina. Eso es todo. Los encargos se retrasarán. Pero no hay otra alternativa. Muy bien. Muy bien. Me pondré a ello ipso facto.

–¿Y yo qué hago? Puedo acabar unas cuantas a mano.

–No, no. ¿Qué le dije? No, váyase a casa con su esposa.

El hombre sonrió con picardía.

–No tengo esposa.

–Pues entonces cámbiese de ropa y salga a buscar una.

–Ah, ya he tenido quien se interese por mí. ¿Cobraré de todas formas?

–Sí –dijo Allen entre dientes–. Ahora váyase. Aquí se suspende la actividad como mínimo durante dos semanas, imagino. Ya le avisaré.

Mientras regresaba a pie desde Woodford a High Beach, Matthew Allen redactó mentalmente la carta que le enviaría a sus clientes, con una excusa tan convincente y unas afirmaciones tan elegantemente formuladas sobre la trascendencia histórica de la empresa, acompañadas de la verdad irrefutable que afirmaba que las revoluciones no se hacen en un día, que cuando Thomas Rawnsley apareció a caballo a su lado, ya había recobrado el ánimo. Saludó al joven como a un colega fabricante. Incluso hizo alusión a las dificultades del día y Rawnsley, que conocía todo lo relacionado con aquellas vicisitudes técnicas, le presentó alegremente sus condolencias. Preguntado por Allen, Rawnsley le reveló que de hecho se dirigía a la residencia del doctor para hacerles una visita imprevista. Deseaba obsequiarles con unas manzanas de su jardín. ¿Encontraría a su esposa y a su hija en casa?

Desde su ventana, Hannah veía a Charles Seymour merodeando fuera de los terrenos, agitando en el aire su bastón. El aburrimiento, una frustración cuerda, una continua rabia contenida: Hannah pensó que parecía un amigo, alguien con una vida tan vacía y penosa como la suya. Estaba claro que necesitaba compañía. Bajó las escaleras a su encuentro. A estas alturas ya no importaba; podía encontrarse con quien gustase, y estaba muy aburrida.

Cuando se acercó, él levantó la mano para saludarla con el sombrero, pero descubrió que no lo llevaba puesto. Sonrió y, en su lugar, imitó el gesto. Hannah bajó la vista por un instante hacia los zapatos de él, y sonrió también.

–Buenos días tenga usted –dijo él.

–Buenos días.

Levantó la vista de nuevo y lo miró. Tenía una espumosa capa de pelo rubio y un rostro liso y barbilampiño que se coloreaba al viento.

–Hace frío hoy –dijo él.

–En efecto. El viento viene del Norte. Mi padre dice que agrava a los pacientes.

–Pero su mantón parece cálido.

–Lo es.

Que él imaginase su estado físico era agradable. Era caballeroso, aristocrático, adoptar aquella familiaridad tutelar con las personas. Era obvio, era aristócrata. Ser su esposa significaría ascender en sociedad y obtener seguridad. Una idea absurda, y ella no pensaba en aquello para sí misma. Y él era apasionado. Hannah sabía que él estaba allí en su sano juicio, contra su voluntad y por la insistencia de su familia, que quería liberarlo de un amor insensato. Así que a ambos les habían negado el amor.

–Hoy me siento desanimado –dijo él, cortando el aire de nuevo con su bastón, en un tono que insinuaba que podría confiarle cualquier cosa, que era sincero y directo–. Debo admitirlo. Primero porque he acabado el libro que estaba leyendo. Aunque, de todas formas, no es que fuese increíblemente interesante.

–Mi padre tiene una biblioteca. Estoy segura de que le permitiría hacer uso de ella. Y yo tengo bastantes libros.

–Vaya, es un detalle por su parte. Su padre nos tiene surtidos con una biblioteca, pero tiende más bien a lo devoto. –Se dio un golpecito en las botas con el bastón, como poniéndose en guardia para jugar al cricket–. Si puedo ser brutalmente sincero, no soy un gran consumidor de literatura. Creo que lo único que busco es un poco de distracción.

–Podríamos dar un paseo. –propuso Hannah. Él levantó la vista hacia ella, quien, para disipar el efecto, añadió de inmediato–: Algún día.

–Confío en que no salga a pasear con cualquier viejo lunático. No estoy loco, usted lo sabe.

–Sí, lo sé.

–Hmm. Se aburre como una ostra, ¿verdad?

–Pues...

–Buenas tardes. Bien hallados. –La voz de su padre. La habían descubierto. Y junto a su padre estaba el joven Rawnsley.

Charles respondió por ambos.

–Buenas tardes tengan ustedes. Soy Charles Seymour –se presentó, tendiéndole la mano a Rawnsley.

–Thomas Rawnsley.

Matthew Allen les sonrió a los tres, a su hija y al acaudalado vestigio feudal, que había sido demasiado estúpido para invertir en el piroglifo, que saludaba al enérgico industrial. Rawnsley se inclinó ante Hannah. Ella reparó en su intento de que sus miradas se cruzaran al hacerlo. Había una pesadez de intenciones en sus ojos, inquisitiva. Ella desconocía el significado de aquello y se preguntó si los demás se habrían dado cuenta, pero no dieron señal alguna de ello. Charles Seymour continuó la conversación.

–Su hija me acaba de sugerir... –El corazón de Hannah dio un bote... que tal vez usted tendría la amabilidad de permitirme hacer uso de su biblioteca. No me vendría mal algo de entretenimiento.

A Matthew Allen aquello le pareció típico.

–Entretenimiento, cómo no –respondió–, e instrucción. Será un placer.

El peso idéntico de oscuridad.

Era una fuente. De ella fluía aquella época. Él mismo fluía de ella, un joven, un niño en realidad, lo que había sido cuando se despertó en esta precisa oscuridad.

Emprendió el camino hasta aquel entonces, hasta aquella época, un muchacho bajo las estrellas con la emoción latiendo en su interior. Ven, dulce Primavera, etérea templanza, ven. Se tropezó con el surco de un carro, que se aferró a su bota. Le dolía la cabeza, pero sin dolor; la intensa esperanza hizo ligeros los huesos de su cabeza, evidente el cráneo bajo la fina piel. Quería gritar y cantar, pero tenía que actuar en secreto.

En la oscuridad de los establos, los caballos rezongaban y se movían de un lado a otro. John les habló con suavidad. Les pasaba sin cesar una mano tranquilizadora por el costado mientras caminaba entre ellos, y luego amansaba sus cabezas contra la suya para lanzarles los cabestros y colocárselos. En esta época del año los caballos tenían que salir temprano

para pastar hasta llenarse antes de que las moscas se despertasen para torturarles los ojos y la piel convulsa.

Los condujo hasta fuera, se tropezaban en silencio tras él. Tiraban en dirección contraria, luego obedecieron mientras los guiaba hacia un campo distinto donde el otro muchacho se ganaba sus medios peniques vigilando a otros dos caballos. Mientras les desataba los cabestros, John llamó al otro muchacho en la oscuridad.

–Por aquí –respondió.

John se acercó a paso rápido y le entregó los cabestros a Tom.

–Y lo que prometiste –le exigió.

John los llevaba preparados en el pañuelo, separados del resto.

–Un penique por vigilarlos y otro por no contarlos –aclaró Tom.

–¿Adónde vas?

–Estaré de vuelta antes de que tengan que regresar.

–Pero ¿adónde?

–A Stamford. No importa.

–A una tienda, ¿no? A comprar lazos para una muchacha, ¿no?

Al oír que los caballos ya mordisqueaban la hierba, John se puso en marcha hacia la ciudad. Ven, dulce Primavera, etérea suavidad, ven. Y de las entrañas de aquella nube que cae, mientras la música se despierta en derredor, velada en una lluvia de rosas que oscurecen, sobre nuestras llanuras, descende. Ahí era donde él se dirigía. No sabía por qué, pero la primera vez que leyó aquellas palabras, en el ejemplar destrozado de las *Seasons* de Thomson que el tejedor que estaba de paso le había dejado ver, su corazón había trinado de alegría. Sobre nuestras llanuras, descende. El tejedor se había reído de su éxtasis, de su repentina falta de aliento. El tejedor era metodista, y los himnos de Wesley le merecían una opinión muy superior a los bucólicos pentámetros de Thomson. Su ejemplar sólo recogía la mitad de «Autumn». Todo «Winter» había desaparecido pedacito a pedacito. John deseaba con todo su ser poseer su propio volumen. Importunó constantemente a su padre para pedirle dinero y acumuló sus propios peniques hasta reunir por fin la suma suficiente.

La librería estaba vacía, las persianas bajadas. John se sentó a esperar en

el centro desierto de Stamford sin quitarle ojo, oyendo a un perro ladrar. Merodeó como un ladrón, con las manos en los bolsillos, las palabras bailándole por los nervios. Ven, dulce primavera. Arrancado y echado a volar desviado de su curso, aún un crío, obsesionado por un puñado de palabras sin saber por qué. Se quedó sentado esperando y casi sintió que debía esconderse cuando el dueño llegó y abrió el local.

Se quedó mirando hasta que el hombre hubo encendido las lámparas, con la luz brotando suavemente al otro lado del escaparate, y luego llamó a la puerta.

–¿Sí? Aún no está abierto.

–Perdón. Lo siento.

–¿Qué pasa, muchacho?

–Tengo que volver, ya ve, a casa. ¿Puede venderme las *Seasons* de Thomson? Tengo el dinero justo ya contado.

–Ah. Vaya. –El hombre miró a su alrededor como si buscara una excusa, pero no dio con ninguna–. Muy bien. Muy bien. Poesía, ¿verdad? Dame entonces el dinero.

–Sí, sí. –John se sacó las monedas del bolsillo y las dejó caer en la mano del hombre.

El dueño, que al cabo de unos años publicaría con beneficios los primeros poemas de John, se puso de pie y las contó despacio mientras John danzaba inquieto, como si necesitara hacer aguas menores.

–Está justo –dijo el hombre. Abrió una caja y dosificó las monedas en sus compartimentos correspondientes; por último, cogió el volumen de una mesa y se lo entregó.

–Gracias –dijo John–. Buenos días tenga usted. Gracias. –Y salió corriendo bajo las notas que salpicaban desde el campanario.

Mientras regresaba caminando a Helpston con el libro en las manos, sin atreverse a abrirlo hasta llegar a un lugar seguro, el alba empezó a rayar, amplia y fríamente deslumbrante y cruda.

Se tumbó y miró por el ventanuco la misma ascensión de luz cada vez más fuerte.

El laberinto de una vida sin salida, los senderos tomados, los lugares

ocupados. Oyó abrirse el cerrojo de la puerta, vio entrar un plato de madera con comida.

Se tumbó en el suelo de su habitación e intentó soportarlo. Los oía a todos, oía a los demonios en este nuevo lugar, chillando mientras se amotinaban en sus huéspedes, pero no había nada que ella pudiera hacer, encerrada en este cuarto nauseabundo. En cualquier caso estaba exhausta, agotada, era un despojo. El contacto de sus dedos no dejaba rastro de brillo.

Yacía en su tumba abierta, a kilómetros de profundidad, con las voces agudas del lugar como tenues nubes muy en lo alto. Se quedó todo lo quieta que pudo. Su corazón mantenía sus odiosos pasos lentos dentro de su pecho. Unas lágrimas cálidas que no aliviaban le rodaban de vez en cuando dentro de los oídos, se detenían, empezaban de nuevo. Movié las manos lo más levemente posible, cerró los dedos un milímetro y sintió crujir las articulaciones. Un acontecimiento: el más mínimo espasmo de las manos como algo asesinado. Se sentía asesinada. Todo parecía final. Estaba cubierta de muerte como si de una densa pasta se tratase. Yacía en el fondo de este pozo, apestando a muerte, sobre madera muerta, encerrada entre muros muertos, pero no moría. Todo era terminal y nada acababa. Dios mantenía Su Presencia lejos de ella. Era inimaginable que fuese de otra forma. La idea le habría arrancado una risa de los labios si hubiese tenido la energía. No había nada más. Tan sólo la luz vacía que se movía por la habitación hasta morir por la noche, y ella sobreviviría otra vez, tendida en la oscuridad. Su Observador Silencioso tenía la mirada perdida hacia arriba, sin decir nada. Ella querría matarse, si tuviese las fuerzas o la libertad para hacerlo, coger su mente podrida y matarla, fundir su oscuridad con la del mundo y esperar la música, los llantos, la corriente de colores sangrientos del día del juicio final. Las lágrimas emitían ruidosos golpes y susurros en sus oídos.

Polly se había portado muy mal. Las flores no se comen, son malas para el hígado, y Polly había estado mordisqueando las flores bordadas de los

cojines, así que había tenido que reñirla y encerrarla en su habitación hasta que aprendiese a comportarse como una señorita, y se acabaron los juegos. Polly estaba sentada en su repisa, con las piernas tiesas, castigada, mirando al infinito. Abigail se marchó y la dejó allí.

Al pasar corriendo, sus botas martillearon los listones de madera del suelo. Su madre la recibió con un:

–¿Quién es este poni que viene trotando?

–¡Soy yo! –respondió Abigail, mientras se dejaba caer sobre las piernas de su madre.

–Muy bien, pues a ver si puedes hacer menos ruido. Y venga, ponte de pie, hija mía.

Abigail notó la mano de su madre sobre su cabeza, con los dedos extendidos con demasiada fuerza sobre su cráneo, y con facilidad Eliza la levantó y la puso derecha. Abigail se quedó allí, apartada, privada de aquel contacto. Levantó la cabeza y miró fijamente a su madre.

–Hija mía, ahora mismo no tengo tiempo.

En breve llegaría un nuevo paciente a quien tendría que recibir ella, dada la ausencia de Matthew, que estaba en la fábrica. Y esa era sólo su preocupación más inmediata. Mientras buscaba el libro de ingresos en el despacho de su marido, Eliza había visto una página con sus cálculos. Si los había entendido correctamente, la inversión era de profundo calado. Habían dejado atrás la tierra firme, y la fundación se dejaba llevar por las olas. Menos mal que su marido era quien era. Ya se había recordado aquello a sí misma otras veces, pero se dio cuenta de que seguía necesitando hacerlo.

Abigail le tendió una mano. Eliza se la agarró, la meció a un lado y a otro y luego la soltó.

–Ve a jugar –le ordenó, y se alejó caminando.

Con un doloroso nudo de tristeza y rabia en su interior, Abigail observó cómo su madre se retiraba. Ella se quedó allí, jadeando hasta que su madre desapareció, y luego salió corriendo de nuevo con sus escandalosas botas.

Uno de los defectos más significativos de Alfred Tennyson, había concluido Hannah, era su falta de conversación. Y no era algo que se pudiese pasar por alto. Había hecho las cosas prácticamente imposibles. La

conversación era uno de los pocos recursos de Hannah. Gracias a ella, era capaz de entablar, establecer y forjar la fuerte afinidad entre, bueno, dos posibles amantes, y sin duda lo había intentado con Tennyson, pero él se había mostrado torpe, indiferente, mudo como un muerto. Tan sólo hubo aquella única ocasión en la que él hizo aquella cosa extraordinaria con la cara y fue afable. El resto del tiempo toda su brillante inteligencia no había provocado más que tenues destellos. La atención de Hannah era una luz que brillaba sobre unas aguas turbias que habían revelado sombrías profundidades internas, pero ella no había visto nada más, nada que alumbrase la esperanza. Además, aunque no fuese piadoso mencionarlo, no se lavaba y sí que olía. Claro que en sus poemas los poetas parecían fascinantes y maravillosos, pero era probable que la realidad fuese distinta. No era justo, en verdad, que no se escribiese tanto de otros tipos de personas.

Ahora bien, Charles Seymour era alguien siempre dispuesto a entablar conversación. Era sociable y abierto, un caballero, y probablemente se sentía solo, con su corazón roto sanando poco a poco. Era evidentemente un hombre inteligente, pero también era cortés y, en mayor medida, una persona disponible. No estaba siempre apartado y encerrado en sí mismo creando poemas para que las revistas los leyesen o los reprobasen.

Hannah estaba sentada en su habitación elaborando una lista de posibles temas de conversación cuando Abigail entró corriendo y se topó con ella. La página decía así:

Caza: la emoción. ¿Cazaba él? La reina Isabel de caza en este bosque.

La joven reina y Lord Melbourne. Virtud y experiencia. ¿La conoce en persona?

La mejor compañía, personas de ideas similares, sin importar su rango.

India.

El declive del gusto por la poesía entre los lectores.

Cuando Abigail irrumpió a la carrera, Hannah cerró su diario y le tendió las manos. Su hermana pequeña se abalanzó entre ellas y chocó con sus rodillas.

–Oooh –dijo Abigail, haciendo una de sus imitaciones de los pacientes, gimiendo y enredando y tirándose el pelo.

–No hagas eso –le ordenó Hannah, cogiéndola por las muñecas–. Y ahora cuéntame, hermanita, ¿de qué gustas hablar?

–De granjas –respondió Abigail.

–¿De verdad? ¿De granjas?

Abigail asintió.

–De granjas. O de regalos.

–Ven aquí –dijo Hannah y, sujetando a Abigail por las acaloradas axilas, la levantó y la sentó sobre una rodilla.

Era peor, peor aún que la ausencia. Su Observador Silencioso miraba afuera desesperado, pero no había ningún lugar adonde ir.

Parecía que había vuelto su marido, o alguien como él, incluso más fuerte y más decidido. Se quedaba de pie mirando cómo ella hacia aguas menores en el orinal y luego empezaba.

A veces eran dos.

Los días se aclaraban y se oscurecían contra la ventana. Era la oscuridad la que lo traía. Ella rezaba. Rezaba con cada pensamiento consciente, todo su ser era un grito que nadie oía, que no conseguía liberarla. La poseían en aquella habitación. Por la noche, no todas las noches, sino de forma impredecible, venían.

Hannah llevaba ya observándolo el tiempo suficiente para conocer sus costumbres, entreviéndolo a través de una estrecha franja vívida entre las cortinas corridas de su dormitorio. Normalmente eran regulares y hoy ella se puso en marcha para cruzarse en su camino. Aguardó en el lugar escogido. Hacía un bonito día. Su pelo luciría bien bajo el sol otoñal, que iluminaba las ramas y el musgo, que formaba tenues charcos dorados entre los árboles. Cerca, un arbusto de acebo repiqueteaba y brillaba cargado de bayas. Se olía un dulce perfume lejano procedente de los carboneros: debían de haber abierto una carbonera y ahora recogían el carbón y lo metían en sacos. Junto al sendero, las moras pendían de los bucles largos y desordenados de la zarza.

Cogió una y se la metió en la boca. Se deshizo en una mancha de sabor, fuerte, fino, en guardia.

Y en ese momento se acercó él, según lo planeado, sombrero en mano, por el sendero. Pero ¿qué hacía ella allí? Él probablemente la había visto allí de pie sin hacer nada. ¿Cómo no había pensado antes en aquello? Aunque inmediatamente le resultó obvio qué debía hacer. Empezó a coger más moras, aplastándolas al arrancarlas con dedos nerviosos y poco delicados. Justo estaba mirando en su dirección cuando lo vio y lo más probable era que él también la hubiese visto. Ahora ella miraba para otro lado como si nada. ¿Qué pensaría él de aquello? Y ella no tenía dónde poner las moras, ningún recipiente, más que su otra mano. Las depositó, magulladas y goteando, en su palma izquierda.

–Buen día –la saludó él, agitando el sombrero.

Ella se dio la vuelta y fingió verlo por primera vez, aunque al exagerar pareció poco convincente.

–Señor Seymour, buen día –respondió ella, e hizo una ligera reverencia.

–¿Cogiendo moras?

–Sí, iba paseando y las vi y pensé...

–Le ruego me disculpe –dijo él. Ella notó las yemas de los dedos de él sobre su piel mientras le cogía una de la mano y se la comía–. Pero no tiene dónde llevarlas.

–Sí, sí que tengo. Quiero decir, sólo recogeré unas cuantas.

–Tenga –dijo ofreciéndole el sombrero.

–Pero se lo van a manchar.

–El forro. Y, de todas formas, ¿qué es un sombrero?

Hannah, intentando responder a la pregunta, se descubrió de repente filosóficamente sin respuesta, con la cabeza llena de sombreros abstractos.

–O espere. Aquí –añadió él, sacándose un pañuelo del bolsillo y extendiéndolo dentro del sombrero.

–Ay, gracias. –Ella soltó el puñado dentro.

–Me gusta este sendero –dijo él.

–¿Ah, sí?

–Hmm. Es uno de los caminos más atractivos, ¿no cree? Esto puede ser

deprimente. Y me gusta huir de vez en cuando de Alfred.

Ella se estremeció al oír aquel nombre.

—¿De quién?

—De mi mozo, mi ayuda de cámara. No soporto tenerlo rondando detrás de mí todo el día, es algo cansino. Cuidado. Échese a un lado.

Extendió los brazos como si ahuyentase a unos gansos, arrimándola al borde del camino. Hannah no había oído el poni que se acercaba detrás de ella. Pasó de largo: fornido, pío, con espolones peludos, sin montura, y con un chiquillo sobre el lomo. El muchacho llevaba las botas sueltas y sin cordones. Se llevó la mano al sombrero. Charles Seymour no reparó en el saludo del gitano. Unos cuantos metros más adelante, el muchacho hizo girar al poni fuera del sendero y comenzó a aparecer y desaparecer entre los árboles.

—Un gitano —dijo Charles Seymour. El sol iluminaba hermosamente su suave pelo rubio—. Suerte que estaba yo aquí.

—¿Usted caza? —preguntó Hannah.

—Sí —contestó él—. ¿Por qué lo pregunta?

—Ah, se me ha venido a la cabeza, bueno, debe de ser tan emocionante, y tal vez lo eche en falta.

—A decir verdad, no es lo que más echo de menos.

El corazón de Hannah dio un vuelco. Incapaz de pensar en nada más que decir e incapaz de visualizar su lista para cambiar de tema y escapar de aquel momento, dijo:

—¿Ataduras sentimentales?

Él levantó las cejas.

—¿Su padre se lo cuenta todo?

—No, no, en absoluto. No se piense eso. Pero, ya ve, no sería usted el primer noble caballero que viene aquí por ese motivo, y es evidente que no es usted un lunático.

—Entiendo. Tal vez me iría mejor si lo fuera —dijo él distraídamente.

—No diga eso. —Ella se estaba entusiasmando en su papel de audaz interlocutora. Entonces le ofreció un valioso consejo—. Creo que todo consiste en tener las cosas claras y ser valiente, hacerse fuerte. Si me permite aportar

mi propia experiencia.

Él abrió los ojos de par en par.

–¿La tiene? –Ella no dijo nada, confundida y ruborizada–. Lo siento –se disculpó él. Bajó la cabeza y reflexionó un instante, después volvió a levantar la vista, inspirando profundamente–. ¿Le gustaría coger algunas más?

–Ay, sí. –Hannah se inclinó hacia delante para hacerlo–. ¿Permanecerá aquí mucho más tiempo? –preguntó ella, dándole la espalda.

–Aún me han de retener aquí una temporada. La familia de ella me cree loco, pero lo que temen, ya ve, es que nos fuguemos.

–Entiendo. Y ¿lo haría?

–Es usted verdaderamente una muchacha extraordinaria, debatiendo tales asuntos a solas con un caballero. Imagino que su situación también es extraordinaria. Hablando con lunáticos todo el día.

–Imagino que sí. Aunque no me parece extraordinaria. Y rara vez hablo con los lunáticos, aunque, a menos que mis... circunstancias cambien, de mí se espera que dentro de poco trabaje junto a mi madre.

–Ojalá eso no ocurra.

–Sí, ojalá.

–Pero para responder a su cuestión, supongo, ya que lo pregunta, que sí... que es difícil crear un hogar sin nada. Ella no tiene nada. A mí me desheredarían. ¿Lo considera algo feo y prosaico? Imagino que sí. En cualquier caso... ¡Buen día!

–¿Cómo dice?

–Buen día.

Hannah se dio la vuelta y vio a otro jinete que se aproximaba: Thomas Rawnsley, a lomos de un zaino bien cepillado, se levantó el sombrero.

–Buenos días tengan ustedes.

–¿Ustedes dos –tartamudeó Hannah– coinciden a menudo?

–No que yo sepa –respondió Rawnsley, mostrando una expresión de confusión cómica.

–Lleva flores –intervino Seymour, propinando unas firmes palmaditas, propias de un jinete, al cuello del caballo.

–En efecto, en efecto –respondió Rawnsley, girándose sobre la montura

para sacarlas de la alforja.

–Rosas –dijo Hannah–. En esta época del año.

–Sí. Son del invernadero de un amigo. Tenga, ¿por qué no se las queda?

–Se las entregó a Hannah. Rosas amarillas, con un perfume frío y fresco, envueltas en papel. Hannah las sostuvo, sin decir nada. Thomas Rawnsley notó que la incomodaban. La tranquilizó–: Pensé que usted se las podía entregar a su madre. Me imagino que podrían alegrar algún rincón. Bueno, no los entretengo más. Buen día.

Al regresar a casa, había una nota para ella. «Querida Hannah, las rosas eran para usted. Espero que no la importune saberlo. Quizá las mire y piense en mí. Respetuosamente, Thomas Rawnsley.»

Lord Byron se despertó. Oyó levantarse el cerrojo de la puerta de su cámara, deslizado de un manotazo. La puerta se abrió de par en par. Se pasó la mano por la boca y se sentó, después se rascó a conciencia a través de la ropa caliente y llena de manchas.

Las luces rebotaban fuera, en el pasillo, por los faroles oscilantes de los criados al abrir otras puertas.

Había que reconocer que Byron no disfrutaba demasiado de estas juergas nocturnas. El revuelo de la euforia a su alrededor agudizaba la sensación de su propia soledad, su aislamiento noble y doloroso. Pero le gustaba salir si se abría su puerta, no sólo porque si no lo hacía por su propia voluntad, un criado volvería, lo agarraría y a punto estaría de lanzarlo escaleras abajo, sino porque le gustaba escabullirse a escondidas y comprobar si también habían abierto la cerradura de la puerta de entrada. Si así fuese, por fin podría escaparse, por fin podría huir hacia la noche.

Los demás pasaban por delante de su puerta arrastrando los pies, hacia las escaleras, gimiendo y con paso pesado. Salió para unirse a ellos. Sus voces eran menos ruidosas que las de aquellos que seguían en sus celdas chillando para que los dejasen salir. Al final de las escaleras, abrían botellas. Un violín, desenvuelto de una manta, fue a parar a las manos de uno que sabía tocar. El propio Lord Byron, que también tocaba, se sintió desairado, pero recordó que

aquí mantenía esta habilidad en secreto, que prefería tocar entre gitanos y hombres libres.

Pasó entre la muchedumbre, y se alejó con cuidado en dirección a la puerta de entrada. Cerrada con llave. Podía oler el frío mundo exterior y se pegó todo lo que pudo a la madera. Una esquirla de aire respiró a través de una grieta hasta su globo ocular. Parpadeó.

–Largo de aquí. –Un manotazo pesado en la espalda–. Mejor bebe, muchacho, vamos, amigote. Pasemos un buen rato, eh. ¿Por quién apuestas esta noche? –Aceptó la botella. La mano amistosa del criado lo agarró por la carne del cuello mientras tragaba un largo fogonazo de licor–. Así se hace, muchacho. –Él le dio otro trago.

–Compañías efímeras –dijo Lord Byron.

–¿Qué dice? –El criado levantó la voz por encima de los chillidos, los aullidos y las súplicas del resto de los jaraneros.

–Compañías efímeras. Solía ir por ahí con ellos en Londres. Días de gloria. Mi reputación en su cénit en aquel entonces.

–¿No me diga?

–Lo das todo. Cantas y cantas. Escribes y abres tu corazón de par en par y al final la multitud te da la espalda, te insulta, te pisotea ese mismo corazón mientras sale corriendo en busca de un nuevo entretenimiento.

El criado no respondió a aquello. Su cabeza miraba para otro lado cuando gritó:

–¡Quietos ahí!

Byron se pasó la mano por los ojos y observó el jaleo de cuerpos. Los criados separaron a un hombre de otro para luego reiniciar el combate. Confundido, sentado pesadamente de culo, con la cara moteada de sangre, lo ayudaron a ponerse de pie. Un criado le susurró algo al oído mientras el hombre se limpiaba la sangre grasienta con los dedos y se los lamía. Fuera lo que fuese que aquel criado le hubiese dicho tuvo un evidente efecto inspirador. El rostro del luchador se abrió de furia y de dolor y se abalanzó contra su oponente. El violín sonó, un hilo fino y solitario que describía una curva entre los aplausos y los vítores y los llantos y los gritos. Había dos hombres contra natura en las sombras; podía ver sus duras embestidas. Otro

de repente gritó lo bastante alto como para atraer la atención de todo el mundo y fue presa de un ataque, con los brazos rígidos haciendo círculos lentamente delante de él, los ojos en blanco, la respiración a ronquidos y bulléndole en la garganta. Un vigilante se colocó por encima de él y le derramó bebida en la boca, o lo intentó.

John Byron miró para otro lado. Así no se hacían las cosas, esto no era el deporte que él amaba. Mientras los hombres se tambaleaban, oyó cómo una cabeza golpeaba contra los tablones del suelo, un golpe claro y seco como el martillo de un picapedrero, y hubo risas. Luna llena, reparó, al desviar la vista. Vio que uno de los ventanucos altos aparecía rebosante de su frío blanco. Un médico que conocía le había contado una vez que la luna llena desquiciaba a los locos. Sin duda estaban desquiciados. Le pasó la botella a otro. La bebida no estaba teniendo su efecto animador aquella noche. No se sentía más libre ni menos frío. En vez de eso, se vio simplemente disparado hacia su melancolía, a la deriva, descendiendo más y más.

En medio de la conmoción parecía posible escabullirse, volver a su habitación para descansar e incluso tal vez recuperarse componiendo algunos versos. Poco a poco, consiguió abstraerse del gentío vociferante y subió sigilosamente las escaleras.

Pasó junto a una puerta que aún trepidaba por los impactos de alguien enfadado por haber sido confinado allí adentro, otra de débiles gemidos y otra abierta de par en par: supo de inmediato que algo iba mal. No habría sido capaz de decir cómo lo supo, pero aquellas voces ahogadas... Simplemente lo supo. Con delicadeza, con la punta de los dedos, empujó la puerta para abrirla aún más. Piernas por el suelo, un hombre empujando, otro hombre de pie, su rostro bajo las sombras, una lámpara junto a la cabeza de ella, que al verlo en la entrada, estiró la cabeza lentamente hacia él. ¡Mary! No, no, Mary no. Ella tenía los ojos oscuros, abiertos y quietos. Palpitaban ligeramente en el aliento del hombre que arremetía, pero su mirada era tan profunda que Byron sintió casi como si cayese hacia ellos, como si el suelo se inclinase hacia un foso y ella estuviese en el fondo mirando hacia arriba. Desde las profundidades de su interior, ella parecía observarlo y suplicarle que la ayudase. Bajo aquellos ojos su boca se movía. Dile... no. Dios es... algo.

Dios es... algo. Se parecía a Mary, un poco, ¿verdad? Byron sintió cómo se le arrugaba la cara cuando empezó a llorar.

Stockdale se percató de que ella lo estaba mirando y se giró, volviendo la vista atrás por encima del hombro.

–Tú –le dijo.

–No, no, no –dijo Byron–. Yo nunca. Déjeme volver a mi cuarto.

Stockdale estaba ya de pie y fuera de ella, caminando hacia John, sin molestarse en taparse, hinchado, húmedo y en carne viva. Detrás de él, la mujer se sujetaba sus partes con una mano, se santiguaba con la otra. El hombre en la sombra se arrodilló sobre el pecho de ella.

–Déjeme volver a mi cuarto.

–¿Cómo de loco estás tú? –le preguntó Stockdale, cubriéndose finalmente–. ¿Qué sabes tú?

–Sé cuándo huelo a azufre. Sé cuándo la gente ha olvidado la vergüenza.

–Muy loco entonces.

–Sé cuándo se comete un crimen. Yo, Lord Byron, he alzado mi voz contra la esclavitud y los abusos.

–No has visto nada y no recordarás nada.

Stockdale echó hacia atrás la mano derecha y le lanzó un puño directo a la cara. John vio los nudillos del vigilante, enormes de repente, grandes como las estacas de una valla con pliegues de sombras entre ellas, cuando le golpearon el ojo, un gráfico parón visual que seguía sopesando cuando el segundo golpe lleno de sombras flotó como una pica hacia él y lo dejó frío e inconsciente.

A solas las dos en la habitación de Hannah, su conversación oscilaba entre lo sofisticado, propio de una dama e implícito, y lo infantil, veloz y lleno de estupor. Por primera vez Hannah había decidido no contárselo todo a Annabella, pues tal vez le conviniese que no conociera a Charles Seymour. Suyo era el nombre que Hannah no mencionó. Sus silencios y omisiones estaban llenos de él. De Rawnsley tal vez sí hablaría. Podrían criticarlo juntas.

Annabella se peinaba la oscura mata de pelo con los cepillos de Hannah. El rozamiento producía un sonido eléctrico. Annabella tenía un aire muy virginal o de sirena con el pelo suelto cubriéndole los hombros, pese a que su expresión facial, ausente por la concentración, le recordaba a Hannah la de una niña pequeña o un animal.

Hannah se descubrió capaz de hablar de Alfred Tennyson. El nombre del poeta, al pronunciarlo, se le hacía frío y sólido en la boca. Hasta hacía poco había arrastrado tras de sí una sensación de huida y de pánico.

–Ah, sí. Lo vi el otro día –dijo Annabella. Ladeó la cabeza y, recogiendo el pelo con una mano mientras lo cepillaba, fijó la mirada en el techo.

–¿Lo viste? –Aquello sí que hizo reaccionar a Hannah, que ella no estuviese al tanto.

–Sí, lo vi. Envuelto en su capa, fuera entre la fría niebla –recitó con tono teatral–. En medio de espectrales árboles.

Había en sus palabras un leve tono de desdén, de sátira, y aquello disgustó a Hannah. Tennyson podía desagradarle, pero aún le costaba encontrarlo cómico. Y aquello insinuaba que Alfred Tennyson no habría sido suficientemente bueno para Annabella. Para él, ella era una ninfa o una dríada. Ella era una ninfa o una dríada para todo el mundo. Ella esperaría y ya elegiría después.

–¿Hablaste con él?

–Le dije «Buen día» y él me contestó «Buen día» –lo había dicho imitando sin éxito su acento de Lincolnshire, y lo intentó de nuevo–: «Buen día», y se quitó el sombrero de encima de esa maraña de pelo y siguió su camino.

A Hannah la cogió por sorpresa enfadarse por aquello. No le gustaba la idea de que aquellas personas pudiesen estar ahí fuera, campando a sus anchas, encontrándose y manteniendo conversaciones que ella nunca oiría, sin pensar en ella. La mataba, la convertía en un fantasma. Y aunque hubiese tirado la toalla con Tennyson, no le gustaba el tono despectivo de Annabella. Era tan típico de la persona que ella sabía que se ocultaba tras aquella belleza.

–Tal vez no sintió ningún deseo de hablar contigo porque iba pensando en

cosas más interesantes.

–¿A qué viene eso?

–Tan sólo porque seas muy guapa, Anna, no significa que el mundo entero tenga que caer rendido a tus pies y adorarte.

–¿Qué? –preguntó Annabella de nuevo, sin dar crédito, con su rostro inocente y desenchajado. Se ruborizó de aquella manera suya tan ridículamente hermosa, dos huellas de colorete por encima de sus hoyuelos, no la dolorosa mancha roja que Hannah sentía extendiéndosele desde el cuello.

–Ya sé que tú puedes tener a cualquiera que se te antoje. Sabes que eres guapa. No hace falta que intentes fingir: ay, no, no soy más que una muchacha normal y corriente.

–¿Por qué me estás diciendo esto?

–Porque sí.

Hannah no sabía muy bien por qué. Estaba mucho más enfadada de lo que podía haber anticipado. La belleza de Annabella no era justa; atraía al mundo hacia ella, conquistaba su futuro sin esfuerzo, y Hannah estaba harta de fingir que no existía. Era como si fuese cómplice de su propia traición, a sabiendas de que Annabella la superaría tranquila, sin inmutarse, con desprecio, en el momento que ella quisiera. No podían ser amigas de verdad, decidió Hannah en aquel instante, porque no eran iguales.

Tampoco tuvo tiempo, en realidad, para cambiar de opinión. Alguien llamó a la puerta. La abrió Fulton. Se inclinó con insinuante galanteo ante Annabella y, con una sonrisita, le anunció a su hermana:

–Tienes visita.

–A mí me llamó ninfa –le gritó Annabella mientras se marchaba–. ¿Te llamó a ti eso tu poeta?

Al final de la escalera, Hannah encontró a Thomas Rawnsley. Fuera aguardaban dos caballos. Hannah estaba invitada a montar el gris y afable. Él se situó detrás mientras ella se subía a una montura nueva de doble perilla, de cuero lustroso y sin grietas, que olía a guarnicionería.

–¿Adónde vamos entonces?

Él pareció sobresaltado, casi herido.

—A ningún sitio en particular. Tan sólo por el bosque. Para tomar el aire y tal. Pensé que le podría gustar.

El de hoy se había convertido en un día muy agitado. Después de todo aquel anhelar y desear y esperar y suspirar, después de toda aquella nada, la vida por fin ocurría, pero ni de lejos como se la había imaginado. Primero, la discusión con Annabella, y ahora, para huir de ella, este paseo. Gran parte del tiempo lo pasó pensando en la discusión, con arrebatos alternos de arrepentimiento y determinación. Thomas Rawnsley rara vez la interrumpió. Aunque su intención fuese ahora abierta, incuestionable, no parecía hacer ningún esfuerzo por invitarla a algún tipo de afecto hacia él. No era encantador ni comunicativo. No era libre y liviano como Charles Seymour. Ni tampoco tenía la profunda serenidad creativa de Tennyson. Era literal, directo e incómodo. Su cortejo (de eso se trataba, o eso parecía) era taciturno y enrarecido. Pareciera que lo importunaba. Era serio. A diferencia del poeta y el aristócrata, él trabajaba. Su trabajo lo había enriquecido, pero la riqueza se posaba sobre él como una guirnalda, precaria e independiente. En realidad, él era el trabajo. Su nombre lo insinuaba. Rawnsley. Rawnsley. A Hannah no le gustaba aquella primera sílaba, larga y arrastrada. ¿A qué le recordaba? Rubicundo. Robusto. Sí, robusto: la carne. Aun así, sus vestidos eran bellos; sus posesiones —sus guantes, estos caballos—, inmaculadas. Resultaba interesante, al menos desde un punto de vista teórico, pensar que su esposa luciría un atuendo similar, envuelta en esa riqueza, elegante y segura y por todos reconocida.

El bosque se estaba oscureciendo. El invierno no quedaba lejos. Las hojas negras caídas, aplastadas contra el suelo por la intensa lluvia, aparecían aquí y allá plateadas por la escarcha. Los troncos de los árboles estaban húmedos. Se cruzaron con el brillo retorcido y tempestuoso de un acebo. Buen tiempo para los caracoles. Sus riendas crujían. Las bridas chasqueaban en las bocas de los caballos al respirar grandes nubes. Hannah se sintió mal por Rawnsley al ver el estiércol que caía de su caballo. Él parecía visiblemente avergonzado, mirando fijamente, contumaz, a lo lejos, como si lo hubiese hecho él mismo.

El silencio era muy relajante. Era agradable no hablar. Al cabo de un rato,

Rawnsley dijo:

–¿Me permite que le enseñe una cosa?

–Por supuesto. Me intriga –respondió ella educadamente.

Prosiguieron a paso lento por senderos blandos hasta que Thomas los detuvo. Se dio la vuelta con los ojos brillantes y un dedo apretado sobre los labios. El día de Hannah continuó poniendo en funcionamiento su complicada maquinaria en escena con otra singular revelación. Lo que en ese momento Rawnsley señalaba entre los árboles, y evidentemente lo deleitaba de alguna forma, era un campamento gitano. Un burbujeante fuego fresco, perros y caballos y caravanas, aquella vida desatada e ilícita que le habían enseñado a evitar. Le robarían lo que llevara. Puede que incluso la raptasen. Al verlos, a una distancia de seguridad y protegida junto a Rawnsley, la invadieron un miedo y un placer magníficos, de rebordes crujientes. Sonrió a Rawnsley, que le devolvió la sonrisa. Sentados a lomos de sus caballos inquietos se quedaron observando un instante más, y luego se alejaron cabalgando en silencio.

INVERNO

El sillón del obispo era una iglesia en sí mismo: de respaldo alto, sublime, con brazos que sobresalían y sostenían candelabros para proveer la iluminación necesaria para la lectura y un estante para libros en un lateral. Junto a esa estructura había una mesita con una lámpara y unos anteojos relucientes.

El sillón de Matthew Allen, colocado sobre la alfombra estampada en el otro extremo de la anchura de piedra de la chimenea, era menos grandioso, pero aun así hondo y anatómico. Aunque no es que estuviese sacándole mucho partido a aquello. Su cuerpo seguía meciéndose con los movimientos fantasmales de su largo viaje, el tren y las sacudidas del carruaje, y no se sentía en absoluto relajado. Estaba agarrado a los reposabrazos y sonreía.

El obispo tenía un rostro amable y solemne, ese tipo de devoción fría y grandiosa. Sus ojos claros estaban instalados en grandes órbitas, sus labios eran carnosos y retrocedían bajo una nariz larga, arqueada y nacarada. Sus patillas, muy cuidadas, eran de un blanco intenso. Parecía bien alimentado, bien aseado. Los retratos agrietados de obispos precedentes junto a los que Matthew Allen había pasado al recorrer el palacio le habían mostrado muchos rostros más duros, más austeros, apoyados sobre estiradas gorgueras.

El palacio le inspiraba emociones violentas al doctor Allen. Se sentía acosado por el sutil fantasma feroz de su padre, podía oír su voz emanando desprecio por la riqueza autocomplaciente de la iglesia oficial, su letargo espiritual. El implacable sandemaniano no habría apreciado la gran cruz de plata grabada sobre la repisa de la chimenea, ni la pintura de Cristo que quedaba a la altura de la mirada de Matthew: un Cristo a la italiana,

barnizado y oscuro, con la cabeza inclinada, hombros fuertes y sensuales y los ojos negros y compungidos de un ciervo. El Cristo de su padre había sido como él mismo: delgado, categórico, transmitiendo constantemente la verdad, es probable que con los mismos labios salpicados de baba y el cuello enrojecido. Era una estrecha palanca insertada en la antigua Palestina para volcar el mundo. Aquí nada se volcaba. Todo era inmóvil, sólido, refinado y sobreviviría a la carne de los dos hombres que había ahora allí sentados.

El palacio también le recordaba a la universidad y le provocaba tanto una fuerte revulsión como el deseo de permanecer allí, de ser bienvenido. Sus deudas lo habían expulsado de la universidad. Después de aquello habían venido una tienda y las clases nocturnas. Si el obispo accedía a concederle más tiempo para la fabricación, a Allen le encantaría aquel lugar y se sentiría parte de él. Si no, sabría que había estado en lo cierto desde el principio.

Cuando un criado entró con el té, Allen se inclinó hacia delante en su asiento. El criado recibió órdenes de servirlo sin dilación, ya que, por desgracia, el obispo no tenía demasiado tiempo. Allen observó cómo servía el té del obispo en la taza de porcelana a través de un colador y le añadía un pequeño chorreón de leche. Aceptó el mismo servicio para sí mismo, el ritual tranquilizador, íntimo e impersonal, como una visita al barbero, y después se sintió más limpio, mejor dotado para continuar la conversación.

—Por lo tanto, estoy seguro de que entenderá, su ilustrísima, que estas dificultades técnicas representan un obstáculo completamente superable. Estoy absolutamente seguro de que estaré en condiciones de informarle de que podré proporcionarle las tallas que precisa dentro de uno o dos meses.

—Eso es una buena noticia —respondió el obispo, mientras soplaba su té—. Cuento con siete iglesias en mi diócesis, doctor, que, como usted bien sabe, esperan sus accesorios. En esta parte del norte del país, con las nuevas parroquias industriales, estamos muy necesitados de ellos.

—Y los tendrán.

—¿Dentro de un mes?

—Dentro de uno o dos meses.

—¿Dentro de un mes?

—Suponiendo que las dificultades técnicas sean... que se hayan llevado a

cabo las reparaciones necesarias... que la pieza de la máquina que hay que sustituir haya sido sustituida, entonces sí, dentro de un mes.

–Me temo que he oído demasiadas construcciones subordinadas en esa oración.

Mathew Allen se pasó la taza de té de una mano a otra.

–No puedo garantizarle que todo estará listo dentro de un mes.

–Qué decepción. Tenía la esperanza de poder confiar en usted y concluir nuestro trabajo juntos, pero dado este retraso estoy seguro de que comprenderá que nos pongamos en contacto con un taller consolidado.

–Puedo cumplir con el encargo.

–No a tiempo. Acaba usted de afirmar que no puede. Lo lamento, no quisiera discutir con usted. ¿Puede garantizar la entrega en el plazo de un mes? –El obispo contempló a Allen con las cejas levantadas y la delicada protuberancia de su nariz alargada y brillante.

–No.

–Pues muy bien. Qué decepción. Ahora, si me disculpa.

–Pero tenemos un contrato.

–Espero que no tenga la intención de regatear conmigo como un mercader israelita. De hecho, creo que tenemos un acuerdo, no un contrato. Lamento mucho que este viaje suyo haya sido en vano, y le deseo de todo corazón futuros éxitos para su empresa. Por lo que me ha explicado, no veo cómo podría ser de esta forma. Ahora, si me disculpa.

El obispo se levantó de su recargado sillón y Matthew Allen también se puso de pie, como correspondía. Sosteniendo la taza en las manos, sin ningún lugar donde posarla, se inclinó ante el obispo mientras este abandonaba la sala.

Con su padre aún de viaje, y su madre haciendo la colada en Fairmead House con todos los criados, fue la propia Hannah quien le abrió la puerta a Thomas Rawnsley. Pareció sobresaltarse al verla, y dio un respingo para erguirse un poco más, pero combinó inteligentemente este movimiento con el del quitarse el sombrero.

–Hannah –dijo él–. Estas...
–¿Sí?
–Estas rosas...
–¿Sí?
–Bueno, si le parece, son para usted.

En su habitación de la posada, Matthew Allen estaba de pie en mangas de camisa junto a la ventana, mirando la lluvia crepitar sobre los adoquines del patio, a las sirvientas apresurarse de una puerta a otra. El techo de vigas oscuras se cernía bajo sobre su cabeza. El brandy lo había suavizado. Se quedó reflexionando dentro de aquella caja. El dinero que entraba y el dinero que salía. Las exigencias de dividendos y los pedidos encargados. Colisionaban. Lo estaban aplastando en medio de dos columnas de un libro de contabilidad. Al aplastarlo lo estaban dejando sin aire ni esperanza. Siguió bebiendo y decidió que, siendo realista, todo el asunto había acabado y lo perderían todo. La gente no sabía lo que significaba perderlo todo, pero él sí. Había estado en la cárcel de deudores, entre muros oscuros, privado de la libertad para actuar, convertido en menor, en preso, entre muros oscuros. Tener que mendigar dinero para volver a empezar... ¿A quién se le iba a ocurrir prestarle dinero ahora, después de esto? No había ninguna luz. Estaba aplastado.

Se preguntó si sería posible matarse bebiendo una botella entera de brandy de una sentada y decidió intentarlo. Se llevó la botella hasta los labios, inclinó la cabeza hacia atrás y bebió, observando las grandes burbujas salir disparadas hasta la base. Profirió un grito al bajar la botella de golpe contra la mesa, y se secó los ojos, eructando un nauseabundo vapor caliente.

–No basta –dijo gimiendo. Necesitaría tres o cuatro–. No basta. O... O...
–Se acercó a trompicones al espejo, agarrándose a la pared con una mano extendida, y clavó la mirada en su rostro, sus abrasados labios húmedos y sus duros ojos hostiles–. No –repitió–. No, no, no, no, no. Aún no. Aún no. Se puede. Carajo. Puedo hacerlo. No mueras, viejo amigo. Esto es... Esto es lo que... –Caminó erguido, y después cayó de bruces sobre la cama, tratando de

alcanzar su cartera, en busca de papel y pluma, para escribir a Tennyson.

Se quedó allí tendido, con la habitación dando vueltas a su alrededor despacio y con frases que se formaban en su mente.

–Inmenso –dijo en voz alta–. Inmenso. –Se sentó y escribió.

... Poseeremos un negocio inmenso. Todo es esperanza, el miedo ya ha pasado y me siento feliz. Todos estamos a salvo. Si conociesen la magnitud de la ansiedad por la que he pasado y la sensación de alivio que me inunda y a menudo hace que mi mente rebose hasta estallar de gratitud y se consuele sólo mediante las lágrimas que corretean sobre mis párpados, verían la profundidad y la sinceridad del corazón del hombre que se hace llamar su amigo, y que confía en Dios, que será capaz de desmentir a todos aquellos que dudaban de él, pero lejos de mí vanagloriarme, lejos de mí decir una palabra en contra de nadie.

Llegan sin parar los encargos de todos los grandes. El obispo de Chester ha añadido cuatro sillones a su encargo. Nada fue nunca tan prometedor. Todo es una mentira y todo es falso si esto fracasa. El mundo y la naturaleza humana pueden mutar, pero no es el caso ni lo será.

Sentado junto al fuego, Tennyson se hundía en la pena que lo hará célebre. Cuando la pena sea absoluta y esté llena de preguntas, llena de palabras, cuando sea un mundo per se, cuando la ponga por escrito, cuando el joven marido de la joven reina muera y ella dé a conocer el poema de Tennyson como el gran mitigador que explica su propia pena, entonces Tennyson se convertirá en poeta laureado, será rico, será uno de los grandes hombres de la época, conocido y elogiado en todo el imperio. Conocerá a la reina en su residencia de la isla de Wight. Antes de partir, su esposa le cepillará la arena de las botas, la ropa y el pelo. Después él esperará de pie junto a una chimenea, oirá cómo se abre la puerta y se dará la vuelta para ver entrar a su reina, o entreverla. Sus ojos estarán aún más débiles y al instante se llenarán de lágrimas de admiración y alegría.

–Ahora me parezco a su solitaria Mariana –le dirá la reina.

Y Tennyson, sin saber cómo responder, le espetará:

–Qué buen rey habría sido el príncipe Alberto.

Él temerá haber sido grosero con su comentario, pero ella asentirá y estará de acuerdo. Tennyson percibirá en aquello un entendimiento mutuo dentro de aquella sala, una unión de espíritus solitarios, frágiles y lentos

como la fusión de dos nubes. Pero en el momento presente no era más que pena, burda y salobre y agotadora. No sabía a éxito. No sabía a un futuro iluminado. Sabía a soledad y a una rabia y una confusión que latían despacio.

No había encendido las lámparas y en la penumbra de aquella tarde de principios de invierno sus largas uñas brillaban con el rojo del fuego, un rojo más cálido que el carmesí de la puesta de sol, que, si se giraba, vería fragmentado por las formas de los árboles, tapando la superficie del estanque helado. Gules, pensó, todo gules. Aquel rojo sangre heráldico. Aquello era algo. Su mente se movió en esa dirección. Sobre el suelo del bosque, las lanzas destrozadas. Las lanzas destrozadas yacían sobre el barro revuelto por las pezuñas. Una antigua floresta donde habían cabalgado caballeros, había cazado la reina Elizabeth, hasta donde Shakespeare llegó a caballo, según la hija del doctor, para representar su *Sueño* en el salón de un aristócrata. El crepúsculo en ese lugar, la suave decadencia, el suave sol en busca de sus restos esparcidos. Allí había algo: una épica inglesa, un regreso de Arturo. Un Homero inglés. Sangre y batalla y hombría y la máquina del destino. Podía oír su música, resonando, metálica y profunda con ecos internos. Su mente se acercó, tanteó el costado de esta cosa. Merecería la pena intentarlo, si alguna vez reunía las fuerzas. Los troncos silbaron y echaron humo. El bosque allá fuera era de nuevo deprimente, cada vez más oscuro, objetivo. Allí no había nadie.

Sus amigos estaban en otra parte. Septimus estaba en el manicomio del doctor. Su hermano Edward estaba en otro. Su padre estaba muerto. Arthur Hallam, su amigo, estaba muerto y con él se había llevado del mundo la energía, el aire, la vida. La mente más brillante que Alfred hubiese conocido: imponente, clara y rápida, ingeniosa, adulta, poética. Arthur había adorado su poesía, la había defendido en la prensa, había querido a Alfred y ahora estaba muerto. Se habría casado con su hermana, se habría convertido en el mejor componente de su familia, pero había muerto y había dejado a Alfred solo.

Las imágenes de Arthur iban y venían, pero no le venía ninguna palabra. Las palabras llegarían, eso podría haberlo sabido, pero por el momento no lo hacían. Estaba mudo y solo. Le faltaba la energía incluso para leer las palabras de otros o para levantarse de la silla. Clavó la mirada en el fuego.

Estaba solo.

El doctor Allen estaba sentado ante su escritorio con una taza de café y una pluma en la mano. Tenía un libro nuevo de contabilidad abierto ante sí y, con cuidado, introducía números inventados que apaciguarían a sus inversores. Por momentos bajaba la vista hacia sus mentiras solidificadas y se le tensaba el cuero cabelludo, pero se recordaba a sí mismo su finalidad honorable y lógica. Cuando se lidia con locos, a veces se precisa una virtuosa deshonestidad. Del mismo modo con sus inversores: mediante el engaño los induciría a obtener una recompensa final. Le latía el corazón rápido y ligero, complacido con su propia inteligencia.

No obstante, la necesidad de dinero líquido seguía existiendo. Afortunadamente había pensado en alguien a quien pedírselo antes de, como último recurso, escribirle a su hermano Oswald. Tarareando para sí, se levantó, se alisó la barba y se encaminó a su habitación.

Llamó suavemente con los nudillos y no oyó nada. Abrió la puerta y entró. Septimus, totalmente vestido, estaba tumbado en su cama hecho un ovillo, con las rodillas pegadas al pecho y las manos abrazándolas.

—Buenos días —dijo Mathew—. Justo a quien buscaba.

Lord Byron se despertó con un tremendo dolor de cabeza y las vestimentas todas manchadas. Sabía que él era el único a quien culpar, pero sin tales licencias, ¿cómo iba él a dispersar sus espíritus animales y encontrar solaz? ¡Qué páginas había escrito! Había habido semanas en las que había compuesto miles de versos, con la mano correteando por encima de la página a toda prisa para ponerlos por escrito, con el labio palpitándole, su cabeza era una mantequera de batir poesía. Su familia roncaba antes de que él se durmiese y él se despertaba cuando las estrellas acababan de empezar a hundirse en el torrente de luz del alba, las primeras personas caminaban a duras penas hacia los campos, y sus labios ya se movían con los versos que tenía que plasmar sobre el papel. Los poemas habían cobrado forma en sus

sueños, se habían hecho más audibles y más claros hasta construir un puente sólido hacia la vigilia. Lo obligaban a despertarse para ponerse a su servicio. A veces salía sigilosamente de su cama hasta su sillón del rincón, buscaba un trozo de papel sin usar y empezaba a garabatearlos antes de reparar en que ya los había escrito. Semanas con este frenesí. No era de extrañar que hubiesen recurrido a John Barleycorn para que aflojase la presión de las palabras, para que lo devolviese a sus cabales y lo liberase de la violenta máquina de la poesía.

Pero había sido mejor junto a sus amigos, un desmadre cordial por las calles de Londres. No soportarían verlo ahora, solo en esta habitación, hambriento, abandonado, con una camisa sucia y la ropa interior llena de excrementos. Y a fogonazos, con repentinos arrebatos de vergüenza, las imágenes de la orgía de la noche anterior se sucedían en su mente una y otra vez. ¿Había vuelto realmente a tener lugar una pelea tan impropia de caballeros? ¿Y la fornicación? Recordó los gritos y le llegaron algunos más desde otras partes de la casa.

Su criado abrió la puerta.

—Es la hora de su gimnasia —le dijo.

Byron lo miró, y recordó.

—Sí —respondió en voz baja, y siguió de pie, mirando fijamente a aquel hombre.

La cara del criado cambió mientras él la miraba, o más bien, siguió siendo la misma, se convirtió en la misma. Alrededor de aquel rostro el aire parecía dividirse, arrastrarlo hacia atrás. Era espantoso verlo. El rostro empujaba hacia un nuevo elemento, como si atravesara el agua, hasta que estuvo allí por completo, con él en la habitación. Finalmente, Byron reconoció a aquel hombre.

—Sé quién es usted.

—Y yo sé quién es usted.

—Sé lo que hace.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabe?

Detrás del hombre, su doble, él mismo, con el rostro brillante por el sudor, abotonándose los pantalones, fusionándose con su propia espalda.

–Es Stockdale.

–Y ¿quién es usted?

–Lord Byron. Sé lo que hace.

–No sabe nada, milord.

–Anoche lo hizo de nuevo.

–Milord, se equivoca. Lleva los últimos tres días encerrado aquí.

–Pues hace tres noches. Usted violó...

–Venga, venga. No sea estúpido.

–Deme mi libertad y no lo contaré.

–Es el doctor quien decide su libertad. Y de todas formas, ¿quién le iba a creer?

–El doctor.

–¿Qué doctor?

–El doctor Allen. Es mi amigo.

–Pero le ha encerrado aquí, ¿verdad? Su amigo. Ya lo ve, está usted loco.

–No lo estoy.

–¿Quién es?

–No se crea... –Byron se sujetó la cabeza.

–¿Quién es?

–¡Ay!

No le quedaba otra, tuvo que retirarse dentro de sí. Stockdale lo tenía agarrado de la camisa, lo estaba sacudiendo. Él apretó los dientes con fuerza. Dentro del cráneo, un aplastamiento, un ahogamiento. Se forzó aún más. Tenía que hacerlo. Era un intercambio de dolores y tenía que aceptar el más grande. Stockdale lo zarandeó. John sintió cómo el vigilante le despegaba la carne con las manos y le dejaba los huesos desnudos, como los huesos de un animal muerto, pegajosos con restos de carne allí donde el viento y el sol los habían quemado. Tan sólo su cabeza permanecía igual. Oyó los golpes de las mandíbulas de los perros enzarzados en sus entrañas, que colgaban y caían en un foso. Stockdale lo soltó. Cuando aterrizó se vio a sí mismo por un instante en una carretera, despojado de carne, expuesto, un conejo muerto. Oyó el traqueteo de los carros y las voces. Solo. El camino se extendía durante kilómetros en cada dirección. El viento soplaba suavemente sobre él. Se

había despertado muy lejos de casa. Sabía quién era.

–Soy John –dijo.

–¿Quién es usted?

–Soy John Clare. Soy John. Soy un célebre poeta. Cuando el doctor haga la ronda, le contaré lo que hizo, a menos que le diga que me libere, que estoy mejor.

–No sabe quién es. Shakespeare, ¿verdad? ¿Nelson? ¿Quién es usted?

–Usted sabe quién soy. Le dirá que me libere. Y a ella. Déjela irse también a ella.

–¿Quién?

–¿Mary?

–¿Mary? Aquí no hay ninguna Mary.

–Mary no. Ya sabe quién. Lo sabe.

El invierno estaba acabando con una larga ceremonia de lluvia, lluvia con casi ningún viento más allá del frío soplo a la deriva de su rápido descenso. Vertical y ruidosa, aplanaba la hierba y brillaba en todos los árboles.

El doctor Allen salió y apretó el paso bajo ella, levantando el paraguas. Llegaba tarde y tenía hambre. Aquella mañana no había comido. No se había atrevido, tanto por su dolor de estómago como por las violentas expulsiones ocasionadas por la más ligera de las comidas. Le faltaba regularidad. Le faltaba sueño. Le faltaba dinero.

Una figura en el sendero, también bajo un paraguas.

–¡Doctor Allen! –gritó por encima del ruido de la lluvia.

–Sí. –El doctor Allen entornó los ojos para verlo, subiéndose el cuello.

–¿Es usted el doctor Allen?

–Sí.

–¡Entonces es usted el demonio que busco! –gritó.

–Le ruego que me disculpe...

–Sí, lo hará.

–Lo siento, ¿es usted un paciente?

–¡Cómo se atreve!

La lluvia repiqueteaba sobre el paraguas del hombre, formando un fleco de gotas que caían delante de su deslumbrante rostro enrojecido. El doctor Allen sufrió una repentina sacudida de pánico: aquel hombre era un acreedor.

–Lo lamento muchísimo –se disculpó–. Entre por favor. No podemos hablar así aquí fuera bajo la lluvia. Casi no le oigo.

–Ya ha tardado bastante en invitarme a entrar. Después de usted, doctor, después de usted.

Quienquiera que fuese siguió a Matthew Allen dentro del vestíbulo, plegó su paraguas y lo clavó en el perchero.

–Sabía que usted dirigía una institución poco estricta –comenzó a explicar–, pero pensaba que al menos sabría quién es y quién no es uno de sus pacientes.

–Mis más sinceras disculpas por la confusión. Si me hiciese el honor de acompañarme a mi estudio. Allí podremos hablar mejor.

Allen se encaminó raudo y veloz hacia su estudio, con el deseo de ocultar lo que fuese a ocurrir, de taponarlo. Abrió la puerta y el hombre pasó por su lado a grandes zancadas, peligrosamente cerca de los dos juegos de cuentas colocados uno junto al otro, pero no los miró.

–¿Qué es eso? –preguntó el hombre, señalando.

–Ah, eso. Es un planetario mecánico. Son los planetas.

–Sí, sí. Sé lo que es. Había olvidado el nombre.

–Si me permite que le explique –dijo Allen–. Hemos tenido dificultades, como he admitido, de tipo mecánico, pero tal y como he intentado aclarar, la máquina ahora está funcionando perfectamente...

–¿La máquina? ¿De qué me está hablando?

–Del piroglifo. Disculpe, señor, usted es...

–Disculpe, «su ilustrísima» es la forma de cortesía apropiada para un vizconde.

–¿Para un vizconde?

–En efecto. Un vizconde.

Allen empezó a preguntarse si no se trataba en realidad de un paciente, uno de los nuevos, de los que se había estado ocupando su esposa.

–Le ruego que me disculpe...

–Así será cuando haya acabado con usted. ¿De verdad no tiene usted la más remota idea de lo que ocurre?

–Lo siento. Me encuentro un poco indispuerto. La máquina, la manufacturas, las cuentas consumen una enorme cantidad de energía.

–¿Quiere hacer el favor de dejar de hablar de su puñetera máquina?

–Lo siento, no lo entiendo.

–No lo entiende. No lo sabe. Mi hijo es paciente suyo, por así decirlo. Charles Seymour. ¿Le suena al menos su nombre?

–Ah. Ah. Por supuesto. Le ruego sinceramente que me disculpe, su ilustrísima.

–Como era de prever. ¿Podría hacer que lo llamasen?

–Si así lo desea.

–Sí, así lo deseo. Lo deseo con todas mis fuerzas, con todas. Pero ¡no es posible! Usted no puede hacerlo. Y una vez más me siento consternado porque no sepa que no puede. ¡No puede porque no está aquí! Ha hecho exactamente lo que le he estado pagando a usted para que evitase. Se ha fugado con esa espantosa furcia.

PRIMAVERA

Por la mañana. La puerta abierta. Se abre paso hacia la luz, hacia el mundo, con cuidado, paso a paso para no caer. Aspira su pequeña dosis necesaria de aire inagotable. Hojas en los árboles, maleza verde en el huerto donde hay personas trabajando en silencio. Nada fue por ella, nada la atacó. Había flores y nubes. El día era apacible.

El perdón. Así se sentía el perdón: devuelta al mundo, liberada en él, entera y recuperada. Sin palabras, de su ser resonó un gracias mientras estaba allí de pie, cerró los ojos despacio bajo la brisa y los abrió de nuevo para ver la Creación, el juego del espíritu del niño Dios en el sutil movimiento de la vida a su alrededor.

Vio a la hija pequeña del doctor y la llamó. La niña dio un respingo, se agarró una mano con la otra. Tal vez la hubiese asustado durante su misión, después de que el ángel le exigiese ser feroz e implacable. La llamó de nuevo y sonrió, y la niña se le acercó.

–Buen día, Abigail. ¿Cómo estás?

–Buen día.

La niña se movía en el sitio, inquieta, llevándose las manos a la cabeza, mirando a todas partes. Margaret sintió que casi podía ver su alma grande y cristalina, demasiado grande para su cuerpo compacto.

–Qué alegría verte.

–¿Está mejor?

–El Señor nos protege, Abigail. El Señor nos protege. Puedes decirle a tu padre que lo perdono. La misericordia del Señor –Se echó a reír, levantando las manos– es asombrosa.

–No llore.

–No estoy llorando. ¿O sí? No lo haré.

–Bien. –Abigail le tendió la mano, pequeña y caliente, y agarró la delgada mano de Margaret–. ¿Seguirá ahora con la costura?

Matthew Allen luchaba por zafarse de la mano que lo agarraba del brazo, pero al tirar, ella le retorció la manga. El tiempo tormentoso hacía que los pacientes empeorasen, el ruido, el viento zarandeando las ventanas y desgarrando a su paso por el bosque, todos los árboles llameando erguidos con una extraña luz.

–¿Es verdad? –quiso saber ella–. No me echará, ¿verdad?

–No. Claro que no.

–¿De verdad?

Ella tenía lágrimas en los ojos. Él se quitó sus dedos de encima a la fuerza. Sintió otra mano sobre él, sobre el hombro, tirando. Forcejeó con estas manos, en su cansancio: sintió como si por fin pudiesen abrirlo a tirones, desparramarlo como una maleta llena de ropa. Se agitó como un animal y se dio la vuelta. Era John.

–¿Qué pasa?

–Debo hablar con usted.

–¿Debe? ¿Ahora?

–Sí.

–Entonces suélteme.

–¿No me van a echar? –repitió ella.

–No, no lo haremos. –Matthew casi chilló, apartándole la mano por la muñeca–. Venga a mi estudio –le dijo a John–. Necesito... Basta, vámonos. – Se limpió la frente con el dorso de la mano.

John caminó detrás del doctor, mirándole fijamente la nuca, la forma en que se alzaba, delicada y estrecha, desde el círculo almidonado del cuello. El surco que la recorría en el centro. Los destellos de pelo rubio. La resistencia en ella, el esfuerzo de la voluntad.

Matthew Allen sacó la llave, abrió la puerta e hizo pasar a John a una

privada penumbra roja de papeles y libros apilados. John lo observó descorrer las cortinas.

El doctor se sentó pesadamente en un sillón.

–Bueno, ¿de qué se trata? –Se frotó la frente con las yemas de los dedos y se las miró en busca de sudor, después se las secó en los pantalones.

–De mi falta de libertad –empezó a explicar John, con aire rotundo y justificado, de pie en medio de la alfombra–. Debo... Usted debe... Se me debe volver a permitir ir más allá de los confines de este lugar.

–John, usted comprende...

–Lord Radstock para usted.

–¿Qué?

John vio que el doctor registraba su respuesta, con aire cansado e impotente, y advirtió su ventaja.

–¿Lo ve? A eso vamos –dijo entre dientes el doctor–. A eso vamos.

–¿Adónde vamos? Yo estoy aquí, aquí asfixiándome. Necesito libertad. ¡Exijo libertad!

–No grite. No hace falta.

–¡Sí que hace falta! Óigame bien, no era mi intención contarle esto, granuja matasanos, pero llegado el caso, que así sea. Aquí ocurren cosas, violaciones...

–Le he dicho que no hace falta gritar. –Matthew Allen se levantó cuando era–. No hace...

Comenzó a toser sin poder parar. John aguardó con impaciencia, pero el ataque persistía. Los ojos del doctor se hincharon dentro de sus cuencas, la saliva voló sobre sus labios, cada vez más morados. Alzó una mano para indicar que se le pasaría. Finalmente, con algunas sacudidas chisporroteantes, aflojó. Allen gimió, inspiró con cuidado.

–Está usted indispuerto.

Allen se echó a reír.

–Me temo que está usted en lo cierto. –Oía su propia voz débil. Algo había cambiado de lugar dentro de sus oídos.

–Y cansado.

–Ay, sí. Y cansado.

–Pues descanse. Túmbese. Túmbese en el sofá.

–Sí, sí, lo haré.

Matthew accedió. ¿Por qué no? Todo el mundo tiraba de él, le exigía que decidiera. Que decidiesen ellos por una vez. John se quedó de pie a su lado mientras él se hundía quejicoso sobre los cojines. Luego John cogió la manta que cubría el respaldo del sofá y la extendió como una colcha sobre el médico. Matthew Allen observó el cómodo rostro hinchado del poeta roto mientras le remetía la manta bajo el costado para arroparlo bien, y recordó que aquel pobre hombre también era padre como él. Había cuidado de niños febriles con, cabía suponer, aquella misma mirada de atención abstracta y práctica en los ojos. Hizo que el doctor se sintiese impotente por un instante, con ganas de llorar. Las manos cortas y sucias de John finalizaron su labor y él se irguió de nuevo.

–Gracias –dijo él. Se quedó tendido, agotado, sin poder con su vida, yaciendo bajo su peso sin la energía para seguir adelante–. Gracias.

–Bien, en cuanto a mi libertad...

John volvió la cara hacia el sol, con la luz dividida en haces por las ramas. Uno de ellos, del tamaño de un beso impreciso de un niño pequeño, jugueteaba cálidamente sobre su comisura del ojo y su frente. Entrecerró los ojos de soslayo, como un carpintero al comprobar que un tablón está nivelado. Tenue, con motas y polen. Un par de alas transparentes en círculo.

Caminó sobre ramitas secas crujiendo que las tormentas habían arrancado. Entre los robles se estremecían al unísono los esporádicos jacintos. En lo alto, el llanto de los pájaros. El tacto del mundo. Contento por aquello. Atravesándolo con la añoranza del hogar. El mundo entero era camino hasta llegar a casa.

En la iglesia de Buckhurst Hill, apareció de entre los árboles. La iglesia con rostro y aspecto, allí como una persona, como una casa. Cruzó la garita de piedra del guarda y se adentró en su ordenado jardín de tumbas, el silencio espeso donde yacían los muertos. El tejo, con sus lentas agujas oscuras, desplegaba una penumbra aceptable.

En el interior de la iglesia descubrió los habituales ecos secos, los bancos oscuros, las figuras heladas en las vidrieras coloreadas por flores silvestres, y una mujer sentada sola. Pasó a su lado al avanzar por el pasillo para santiguarse frente al altar. ¡Mary! No, Mary no, otra paciente, aquella mujer que había... salvado de Stockdale. Tenía la mirada fija en la cruz y sonreía con lágrimas en el rostro. No miró hacia él. Él lo había hecho. La había salvado. Se levantó un viento que susurró contra el cristal y sus santos helados. Salió de allí sigilosamente.

En el patio había un niño, aparentemente descansando, iba vestido como un muchacho arador, con su guardapolvo. Aparentaba unos nueve años y ni sonrió ni saludó. Parecía tan serio y tan cansado como cualquier obrero y se asemejaba, John reparó en ello, a uno de sus propios hijos a esa edad: la misma constitución robusta, la misma carne limpia y pesada del rostro y las largas pestañas sobre las mejillas.

–No llevo ni medio penique –dijo John, y el niño por fin lo miró a los ojos, pero no respondió. La brisa le levantó el pelo largo de la frente y entornó los ojos, y aquello tuvo el efecto de una respuesta–. Si lo llevase te lo daría.

El niño lo miró, y al poco alzó una mano para agradecerle a John la intención, después se cruzó de brazos.

John reemprendió su caminata por el bosque, el perfume primaveral a almizcle y la rueda de luz. Vio un árbol tumbado de costado, desnudo, con la corteza arrancada, blanco, reluciendo fantasmal entre el resto. Era extraño que lo hubiesen talado en esta época del año, con la subida de la savia, que hacía a los árboles fuertes, obstinados y difíciles. Tal vez estuviese enfermo. Y se hubiesen llevado hasta la última tira de corteza para el curtido de pieles. Se compadeció de él, sintió de repente que él era el árbol, tirado allí desamparado, su grano tensándose con la brisa. Continuó deprisa.

Habían cambiado de sitio. Tardó algún tiempo en encontrarlos. Cuando lo hizo estaba sediento y cansado. Había menos de ellos, menos caballos, sólo dos *vardas*. Pero la bruja, Judith, seguía allí junto al *yog*, con la mirada fija en él; su rostro, una máscara pintada con la luz del fuego. Ella se estremeció con su llegada; levantó un hombro e hizo ademán de ponerse de pie.

–No –dijo él–. Judith, soy yo.

Ella entornó los ojos para verlo y se relajó al reconocerlo.

–Ha vuelto con nosotros, John Clare. ¿Está bien?

–Lo estoy –contestó él.

Pero no lo estaba. La calidez del día de repente se esfumó de él. Cada día diferente. Cada día perecía. Su vida se acababa.

Precipicios de ladrillo manchado a cada lado del tren serpenteante a su paso por los barrios bajos. Mugre en las alcantarillas, niños corriendo, ropa tendida y raída agitada al viento, vidas maltrechas atestadas tras las ventanas. El mundo se encontraba en un estado lamentable. El doctor Allen sabía que él podía hacer mucho, si le dieran la oportunidad, si tan sólo lo escucharan, lo admiraran y se lo pidieran. Pero no lo hacían. La gente dejaría de pedirle cosas cuando estuviese arruinado, con el psiquiátrico vendido, pudriéndose en la cárcel.

Más allá de la ciudad llegó el alivio del campo, el sempiterno ganado y los senderos mojados y los carros y las nubes. Normalmente Matthew disfrutaba de viajar en tren, de viajar a toda velocidad con aire triunfal a través de un mundo desbancado, los jornaleros asustados en los campos de cultivo, devolviéndole la mirada; pero hoy no sentía ese placer, viajaba hacia Oswald y la humillación.

Si Oswald le concediera un préstamo, seguramente todo iría bien. La máquina ya estaba, más o menos, funcionando como debía. No había sido más que un retraso; su inspiración, su empresa era sólida. Más que eso, era genial. Él sabía que era genial. Y su hermano también lo sabía.

Miró los accesorios de madera del interior del vagón. ¿Cómo se conseguían esos contratos? ¿Quién se había hecho rico gracias a ellos? También él debería abordar las compañías ferroviarias. No había más que pensar en las taquillas, las salas de espera, los aseos... Los ferrocarriles estaban repletos de lugares que sus tallas de madera podrían embellecer. Debería contarle aquello a Oswald. Oswald era idiota. Él también podía enriquecerse si tan sólo fuese capaz de admitir la genialidad de su hermano

pequeño.

–Si no le importa. La pierna.

A una señora del vagón, que iba leyendo basura, la había irritado la agitación constante del pie del doctor Allen.

–Le ruego que me disculpe. –A él le hubiese gustado invitarla a pasar unos días en el cuarto oscuro, un baño helado, un enema. ¡La muy pelandusca!

Se presentaría sin anunciar en la tienda de su hermano, igual que él se había presentado en High Beach. Así evitaba que le contestara de antemano por carta que el viaje era en vano y le ofrecía a Matthew la ventaja de pedírselo en persona.

Cuando el tren llegó dando tumbos a York, Matthew ya estaba cansado, su ánimo había pasado rápida y violentamente del júbilo a la cólera. Y sintió náuseas en cuanto vio York, una ciudad en la que no había logrado destacar, ni se había labrado una reputación, pero sí había estado preso, y donde la gente tal vez lo recordase.

Se alisó la barba, la ropa, se aferró a su cartera de cuero, y se lanzó a las calles, caminando a paso rápido. Mientras se abalanzaba hacia su objetivo, fue recitando para sus adentros las cosas que debía decir, impresionándose a sí mismo una vez más por su perspicacia comercial, su éxito frágil aunque podría argüirse que completamente real.

¿Era aquel? No. Se cruzó con aquel hombre a toda velocidad y dobló en la calle de la tienda de su hermano. A través de los reflejos del cristal, detrás de los botes alineados de grageas, los frascos de tónicos inútiles de Oswald que ponían en entredicho el prestigio del apellido Allen, atisbó la cabeza calva de su hermano en movimiento. Se secó las palmas en los pantalones, agarró el pomo de la puerta y despertó la campanilla histórica de la tienda con su entrada.

Oswald levantó la vista, lo miró mientras Matthew se esforzaba por sonreír, lo miró directamente a los ojos y entrevió en sus modos fraternales, íntimos y presuntuosos el propósito de Matthew. Desvió la mirada y, mientras giraba los botes sobre el mostrador para alinear con precisión sus etiquetas hacia fuera, dijo:

–Mi célebre y respetable hermano. Aunque no tengo listo el becerro para celebrar tu regreso...

–Oswald.

–Ya te lo dije hace algún tiempo.

–Por favor, un momento.

–No puedo hacer nada.

–No, no. Es una buena noticia la que te...

–No puedo...

Matthew dio un manotazo en el mostrador. Se asustó a sí mismo con el ruido y bajó la vista a sus lustrados zapatos.

–He venido desde muy lejos...

–No puedo hacer nada.

–Me enviarías a la cárcel.

–No te estoy enviando a ninguna parte. No puedo hacer nada.

Matthew se recostó en su sillón, con su libro de números imaginarios abierto ante sí. Sus ojos reposaban, sin ver, en el planetario mecánico que había junto a la ventana. Se sumió en un sentimiento de humillación. Tenía una calidez impura, como de agua de baño con meados. El planetario fue apareciendo poco a poco en su campo de visión. Al reparar en él, sus pensamientos flotaron hacia lo filosófico. Aquellas pequeñas esferas en el extremo de los brazos estaban suspendidas en la inmensidad del espacio, en un silencio total, y la vida, hasta donde el hombre sabía, sólo existía sobre una sola de aquellas pequeñas esferas, meras partículas de polvo adheridas a su superficie, y ¿con qué fin? Cayó en un abatimiento profundamente sereno, con una sonrisa triste en el rostro, al pensar en el breve frenesí de sufrimiento del hombre antes de adentrarse en el silencio. Era consciente de que el caos, de que las consecuencias no tardarían en llegar, así que se concentró en deleitarse en este momento a solas en su estudio, las cifras nítidas secándose en el libro de contabilidad, la carta doblada de nuevo, su última esperanza perdida. Así que cuando la puerta del estudio se abrió de golpe, Matthew Allen se levantó como un resorte.

–¿Qué es lo que ha llegado a mis oídos? –gritó Tennyson–. ¿Qué es lo que ha llegado a mis oídos?

–No lo sé –respondió Matthew Allen–. Mucho me temo que me lo tendrá que decir usted.

–Y sin duda lo haré. –Tennyson se plantó en el estudio con la barbilla levantada, la cabeza ladeada y las manos en el pelo, mirando con furia al doctor. Apenas era capaz de controlarse, la rabia había destrozado por completo su serenidad, lo había colmado de una precipitación y una ferocidad desconocidas. Hablaba con precisión para mantenerlas bajo control, aferrándose a sus cabellos–. Vengo de hablar con mi hermano. Me ha informado, con cierta reticencia, como es propio de alguien que siente pavor por el sufrimiento y los trastornos innecesarios, de que hace algún tiempo usted le pidió dinero, cuando en todo momento se le había dejado a usted bien claro que Septimus no invertiría en su proyecto.

–Eso es cierto. Le ofrecí la oportunidad de contribuir con algunos fondos en nuestro proyecto a la espera de futuros...

–Porque usted andaba mal de dinero. Porque su estúpida máquina no está haciendo dinero. Mientras tanto yo recibo cartas de otros miembros de mi familia que me preguntan con inquietud por los dividendos que ya deberían estar repartiéndose. Y de usted no nos llega nada, nada, nada de nada.

–Por favor, mantenga la calma. Permítame que le muestre mis cuentas. –Este era el momento de sacarlas, por fin, después de toda su minuciosa labor. Allen cogió el libro de contabilidad y se dirigió hacia el airado poeta. Tennyson lo agarró por el hombro y lo empujó hacia atrás.

–Basta ya de tanta cháchara barata, como dicen los negros. No quiero ver sus números. Quiero que se me pague el primer dividendo. He confiado en usted. Le debe a mi familia ocho mil libras y ¿ahora va y le pide mil más a Septimus? –Tennyson era muy fuerte. Allen, ahora apocado por la enfermedad, colgaba de la mano de Tennyson mientras su rostro grande, sucio y boquiancho se abalanzaba sobre él. A Allen casi le produjo placer, los genitales se le encogieron de miedo. Quiso dejarse llevar por la ráfaga de su ira, que lo purificase, que lo destruyese–. Mi padre está muerto –le decía Tennyson–. Lo que hemos invertido es nuestra herencia y al parecer la

estamos perdiendo. Lleva meses vendiéndonos humo y promesas.

–Dinero familiar. De esa familia que carga con usted. Podría estar agradecido.

–¿Y a usted qué le importa?

–Recuperará su dinero, multiplicado y con creces. Sólo hace falta un poco de tiempo.

–Creía que usted no jugaba en la liga de los hombres comunes y corrientes, no que fuese uno más del rebaño. Confié en usted. Pero es evidente que es uno más del rebaño, pedazo de borrego. Zalamero, mercachifle e inútil.

–No lo soy. Por favor suélteme.

–De espíritu mercantil. Mezquino. Un estafador. –Tennyson lo zarandé con las dos manos. Allen se apretó el libro de contabilidad contra el pecho, sus párpados subían y bajaban con el aliento de aquel hombre grande—. No le permitiré que me arruine, Matthew Allen. Se hará cargo de sus deudas conmigo, con todos nosotros. ¿Por qué? ¿Por qué ha hecho esto?!

–No lo he hecho. No lo haré. Soy su amigo. Mire, sí, mire, tengo una idea: el seguro de vida, el mío, es una total garantía.

–¿De qué?

–De que recupere sus sumas.

–Y para eso, ¿tendré que verle muerto?

Crusoe comenzó a plantearse su posición y las circunstancias a las que se veía reducido en la isla. En pos de la claridad, sopesó lo bueno frente a lo malo como si de deudores y acreedores se tratase, garabateando en su cuaderno, las páginas arrugadas por el agua seca del mar.

Malo: No tengo defensa, ni medios para poner resistencia a ningún tipo de violencia por parte de locos, cuerdos o bestias.

Bueno: Soy un boxeador valeroso de gran reputación y puedo responder de mí mismo con mis puños.

Malo: Desde mi naufragio se me ha negado el amor de mis esposas, la satisfacción del deseo viril, las sonrisas de mis hijos.

Bueno: Hay buen forraje. Para alimentarme basta con rebuscar un poco.

Malo: Estoy totalmente solo.

Malo: No estoy donde debería estar, en casa.

Malo: Me atormentan los recuerdos y las fantasías y los ataques de inconsciencia.

Malo: Mis versos languidecen sin que ningún hombre los lea o los oiga.

Bueno: La naturaleza es mi madre y está aquí tan presente como en cualquier otro lugar, pese a mostrar un extraño rostro tan lejos de los paisajes que amo.

Malo: Necesito a mi Mary.

Malo: Puede que muera aquí y necesito a Mary y casi deseo haber muerto en medio de la tormenta en el mar.

Cera de abejas y lavanda. Era el olor de la casa lo que con más intensidad afectaba a Hannah. La ropa de casa, el tapizado, todo estaba perfumado con hierbas y un tenue aroma balsámico se elevaba desde la madera lustrada. En el vestíbulo, una maceta de jacintos había impregnado el aire de su fuerte fragancia, como la luz brillante de una lámpara. La casa era pequeña, pero estaba maravillosamente aprovechada, ordenada y tranquila. La moqueta era nueva, con un diseño que se rizaba sobre un rojo intenso, y se alzaba casi una pulgada sobre los tablones de madera. La luz del sol entraba por la ventana en saliente donde estaban sentadas y todas las tazas de té destilaban oro.

No era ninguna sorpresa que Dora destacase como esposa, pero sí la comodidad que sentía Hannah. No había pensado que le pudiese gustar tanto. James se enorgullecía abiertamente de los respetables encantos de su hogar conyugal, sonriendo para sí mismo cuando admiraban cada cosa. Dora no se sentía tan a gusto, atenta a sus hermanos y tensa por cada parte de la ceremonia. Abrió bien los ojos de forma elocuente cuando Fulton, después de dar cuenta de su porción de pastel, se recostó restregándose la servilleta por la boca y respirando profundamente por la nariz. Ver a Dora intentando reprender a Fulton en silencio despertó la malicia en Hannah. Se burló de su hermana mayor.

—Espero que este sea el juego de porcelana bueno. Recuerdo que había dos en la boda.

—Pues claro que lo es.

Hannah notó cómo el rubor le subía por todo el cuello hasta la cara. Se

sintió avergonzada al instante. La respuesta irascible de Dora era totalmente apropiada. Aquí no había nada de lo que mofarse. De hecho, había mucho que no era nada desdeñable. Dora siempre había querido tranquilidad y decoro, y aquí lo tenía. Dora no había preguntado cómo iban las cosas en casa porque no quería saber. La confección de los inventarios, la venta de bienes, todo eso la repugnaba. Ni siquiera se interesó por la mala salud de su padre, por lo que eso implicaba. No consideraba que tuviese que saberlo. Ella y James eran una nueva generación, en un nuevo hogar. Allí estarían a salvo del despilfarro y los fracasos de sus padres y jamás volverían a cruzarse con ningún otro paciente.

Fulton le hizo a James preguntas corteses sobre su trabajo en el banco.

–Esta ventana es preciosa –le dijo Hannah a Dora.

–Sí –respondió Dora–. Le da todo el sol de la tarde.

Amar la vida que era posible: eso también era una libertad, quizá la única. Un lugar como este era posible. Hannah podría llegar a adorar una vida así, la seguridad, la calma, sus propios hijos. Charles Seymour le había enviado una carta después de fugarse. Le agradecía su conversación el día que recogieron moras al aire libre. Le había recordado que tenía que ser valiente. Lo había provocado con sus palabras. Él la había malinterpretado totalmente y se había ido. Ella leyó su carta una vez, la quemó y lloró a solas.

Cortó un triángulo de pastel con el tenedor y se lo comió.

Abigail había crecido. Lo sabía porque, al subir las escaleras corriendo, la elevada diagonal de la moldura le quedaba a ras de los ojos. Había baldas de la despensa a las que ahora llegaba, lo que dio lugar a que la cocinera guardase las grosellas a una altura más segura. Veía por encima de los tableros de las mesas, donde descubrió los rostros de sus padres, tensos, preocupados, con la mirada inerte y perdida.

Corrió junto a su padre y le puso la mano en la rodilla. Él bajó la vista hacia ella con aquellos ojos de conejo triste y le dijo:

–Ahora no, hija.

Abigail inclinó la cabeza hacia abajo, se echó hacia atrás y le lanzó

aquella mirada insinuante entre ceja y ceja que solía ablandar a sus padres, o a cualquiera, y atraerlos hacia ella con una sonrisa. Ninguna reacción. Se acercó bamboleándose para agarrarle la oreja y apretársela, pero él dio con la cabeza una violenta sacudida de caballo enfadado.

–Hija, no me distraigas.

Cuando la madre de Abigail entró en la habitación, su padre se hundió ligeramente en el sillón y tosió. Abigail se daba cuenta, cualquiera se daría cuenta, de que intentaba que su dolencia pareciera aún peor para despertar la compasión de su madre. En efecto, Eliza se quedó detrás de él y le pasó la mano por el ancho abrigo que le cubría la espalda. Volvió a toser mientras ella lo hacía. Abigail también se habría compadecido de él, pero él no parecía necesitarla. Necesitaba a mamá. Eliza tampoco parecía contenta, Abigail fue hasta ella y se pegó cariñosamente a sus faldas. Como recompensa, su madre le puso la mano en el hombro. Abigail siempre intentaba animar a la gente, hacerla más feliz, y siempre lo haría. Viviría devotamente junto a su madre durante mucho tiempo tras la enfermedad de su padre, que, aunque exagerada en este momento, era real y pronto lo mataría. Finalmente emigraría hasta un matrimonio en el que su marido nunca fue con ella todo lo amable que podría haberlo sido, al no ser necesario que lo fuera.

–Creo que no podemos deshacernos de nada más –le dijo su madre a su padre.

Su padre tosió con los labios apretados con fuerza y luego dijo:

–No nos van a dejar ni las migajas. Todos estos años de trabajo. Ni las más míseras migajas. Estos Tennyson se van a quedar con todo.

En ese momento entró Fulton y se quedó mirando con descarnada repugnancia las tristes miradas que se cruzaron con la suya, no dijo nada y salió, dando un portazo.

Susurro de hojas, de licor fuerte. Uno de ellos comprimiendo una concertina por pasar el rato, sin tocar, simplemente extrayendo unas cuantas notas silenciosas. El caldo con carne de liebre pendía sobre el fuego, las burbujas se abultaban hasta la superficie. Y enfrente, una hilera de muchachas diestras

con las navajas cortas tallaban estacas para vender, tan rápidas como si descorazonasen manzanas.

Judith le estaba hablando de los dos hombres que habían desaparecido.

–Dijo que *semos* una tribu atroz y que deberían declararnos forajidos de cualquier reino civilizado. Le estoy repitiendo sus mismas palabras. Y que deberían exterminarnos de la faz de la tierra. Exterminarnos.

–Y es un sacerdote.

–Un cristiano.

–O dice serlo –apuntó John.

–Exacto. O dice serlo. Meses atrás eran terrenos de todos y lo que crecía y se criaba en ellos era tan de todos como el aire de Dios. Ahora es del ferrocarril y los chaveas están en la trena. Y sólo se podía saber por carteles que no podían leer, por no tener el arte. Ahora son churumbeles huérfanos.

–¿Cuándo saldrán?

Ella negó con la cabeza como si nunca fuesen a hacerlo, luego dijo:

–Un año o dos. Igual menos, me figuro.

–Y todos ustedes se marchan.

–El bosque es buen sitio para nosotros, bueno por la comida, pero estamos teniendo demasiadas visitas nocturnas, nos zarandean las *vardas*, y los perros se vuelven majaras. Así que ahora toca bajar a Kent a una feria. La verdad es que tenemos ganas. Se junta toda nuestra gente.

–Para divertirse en la feria.

–Yo no –respondió Judith–. Charlar es lo único que haré, como mucho echarle las cartas a alguno. Hubo un tiempo en que me levantaba a las cuatro de la mañana. Era capaz de correr o saltar o hacer cualquier cosa que se le ocurra. Pero ahora soy inútil. Esa de ahí, esa parrandeará más que yo. – Señaló con la boquilla de la pipa a una de las muchachas que fabricaba estacas–. Verá allí a su enamorado. ¿Lo ve? La pasión se le ha ido a las manos. Mire el desastre que está armando.

Si la chica oyó aquello, hizo como si nada, y tapándose con la mano le susurró a la muchacha que tenía a su izquierda.

–Estará allí, ¿verdad? –John preguntó de inmediato, presa de unos celos irracionales.

–Sí. Llevan sin verse desde que no tenían más que nueve años, esos dos, pero se hicieron promesas y se han estado pasando mensajes *endemientras*, recados del uno para el otro, que van de boca en boca entre los ambulantes, y ahora la gente del muchacho estará en Kent, como nosotros.

–Entiendo. –John dio otro trago–. Tengo que irme un momento –dijo, y se puso de pie.

Una tenue luz caía en copos entre las hojas. Se desabotonó y dejó que el chorro cayese entre las raíces gruesas y profundamente sumergidas de un carpe, con la barriga apoyada sobre el antebrazo derecho. Pensó en la muchacha, en su amor, en las sendas de los amantes separadas por el mundo que ahora se unirían, para reunirlos, para por fin fundirlos. La emoción que debía de haber en su pecho, ¡pasión pura! También en John, la soledad, el errar y el anhelo del hogar, de Mary. Cómo ella había permanecido fiel e inquebrantable mientras el mundo entero se venía abajo. Notó los dedos de los pies húmedos y bajó la vista para ver el charco resbalando hasta las botas. Menudo error de idiota: ¡mear cuesta arriba! Aquello le pasaba por vivir entre muros y mear siempre en porcelana. Se secó las puntas de las botas, cavando surcos en el suelo.

Mientras regresaba a golpes entre las ramas, gritó:

–¿Por dónde se sale? Díganme. ¿Por dónde se sale del bosque?

–¿Salir? ¿Adónde?

–Al norte. A Northampton.

–Al norte queda la carretera de Enfield.

–¿Cómo daré con ella?

–Podemos dejarle señales si quiere, antes de irnos. Lazos en las ramas que le muestren el camino.

–¿Lo harían?

–Si usted quiere.

–Claro. Pero ¿en secreto?

–¿En secreto? Nosotros vivimos en secreto. No hablamos.

–¿Y los encontraré?

–Los encontrará, pierda *cuidao*.

–Tiene muchas posibilidades, supongo.

–¿Supone?

–Bueno –Thomas Rawnsley se movió inquieto en su silla–, su marido ha entrado en un mercado que es nuevo para todos.

–Por tanto, no puede saberlo –dijo Fulton, y fijó la mirada en los ojos preocupados de su madre.

–No, no puede saberlo con exactitud. Ninguno de nosotros puede. Pero eso no quiere decir...

–Si fuese su empresa, ¿habría actuado del mismo modo?

–Fulton, no interrogues a nuestro invitado.

–Pero ¿lo habría hecho?

–Yo... –Rawnsley alzó las manos, miró de pasada a la callada Hannah–. A grandes rasgos, sí, supongo que sí.

–Entonces ¿por qué usted tiene éxito y...?

–¡Fulton!

–Su padre es un hombre muy ingenioso, de eso no me cabe la menor duda.

Las dudas que en cambio sí tenía flotaban en el aire. Fulton miró la moqueta con concentración, cavilando.

–Pero no he venido con el propósito de hablar del doctor Allen.

–¿Ah, no? –preguntó Eliza.

–No. Deseaba, si me lo permite, hablar con Hannah.

–Entiendo.

Hannah sintió todas las miradas puestas en ella y se ruborizó terriblemente. ¿Por qué tenía que anunciarlo y dar este espectáculo en público? Ahora su madre y su hermano se levantaban para dejarlos solos, como si estuviese a punto de ser examinada por un médico y necesitase intimidad.

–Os dejaremos solos pues –dijo su madre.

Hannah levantó la vista y se topó con la mirada de su madre. Tenía aquella expresión idiota, con la punta de la lengua entre los dientes. Hannah se apresuró a bajar la mirada al suelo de nuevo, apretó los dientes, sintió cómo los labios se le tensaban en una línea.

La puerta se cerró cuando salieron. La habitación se quedó en silencio. Estaban solos.

–Verá –comenzó a decir Rawnsley, pero se detuvo. Puso una mano con rotundidad sobre la mesa, como si estuviese a punto de empezar otra vez, pero no lo hizo. Tamborileó con los dedos.

¿Por qué tenía que hacer esto ahora? ¿Por qué no cuando estuviese más animado y atractivo? Podía estarlo, eso lo sabía. En vez de eso, miraba hacia donde estaba Hannah, pero no directamente a ella, y tamborileaba con los dedos. Por fin dijo:

–¿Por qué no salimos? Sería agradable dar un paseo al aire libre, ¿no cree?

–Sí, claro.

Así que ahora también salieron ellos, dejando la sala vacía. El hecho de que no quedase nadie en la habitación fue otro momento embarazoso para Hannah, aunque no habría sabido decir por qué. Pensó en el silencio y la quietud vacía del lugar mientras entraban en el vestíbulo.

Thomas Rawnsley la ayudó a ponerse el abrigo, aguardó mientras se abotonaba los guantes.

La brisa era fresca, pero no fuerte. Ya crecían hojas pequeñas sobre la mitad de los árboles y había nubes en el cielo. Un día cualquiera. Sin indicios de que nada especial, ningún acontecimiento, estuviese teniendo lugar.

Rawnsley, enlazando las manos al final de la espalda, fue delante de ella para salir de la casa. Después, a una cierta distancia, quizá teniendo en mente unas determinadas vistas sobre el sendero y el bosque, se detuvo.

–Ya sabe que he acabado por admirarla muchísimo, Hannah –comenzó a decir.

–Por supuesto –replicó ella con brusquedad–. Las flores. Las visitas.

Él sacudió la cabeza, como si lo hubiese interrumpido, farfullando para sus adentros. Comenzó de nuevo.

–Ya sabe que he acabado por admirarla muchísimo, Hannah. –Hannah se dio cuenta de que lo tenía todo ensayado en su cabeza, este lugar, estas palabras, y que su seriedad, su aparente falta de goce, se debía a que deseaba con todas sus fuerzas que ocurriese exactamente de la forma correcta. Ella

tenía el poder, era evidente, de ajustarse a su sueño, de permitir que sus ilusiones se hicieran realidad. Ella, que había desperdiciado tantas de sus propias fantasías, podía concederle a él aquello, y de repente lo deseó con todas sus fuerzas.

–Me gustaría que me diese permiso para pedirle permiso a su padre –parpadeó, como si dudase de que la frase tuviese sentido–, permiso para pedirle su mano en matrimonio.

–Sí.

–Hannah, ¿accedería a convertirse en mi esposa?

Hannah sonrió, respondiendo sinceramente:

–Sí.

–¡Ah! –Él sonrió, levantó los puños, y después retomó el control. Era evidente que el trámite estaba incompleto, aún quedaba una parte de su sueño por cumplir–. ¿Podría... podría besarle la mano?

Hannah agrandó los ojos mientras su corazón latía con mucha fuerza ante aquellas palabras. Suspirar y besar, por fin.

–Sí –susurró–, adelante. –Y le tendió la mano derecha.

Thomas Rawnsley la asió con las suyas, y sin mediar palabra la giró y le desabotonó el guante. Aquello también debía de formar parte del sueño. Ella lo observó mientras le retiraba el guante con delicadeza y sostenía su mano boca arriba dentro de la suya, después se inclinó hacia delante y, con una cálida colisión de su aliento y su barba contra la piel de ella, le besó la palma, luego cerró sus dedos sobre el beso, como si le hubiese entregado una moneda.

Fumaba mientras apilaba sus libros. Daba caladas con pequeños fruncidos de los labios y leía los lomos. *Purgatorio*. No había logrado aprehender el italiano necesario para leer a Dante. Por supuesto que no. Nunca lo haría. Regresaría a Somersby y tampoco allí lo conseguiría, se hundiría en aquel lugar hasta disolverse, como el humo al subir se funde con el aire. Lo rodearían las sombras de su familia, su sangre negra continuaría circulando en sus venas. No había escapatoria. Estaba a la altura de cualquier poeta

inglés, pero se llevaba consigo una carpeta que sólo contenía cosas a medio acabar y en la garganta tenía otras nuevas sobre Arthur, pero nada de eso cambiaría la realidad. Con el tiempo, si se publicaran, los críticos las volverían a menospreciar y no habría ningún Hallam que se erigiese en su defensa. No, regresaba con las manos vacías. Había probado el mundo, había probado la empresa, y ahora estaba arruinado, su dinero se había perdido en el plan chiflado de aquel médico chiflado. Era una humillación. Peor aún, tenía que regresar al hogar familiar y vivir con estrecheces. Había creído las falsas ilusiones de aquel médico, había escrito algunos poemas y eso era todo. Seguía siendo la misma persona rancia. Acabaría de recoger sus libros. Los criados estirarían las arrugas que había hecho. Volvería a Somersby a fumar y a consumirse y, cuando sus ánimos lo permitieran, a empezar el poema sobre Arthur.

Hannah no escuchaba lo que decía su padre. Sentada a su lado ante el órgano, su madre sí lo hacía. Con la cabeza caída hacia delante, Eliza tenía la mirada fija en los dedos rojos y curvados sobre el regazo. Últimamente Hannah la había descubierto sentada así sola en varias ocasiones. La postura tensaba los hombros estrechos de su madre, la hacía parecer infantil y castigada. Y de repente en un abrir y cerrar de ojos estaba despierta y activa de nuevo.

Hannah se quedó mirando distraídamente los registros del órgano, de color blanco hueso, marcados con sus voces, una letanía que no cesaba de sonar en su mente siempre que se sentaba allí a pasar las páginas: Clarín. Bombarda. Contra trombón. Mixtura. Gemscorno. Dulciana. Trompeta. Lo hacía ahora, aunque no de la típica forma exasperante que solía hacerlo, sino alegremente, como el canto de un pájaro de fondo, al pensar en la carta de Thomas Rawnsley en su tocador, las promesas de él, el futuro de ella.

—La desgracia separa al hombre del hombre —decía el doctor Allen. Sus manos se aferraban a los laterales del atril. Bajó la vista a los locos delante de él y les dijo—: Eso es parte de su objetivo. Pero Dios nos la envía para obligarnos a recurrir a Él, para que veamos que Él es nuestro único refugio verdadero, para conducirnos desde la inconstancia poco fiable de nuestros

prójimos hasta el santuario de Cristo.

Margaret no despegaba la vista del orador. El rojo de sus ojos era una señal reveladora: también habían encontrado una morada dentro de él. Pero él no tenía que temer. Debía decírselo. Aunque destruyesen su cuerpo mortal, él no tenía que temer. Todo iría bien. Se lo habían concedido. Estaba próximo. Su propia liberación no era más que el principio. El gozo por aquello ardía dentro de ella.

Hannah se sobresaltó y salió de su ensimismamiento cuando las manos de su madre se alzaron en el aire y empezaron a cobrar forma por encima de las teclas. Detrás de ellas las voces cambiantes se atropellaban al unísono.

William Stockdale supervisó la salida de los pacientes.

Una vez más George Laidlaw estrechó fervientemente la mano del médico.

–Gracias –dijo–. Gracias. No tengo palabras para expresarle el consuelo que brinda.

–Me alegro –contestó Allen, recogiendo sus papeles, y George Laidlaw, renqueando, se retiró a su pesar a sus interminables cálculos culpables de la deuda pública.

Lejos de allí, rumbo a casa, por fin, por fin, caminó. Saludó tocándose el sombrero a Peter Wilkins, quien a su vez, mientras le abría la verja, inclinó su intrincado rostro como respuesta. Salió en dirección al sendero, hacia el bosque. Cuando llegó al lugar ya no estaban, como le dijeron que podría suceder. Ni rastro de las *vardas*, de los caballos. Habían recogido hojarasca del suelo y la habían volcado sobre el blando montón chamuscado de la hoguera. Un sombrero de ala ancha yacía en el suelo. Lo hacía temblar una brisa no lo bastante fuerte para levantarlo. Mirar a aquel sombrero le despertó una emoción melancólica, pero no tenía tiempo para aquello. No había ninguna señal, ningún lazo atado a nada que él viese. Afables, sin ley y poco fiables, habían cogido y se habían ido. Se agachó un instante, leyó el norte por las sombras y el costado verde de los árboles, y se puso en marcha. Sombras titilantes, la infinita valla ininterrumpida de árboles. Sólo tenía que

seguir caminando, avanzar y resistir, abrirse paso a empujones con la fortaleza de gruñidos silenciosos de un tejón, y llegaría, llegaría a casa y sería libre, con Mary. Tenía razón, al menos en parte: Mary estaba muerta, pero regresaría y encontraría a su mujer, su hogar, su vida, y permanecería allí un breve periodo hasta que su mente se rompiera y él se volviera incontrolable de nuevo. Entonces lo llevarían al Northampton Lunatic Asylum, del que ya nunca más saldría. Los veintitrés años de vida que le quedaban los pasaría entre aquellas paredes. Moriría allí, sin ser ya un poeta, oscuro y encarcelado.

Dejó atrás el bosque, al doctor, a los demás pacientes, las torturas de Stockdale. Atravesó las incesantes ráfagas de sonido de los árboles hasta el silencio. Un día. Una brisa sopló suavemente contra él. Tuvo que escoger una carretera hacia Enfield y cogió la equivocada. Preguntó en un pub y lo redirigieron al camino correcto. Después de Enfield vino la Great York Road, caminó hacia el norte hasta que oscureció.

Al anoecer ya iba tambaleándose. Debería haber cogido comida, al menos agua, pero habría levantado sospechas. Tenía las rodillas débiles, dolores agudos en el centro. Vio un cercado con un estanque y un almacén del otro lado. Trepó por la valla putrefacta, rodeó el estanque dejando un amplio margen por miedo a caerse y ahogarse, y se coló a hurtadillas en el almacén. Dentro encontró una magnífica cama de balas de heno de trébol, de un metro ochenta por un metro ochenta. Se tumbó sobre ella, y el movimiento de la caminata desapareció poco a poco de sus exhaustas extremidades. Continuó cayendo a la deriva sobre la cama como un pájaro que aterriza desde una cima, siguió hundiéndose en ella. Durmió inquieto y soñó que Mary estaba tendida a su lado, pero se la arrebatában. Se despertó y aún estaba a oscuras y solo. Creyó haber oído a alguien decir «Mary», pero cuando registró el lugar no encontró a nadie. Alzó la vista hacia las estrellas y descubrió la estrella polar. Se tumbó de nuevo con la cabeza apuntando hacia ella, para saber en qué dirección debía caminar inmediatamente después de volver a despertarse.

Abrió los ojos cuando ya había luz y era tarde, con la neblina disipándose y el rocío secándose, pero aun así nadie lo había visto. Dio gracias a Dios y se puso otra vez en camino.

Avanzando, con la cabeza gacha, sin prestar atención a los carros esporádicos, contando los mojones que superaba. Pronto tendría que beber algo, que comer, tendría que encontrar alguna forma de comer.

Se quitó las botas para sacudirse la gravilla que le hacía cortes, las suelas estaban ya desgastadas, finas como el papel, y empezaban a rajarse. En la otra dirección, hacia Londres, pasó un hombre a caballo y dijo: «Ahí va otro de esos campesinos acabados», y le lanzó un penique. Emitió un destello sobre la senda. John lo recogió y gritó «gracias» mientras el hombre se alejaba. Intercambió la moneda por media pinta en un pub llamado The Plough, donde encontró refugio de un intenso chaparrón que caía a cántaros sobre el cristal grueso e irregular de las ventanas del pub.

Tras ponerse en marcha una vez más, le pareció superar los mojones con mucha rapidez, pero al oscurecer se habían distanciado cada vez más y más por el hambre y el agotamiento. Se detuvo en un pueblo y decidió pasar por una casa para pedir fuego para su pipa, ya que no tenía fósforos, y allí buscar al párroco para apelar a su caridad. Una anciana le permitió pasar al salón donde había sentada una niña pequeña haciendo encaje sobre un cojín y un caballero que fumaba y observaba. Les preguntó cómo llegar a la casa del párroco, pero no le contestaron. ¿Emitía su voz algún tipo de sonido? Él sin duda la oía. La anciana le trajo una astilla encendida. Chupó de la llama y se mareó. La niña dijo algo sin levantar la cabeza. El hombre sonrió.

De nuevo en la carretera, encontró a un campesino, charlatán y dócil, que iba de camino a coger un carruaje y que le contó que aún faltaba mucho hasta donde vivía el párroco, que era demasiada distancia para ir andando. John le preguntó si había algún refugio cerca, tal vez un granero, con paja seca. El hombre le dijo que la posada The Ram Inn le serviría y le instó a que lo siguiera. Sin embargo, John no logró llegar muy lejos antes de tener que descansar sobre un montón de pedernal. El estómago le quemaba por estar vacío, sus piernas se negaban. El hombre era amable y se detuvo, pero al oír las campanas de la iglesia salió corriendo hacia su carruaje.

John siguió andando, pero no encontró la posada. Se tumbó a descansar a la sombra de una hilera de olmos, pero el viento soplaba entre ellos y le impedía dormir. Se levantó al anochecer para buscar un sitio mejor. Las

escasas casas salpicadas a lo largo del camino, acogedoras y separadas, tenían luz dentro.

Finalmente llegó a The Ram, aunque al no tener dinero, no entró. Había un cobertizo apoyado contra uno de sus extremos, pero pasaba gente, así que no se atrevió a intentar colarse a escondidas. En vez de eso, caminó. La carretera estaba oscura y aún más oscura allá donde los árboles hacían sombra, agitados suavemente por el viento.

Llegó a un cruce de dos carreteras de peaje y, agotado como estaba, no fue capaz de calcular cuál iba al norte y cuál al sur. Eligió sin elegir, echó a andar y pronto estuvo seguro de haber cometido un error y de estar regresando por el mismo camino por el que había venido, regresando a todo lo que había dejado atrás, a Fairmead House, a Leopard Hill's Lodge y el oscuro bosque. Se oyó a sí mismo gimotear de amargura, casi demasiado débil para seguir caminando, arrastrando los pies hacia delante en la penumbra. Casi sintió que no se movía en absoluto, que subía y bajaba los pies en una oscuridad infinita. Finalmente una luz flotó en el aire, hundiéndose y elevándose con sus pasos. Una barrera de portazgo. Se le encogieron los ojos ante su brillo violento cuando llegó hasta la puerta y llamó con los nudillos. Apareció un hombre con una vela, mirándolo concentrado y con cara de pocos amigos, la llama de la vela ondeaba hacia un lado. John preguntó si se dirigía hacia el norte.

—Cuando cruce esa barrera —le indicó el hombre, y cerró la puerta.

Una fortaleza renovada lo invadió. Mientras caminaba tarareó una vieja canción, *Highland Mary*. Cantaba su nombre. Se acercaba.

Las fuerzas lo abandonaban de nuevo. Encontró una casa junto al camino con un gran porche, entró con sigilo y se tumbó. Le pareció lo bastante amplio para tenderse y estirar sus nudosas piernas. Se recordó a sí mismo que debía despertarse antes que sus habitantes. Reposó sobre la calidez del lugar, como un niño sobre su madre. Todos los ocupantes dormían. Oía sus ronquidos, el chirriar de los colchones de paja.

Se despertó al amanecer sintiéndose fuerte. El oeste era blanco y azul. En lo alto, hacia el este, una calzada adoquinada de nubes de un intenso rosa. Bendijo a sus dos esposas, a su hija la reina Victoria y reemprendió la

marcha.

Después de varios kilómetros, descansó junto al muro de una finca. Desde la entrada de la casa del guarda apareció una mujer alta gitana. Él le preguntó dónde se encontraba y ella se lo dijo. Tenía un rostro honrado y hermoso. Caminaron juntos hasta la siguiente localidad mientras ella cantaba en voz baja. Ella le dijo que se metiese algo dentro del sombrero para sujetar la corona.

–Llamará la atención –le advirtió ella.

Cuando lo dejó para continuar por su propio camino, le habló de la existencia de un atajo a través de una iglesia, pero él no se atrevió a tomarlo por miedo a, en su estado de inanición y agotamiento, confundirse y perderse.

A su alrededor el mundo se debilitaba, empezaba a desvanecerse. Sólo existían las palpaciones de dolor desde los pies, el hambre, las manos pesadas que le latían con fuerza a cada lado. Una acequia corría junto a un terreno al borde del camino. Llegó a trompicones hasta ella para dormir un poco. Se despertó y descubrió que tenía mojado todo un costado. Se levantó y siguió avanzando hacia la penumbra, hacia la noche, hacia una oscuridad inconmensurable.

Por la mañana se le ocurrió una idea. Se agachó a cuatro patas y empezó a comerse la hierba húmeda. Dulce y simple, no era tan distinta del pan. Había otra cosa que podía comer, cayó en la cuenta, y se sacó el tabaco del bolsillo y lo fue masticando mientras caminaba, bebiéndose la saliva amarga, hasta tragárselo todo.

Siguió adelante. Era difícil caminar en línea recta. A su alrededor se alzó el pueblo de Stilton. Mientras lo atravesaba, a mitad de camino, se apoyó en un paso elevado de gravilla y oyó la voz de una mujer joven que decía:

–Pobre criatura.

–Bah, mucho cuento –replicó una mujer mayor.

Se levantó entonces y, mientras se tambaleaba para ponerse de pie, la anciana dijo:

–Vaya, pues no.

No volvió la vista para verlas. Siguió caminando.

En el otro extremo del pueblo, reunió las fuerzas necesarias para

preguntarle a una muchacha:

–¿Es esta la carretera que va a Peterborough?

–Sí –respondió ella–. Es la carretera de Peterborough.

En casa. Casi estaba en casa. Se frotó las lágrimas de la nariz.

Justo a las afueras de Peterborough, un hombre y una mujer en una carreta lo llamaron. Eran viejos vecinos de Helpston, el pueblo de su niñez. Lo habían reconocido. Se agachó y, agarrándose las rodillas, les dijo a gritos que no había comido ni bebido desde que salió de Londres. Entre los dos reunieron cinco peniques y se los tiraron al suelo. Él los recogió, dándole las gracias, agitando los restos de su sombrero mientras se alejaban en la carreta.

Un pequeño pub junto a un puente sobre un ruidoso arroyo. En su interior, los cinco peniques se convirtieron en dos peniques de pan y queso y dos medias pintas. Dormitó mientras masticaba, esforzándose por mantener los ojos abiertos, pero al cabo de poco la comida se había dispersado dentro de él en forma de fuerzas. Cuando echó a andar de nuevo, el dolor de sus pies deshechos se vio agudizado por el resto, pero ya estaba demasiado cerca de casa como para sentarse en la carretera: le habría dado vergüenza que lo viera algún conocido.

Peterborough. Calles. Ventanas. Personas. Caballos. Peterborough menguando a sus espaldas. Luego Walton. Después Werrington. Tan sólo unos cuantos kilómetros más. Un carro se detuvo a su lado. Transportaba a un hombre, una mujer y un niño.

–Sube –le dijeron, pero él se negó; estaba muy cerca, no hacía falta que se molestasen por él. Pero la mujer no cejaba en su empeño, con un ardor que le hizo sospechar que estuviese borracha o loca.

–Soy Patty –dijo ella–. Soy Patty, tu esposa. Sube.

Lo subieron a la fuerza en el carro y recorrió tumbado boca arriba los kilómetros finales hasta casa. Miraba fijamente las nubes que se movían con ellos. Sentía la brusca presión de los besos de Patty en el rostro.

–John –dijo Patty–. Pobre John. Ya casi estás en casa. Ya estás aquí.

Lo había logrado. Ahora todo quedaba atrás. Patty le limpió la suciedad de la cara con su mano limpia y pesada. Le acarició la cabeza. A él le temblaban las piernas. Volvió la cara hacia el olor a ella. Se lamió los labios

agrietados.

–Patty –susurró–. Patty.

–Eso es. Casi en casa.

–Mary.

Agradecimientos

Entre los muchos libros y revistas consultados para esta novela, me gustaría hacer una mención especial a: *John Clare*, de Jonathan Bate; *John Clare: A Literary Life*, de Roger Sales; *Tennyson: The Unquiet Heart*, de Robert Bernard Martin, y la tesis doctoral de Pamela Faithfull, *Matthew Allen MD, chemical philosopher, phrenologist, pedagogue and mad-doctor, 1783-1845*. Los lectores de este tipo de obra histórica sabrán que al moldear este material en forma de ficción me he tomado una serie de libertades, comprimiendo acontecimientos que ocurrieron a lo largo de varios años en un intervalo de siete estaciones y pasando por alto algunos personajes significativos al mismo tiempo que inventaba otros.

Índice

Prólogo. El fin del mundo

Otoño

Invierno

Primavera

Verano

Otoño

Invierno

Primavera

Agradecimientos